MANUEL ALONSO ALCALDE

EL HECHO DE VIVIR

Relatos

Ec
EDICIONES del CENTRO

Manuel Alonso Alcalde

EL HECHO DE VIVIR

Relatos

Ec
Ediciones del centro

© 1977, Manuel Alonso Alcalde
Ediciones del Centro. Andrés de la Cuerda, 7. Madrid
Depósito legal: M. 17007-1977
I S. B. N.: 84-7227-052-1
Printed in Spain
Impreso en J. Benita. González Arias, 14.Madrid-26

Todos, por el simple hecho de vivir, estamos implicados de un modo u otro en la vida de los demás.

JUAN ROF CARBALLO

...era que el mundo estaba en otra parte
y nadie ve la vida ni se entera
de casi nada...

ELADIO CABAÑERO

Una doble advertencia del autor de este libro:

PRIMERA.—*Alguno de los relatos incluidos, en versión revisada, por supuesto, en el presente volumen, aparecieron por primera vez en un libro anterior,* Se necesita un doble. *El autor pide disculpas por esta reiteración, pero no siempre puede un escritor resitir a la tentación de repetirse, cuando siente una debilidad especial por determinadas criaturas literarias propias.*

SEGUNDA.—*Los relatos titulados* El último de Filipinas, El héroe y la vieja, Dos en el probador, La barba y Juzgado de paz, *al haber sido galardonados con sendas "Huchas de Plata", y el tercero y cuarto, además, con segunda y tercera "Hucha de Oro", respectivamente, pasaron, con arreglo a las bases del premio "Hucha de Oro", convocado anualmente por la Confederación Española de Cajas de Ahorros, a propiedad intelectual de la entidad patrocinadora. El autor hace constar su gratitud a la misma por la autorización que le ha concedido para incluir dichos relatos en el presente volumen.*

La barba

Notas tomadas de entre las que, vertidas por extenso y diariamente, figuran en la agenda íntima de L. A. M., 18 años, estudiante de Filosofía y Letras, primero de comunes.

15 octubre.—...Tras discusión abierta con Leo, llego a la conclusión de que no existen (no deben existir) actitudes neutras. Radicalizarse en el «sí» o en el «no», pero nunca adoptar posiciones eclécticas de raíz acomodaticia. (Ojo: recordar esta frase para futuras disertaciones con él. Me ha caído simpático. Como Ayestarán y Fe Martínez. Ayer coincidimos los tres a la salida de la Facultad y fuimos a tomar unas cervezas en un bar de Princesa. Charlamos cerca de dos horas. Creo que seremos amigos.)

21 octubre.—Nota acerca de Fe Martínez (susceptible de futuras rectificaciones): tendencia a cierto conformismo burgués teñido de superficialidad. Convendrá seguir estudiándola, sin descartar a su favor la posible influencia sobre su carácter de presiones familiares o deformaciones derivadas de una educación convencional. (¿Colegio religioso tal vez? Investigar con habilidad sobre este punto.)

3 noviembre.—Sí, Leo está en lo cierto. Uno debe comprometerse en cada acción (Sartre). Plan de vida a seguir: barrer de mi *ego* los últimos rastros de fetichis-

mos, mitos y clichés grabados en mi subconsciente por los mecanismos inhibitorios y condicionadores del *establishment*.

8 noviembre.—Si no hay acciones neutras, ni siquiera triviales, tampoco el hecho de dejarse la barba puede ser estimado como tal. A este respecto, no cabe resolver a la ligera, a base de adoptar una actitud caprichosa y descomprometida.

Primera pregunta: ¿Debo dejármela crecer otra vez?

Antecedentes:

1.° Durante el verano pasado llevé conmigo la máquina eléctrica, pero dificultades para encontrar enchufe —*campings* de tercera, por ese lado no me reprocho nada— me obligaron a despreocuparme del asunto.

2.° Las primeras semanas de curso, incluida esta misma mañana, me he presentado en clase afeitado.

3.° A partir de hoy decido afrontar el problema con plena conciencia y responsabilidad de mis actos.

(Nota: Ayestarán la lleva; Leo no, a pesar de sus ideas avanzadas —¿consecuencias del hábito adquirido durante los tres años que permaneció en el Seminario?—; Fe Martínez opina, juicio sospechoso, que estoy así genial. Son sus propias palabras.)

Segunda pregunta: ¿Constituye la barba un verdadero signo de liberación e inconformismo frente a una sociedad estereotipada?

— Los imperialistas romanos se depilaban.

— En cambio, el Cid, arquetipo de sometimiento indiscriminado a la autocracia, hace ostentación descarada de su mechón «vellido», e incluso se complace en proclamar, en un alarde de bruto medieval, que nunca fue mesado por mano de varón.

— Marx la llevaba; pero también su contemporáneo Leopoldo II de Bélgica, promotor, a nivel de empresario, del colonialismo más despiadado: la superbarba del rey Leopoldo proyecta todavía una sangrienta sombra sobre el mapa del «tercer mundo».

— Fidel y «Ché» Guevara la han convertido en símbolo de la revolución frente al capitalismo rasurado; sin embargo, Mao no la usaba. (¿Será que los orientales nacen, crecen y mueren barbilampiños? Ojo: documentarse a fondo sobre este tema.)

12 noviembre.—Por fin he decidido dejármela crecer. Fe Martínez no se muestra conforme. De acuerdo. Respeto su opinión, pero no la comparto. (Evidentemente se trata del típico producto humano de la superestructura capitalista. No se puede negar que es inteligente y que está como un tren, pero cada día descubro en ella nuevos espectros en su ancha gama de prejuicios: ve dócilmente la televisión, se maquilla, juega al tenis en un club *distinguido* —ja, ja— e incluso me parece que monta allí también a caballo, puesto que habla de equitación con una sospechosa frecuencia. El jueves le presté *Eros y civilización* y el viernes me devolvió el libro diciendo: «Marcuse no pasa de ser un carcamal asquerosito. Puedes estar seguro de que, en sus días libres, hasta se inyecta testovirón.» ¿Qué se puede esperar de una chica que juzga tan a la ligera a Marcuse?)

15 noviembre.—Lo esperaba. No sé como ha podido tardar tanto tiempo. Hoy sacó mi padre la conversación durante la comida. «¿Es que ya no piensas volver a afeitarte? Con esa pelusilla en la cara, pareces un melocotón. Pero en guarro.» Me limité a mirarle de reojo, con un gesto enconadamente desdeñoso. Hay ocasiones en que resulta preferible callar. Al fin y al cabo, mi padre no me comprendería. Nunca me ha comprendido.

16 noviembre. — Ayestarán es un animalote de 26 años, 1,90 de estatura y cerca de 100 kilos de peso. Está casado, trabaja en un periódico y juega al rugby en el equipo de la Universidad. Reconozco que, por causa de su experiencia de la vida, me produce una secreta admiración, aunque lamento que se tome las cosas un poco a la ligera. «Yo soy rico por casa —dice—; pero mi padrépoco sigue empeñado en tatuarme en la espalda un título

universitario. Habrá que procurarle esa satisfacción, ¿no te parece? Porque, si no, no hay piso. Oye, que no es ninguna tontería vivir en 'Costa Fleming', en un horizontal de lujo, con todas las paredes empapeladas en acciones de un par de Sociedades Anónimas.» Le pregunté lo que opinaba él acerca del problema de la barba. «Tú eres un muchacho juicioso y te encantan estas latas histórico-greco-latino-filosóficas, ¿verdad? —repuso—. Pues, ¿por qué no resuelves metafísicamente la cuestión?» No sé si hablaba en serio, pero, en todo caso, supongo que tiene razón.

17 noviembre. — Doctrina estoica. Conforme, en el fondo, con su teorética. Ascesis atractiva. Poco constructiva, sin embargo, considerada socialmente. (Leo de acuerdo con esta opinión. Los últimos días le encuentro un poco raro, como distante.) ¿Qué podría significar el estoicismo aplicado a mi caso? ¿Autoimponerme el sacrificio de un afeitado con cuchilla, pero sin brocha ni jabón? Solución tonta. La archivo sin más trámites.

20 noviembre.—Estoy hecho un lío. ¿Sustancia o esencia? ¿Materia o forma? Si la forma hace que ese hombre, ese perro o ese acto sean lo que son, entonces la barba no es forma, puesto que yo soy lo que soy afeitado o sin afeitar. Aristóteles tampoco me sirve. Hay que esperar, a ver.

27 noviembre.—No veo luz por ningún sitio. Leo afirma, y coincido con él, en que la vieja metafísica ya no responde a las necesidades existenciales del *homo faber* de esta era revolucionario-espacial.

6 diciembre. — Trimestrales. Soslayar el asunto hasta después de los exámenes. Estudio cinco horas diarias.

15 diciembre.—Mañana, vacaciones. Fe Martínez me invita a que la recoja una tarde de éstas en su casa para llevarme a su —ja, ja— epicureísimo club. Naturalmente me he negado. Por ningún motivo me dejaría yo enganchar en las estructuras de la oligarquía integrada. No tengo madera de colaboracionista. Leo, por el contrario, se suma a mi proyecto, que consiste en reunirnos los dos du-

rante las próximas fechas para cambiar ideas. No pareció mostrarse excesivamente radiante, ya que su nivel de entusiasmo ha descendido mucho en los últimos días. Pero se trata de un espíritu superior y uno no va a exigirle que reaccione siempre con igual enardecimiento. Lo cierto es que ha aceptado.

Plan de vida a seguir durante las vacaciones:

Levantarme temprano; leer hasta las doce; encontrarme con Leo para peripatetiquear por los bares hasta las dos y media; por la tarde, otro par de horas de lectura y reunirme de nuevo con él para ir a algún sitio. (¿Cine de arte y ensayo, quizá?) Con Ayestarán sé que no puedo contar; él mismo anunció que pensaba aprovechar estas fiestas «para hacer el pingüino en Navacerrada, si hay nieve, y si no la hubiera, para hacerlo igualmente sacando de tiendas a su temidísima esposa».

Lista de libros que me hago el propósito de leer:

— *Fundamentos metodológicos de la Sociología* (Max Weber).
— *La cibernética y el hombre* (Harold E. Hatt).
— *Robots, hombres y mentes* (L. von Bartalanffy).
— *El nacimiento de una contracultura* (Theodore Roszak).

Nota: Palabras de Leo que recuerdo muy bien: es imprescindible procurarse una imagen del hombre en su actual dimensión sociológica. (¿Entrará la barba en esa dimensión? Seguramente, puesto que constituye una fachada que presenta el individuo a su entorno. Por el momento, dejaré que siga creciendo. En realidad, es como llevar pegada a las mejillas una dubitación ontológica, que trataré de resolver en su momento.)

30 diciembre.—No consigo localizarle.

7 enero.—Cumplo puntualmente mi programa de lecturas. De acuerdo por completo con Reszak en que «la sobrerrepresión es la que impone un grupo particular de individuos a los demás, a fin de sostenerse y consolidarse en una posición privilegiada». (Club de Fe Martínez.) He vuelto a telefonear a Leo. Sin éxito.

10 enero.—Mañana comienzan las clases. No he visto a Leo un solo día.

14 enero.—No sólo no me ha ofrecido explicaciones o disculpas, sino que tengo la sospecha de que rehuye mi compañía. Pero, ¿por qué? Pregunté a Fe Martínez cómo enjuiciaba ella su conducta. Se echó a reír y dijo: «Pero, ¿aún no te has dado cuenta, amorcito? Le ahuyentas.» Y añadió, ante mi gesto, imagino que de estupor: «Eres un paliza, amorcito. Un paliza adorable.» No sé, pero tengo la vaga impresión de que ya no puedo contar con Leo.

22 enero.—La escolástica levantó una formidable catedral de silogismos. Si sacas uno, se viene abajo todo el edificio. Incógnita: ¿en qué sillar podría yo meter el problema de mi barba? Ya no me atrevo a comentar con Leo.

1 febrero.—Asamblea, grises, huelga.

10 febrero.—Esta mañana volvieron a reanudarse las clases. Noté la ausencia de Ayestarán. Supongo que no se habría enterado, así que le telefoneé hace un rato. Se puso su padre. Voz antipática, de sobrerrepresivo. Prometió pasarle el recado.

12 febrero.—No comprendo qué ha podido ocurrir para que Ayestarán se portara conmigo como lo hizo. En cuanto me vio, vino disparado hacia mí, como si estuviera dispuesto a pegarme; pero debió contar hasta diez, ya que se paró en seco y me dijo: «Te merecías un buen puntapié en el trasero, de los de pasarte como un balón de rugby por encima del palo.» A continuación, volvió la espalda y se largó. Entonces terció Fe Martínez: «Pero, hombre, ¿cómo se te ocurre llamarle por teléfono? A lo mejor contaba con prolongar la huelga por su cuenta. Una coartadita particular frente a su padre, ¿comprendes?» No sé, pero

sospecho que acabo de perder la amistad de Ayestarán también.

20 febrero.—Se habla otra vez de huelga. El adjunto —¿Opus?— ha advertido que, entremos o no entremos, él va a exigir, en los próximos trimestrales, hasta Kant.

21 febrero.—Huelga.

27 febrero.—Sigue la huelga. Fe Martínez acaba de llamarme. Me preguntó si quería ir a estudiar a Rosales con ella. Contesté que sí. Con alguien tendré que contrastar opiniones. Hemos quedado citados a las diez.

28 febrero.—Ha ocurrido una cosa extraña. Estábamos sentados en un banco, Fe y yo, con el libro abierto por Berkeley, y yo comentaba: «Si no existe nada en el mundo, fuera de mí, ¿a quién puede importarle que me quite la barba o no?» Ella, entonces, apoyó la cabeza sobre mi hombro y respondió, en voz muy baja: «A mí.» Insistí yo: «¡Pero si tú tampoco existes!» Y ella va; coge, de pronto, y me da un beso en la cara, y añade: «¿Qué te parece? ¿Existo o no existo?» Verdaderamente, ahora sí que ya no sé qué pensar.

6 marzo.—He quedado con Fe para ir esta tarde a su club. Acabo de afeitarme la barba.

Una isla para dos

El médico volvió a examinar al herido, sólo por si las cosas pudieran haber cambiado, y comprobó que seguía igual, y pidió alcohol y una toalla y se enjugó las manos, pero muy despacio, con gesto contrariado, porque era su primera noche de guardia y no había entrado en sus cálculos que fuera a suceder una cosa así. Luego se acodó sobre el borde de hierro de la cama y miró en torno suyo, porque la monja acababa de instalar un biombo alrededor del lecho, y el médico se había quedado con la inquietud de que les encerraban juntos, a él y a su enfermo, para que nunca se supiese lo que iba a pasar entre los dos. El médico ya estaba en que el herido se moría; cuestión de horas; pero con eso de meterse detrás del biombo con él, tenía la impresión de que se le moría a él y a nadie más, como si el otro estuviera regalándole su agonía, como si quisiera hacerle el obsequio de su muerte.

La monja dijo: «Hasta luego», y se alejó hacia el fondo de la sala, y él la vio andar sin ruido y tocar distraidamente a su paso las barandillas de las camas y ladear la cabeza en la puerta para dar salida a una toca que ya no tenía,

pero que había dejado su reflejo condicionado, y desaparecer con mucha suavidad, como si nada. Porque la monja tenía que completar su ronda, y lo del herido era asunto suyo, de su viejo y él. Por eso les dejaban a los dos completamente solos, mano a mano, como si estuvieran en una isla situada en el último rincón del mundo. Y el médico pensó: «Mi primer muerto», y un segundo después, sin querer: «De mi propiedad»; y como esta idea le dejó turbado, deseó tener a alguien consigo, puesto que don Trini, el catedrático de Patología, solía decir que un muerto pesa menos si se lleva entre dos personas. Contar con alguien. No para comentar el caso, que no era necesario, sino para compartir la extraña preocupación que había empezado a dominarle. Comprendía que si no ocurría algo que viniera a romper la continuidad del momento, podía darse el caso de que se pusiera a gritar allí mismo. Claro que estaba en su mano llamar a un enfermero. «Quiero tenerle aquí, ¿se entera? Para que fume un cigarrillo conmigo.» Pero desaprobó la idea, ya que los hospitales tienen su maquinaria y su rutina, y no se puede molestar a un empleado para decirle simplemente que fume.

El médico entreabrió la ventana. Hacía frío, y el tejado de Primera de Medicina se recortaba hoscamente en la sombra, por encima de las acacias del jardín. Contempló el firmamento y le dio por pensar que en aquella estrella, a mil millones años-luz, quizá hubiera otro médico residente, recién salido de la Facultad igual que él, que estuviese también ocupado en ver morir a su hombre sin poder evitarlo. Y notó que algo parecido a un sentimiento de fraternidad le vinculaba con el lejano compañero. A continuación, consultó su reloj. Las tres y veinte. Alguien, en otra cama, se puso a rezongar alguna cosa acerca de la ventana, pero el médico no quiso cerrarla, porque se sentía como liberado al poder respirar fuera de la atmósfera espesa de la sala. Y se le ocurrió de pronto que no había ninguna razón para que él se encontrase allí a las tres y veinte de la madrugada y no a bordo de un avión o en

mitad de un desierto, por ejemplo. A ver si existía algo en el mundo que fuera completamente absurdo o totalmente razonable. Cernuda, el de ojos, contaba por lo que él era médico y no abogado. Decía que, al terminar la guerra, fue a parar a Benasque, en el Pirineo, desde donde escribió a un amigo para que le matriculase en la Facultad de Derecho, puesto que ya se rumoreaba que iban a licenciarles; pero su amigo tenía novia y había quedado citado con ella, y la cola de Medicina era más corta, y pensó que a Cernuda le daría lo mismo que se pasase a la otra ventanilla, y se pasó. También podía haber ocurrido que el herido hubiese ingresado al otro día o al siguiente, y entonces sería Alvear, o acaso Alonso, quienes se encontrarían en su lugar, y él habría terminado sin novedad su primera guardia, se habría afeitado, habría tomado su café y habría telefoneado a Mila. Y nunca hubiera sabido nada de aquel viejo, ni le hubiera tenido delante con sus estertores y su barba de varios días. Sin embargo, allí estaba y era su enfermo, y le pertenecía. Una cadena de pequeñas circunstancias les habían llevado a ambos a reunirse en el último rincón del mundo, que no se hallaba en Nueva Guinea ni en la Tierra del Fuego, sino en la sala de Cirujía de una clínica. Sólo para que él pudiese escuchar aquel jadeo que sacudía los muelles del jergón. Las cosas.

El médico empezó a sentir con mucha vehemencia la necesidad de un compañero, porque resultaba que estaba asustado, aunque sin saber a ciencia cierta de qué. No de la muerte, no era tan fácil, sino de que fuese su muerto, de que el Destino se lo hubiese enviado precisamente a él: «A despachar en su primera guardia», y este pensamiento le trastornaba. Absurdo y todo, le producía vértigo.

El enfermero se acercó, arrastrando los pies. Dio las buenas noches y, seguidamente, explicó que al de la cama 22 le tocaba ahora el zumo y al de la 25 había que volver a sondarle. El médico asintió; dijo: «Está bien», y respiró aliviado. El enfermero era un tipo graso y menudo, con cara de sueño, y, como le temblaba algo el pulso, tin-

tineaba el vaso sobre el plato que llevaba en la mano. Preguntó el médico.

—¿Qué ha sido lo del 22?

—Una intervención de apéndice. Sin nada de particular. Anteayer.

—¿Cómo marcha?

—Normal. ¿Quiere usted examinarle?

—Después.

Más tarde, cuando el enfermero regresaba con el vaso vacío, el médico le salió al paso a pedirle, por decir algo:

—Tráigame el historial del 8.

El 8 era su enfermo y había reclamado su historial clínico simplemente para que el enfermero volviera a presentarse en la sala. Cuando tuvo el papel en la mano, lo acercó a la luz del piloto y leyó, pero a saltos, sin interés, como para justificarse, ya que conocía de memoria su contenido: «... alrededor de 67 años... Heridas en pleura y abdomen... Probable arma blanca... Intervenido de urgencia a las 9,45... Shok... Peritonitis... Pronóstico muy grave...»

Comentó el enfermero:

—La clásica bronca entre borrachos, según han dicho. ¿Qué tal anda?

—Muy mal.

El enfermero abanicó la cabeza, lamentoso; exclamó: «¡Pobre hombre!», y se alejó arrastrando los pies, mientras el médico se acordaba de Mila por no dejarse amilanar de nuevo.

A las cinco, el herido abrió una vez los ojos para cerrarlos en seguida. El médico corrió a su lado a preguntarle: «Qué, ¿cómo va eso?», pero el viejo no respondió. Entonces, el médico trató de figurarse lo que había ocurrido. Por ejemplo, que Domingo tenía su carácter y cuando se pusieron a discutir, aunque el viejo no quería ofenderle, Domingo empezó a encampanarse y a levantar la voz, mientras el otro intentaba calmarle, ya que por algo habían sido compañeros de trabajo antes de jubilarse, y el

mundo para los dos igualmente triste y gris como las paredes del taller de ajuste donde estuvieron empleados. Pero no era para tanto, Domingo, que uno estaba bebido y con el vino se dicen cosas que uno no recuerda al día siguiente y que, desde luego, no merecen que... Podía haber ocurrido así o de cualquier otra manera, como también no haber pasado nunca, ya que no existe nada completamente absurdo ni razonable.

El médico volvió a la ventana y comprobó que hacía frío y que la estrella de su compañero empezaba a disolverse en la luz del amanecer. Introdujo las manos en los bolsillos de la bata y aspiró una bocanada de aire limpio. Luego, al ver reaparecer a la monja que volvía de su ronda, sonrió. Ella dijo:

—Ande, váyase a echar un rato. —El médico titubeó durante un segundo—. No se preocupe, si hubiera algo, le avisaré.

Y mientras el médico se encaminaba hacia el ascensor de bajada, la Sor movió apesadumbradamente la cabeza, haciendo vibrar las puntas de la toca que ya no tenía. Y era que llevaba cuarenta años en la Orden y lo había comprendido todo.

El avión

El abogado escuchaba distraídamente a su cliente, que le hablaba de una finca y de su vecino. El cliente había llegado del pueblo hacía unos minutos en el coche de línea y, mientras hacía rodar la boina entre los dedos, se expresaba con mucha indignación. Decía:

—Se quiere meter en mi parcela. Y si me descuido, se quedará con ella. ¡Menudo zorro, el tío!

El abogado contestó con descuido:

—Sí, sí.

Y consultó su reloj y se movió, impaciente, en la butaca, porque eran las once y veinte, y el avión aún no había pasado, y era la primera vez que ocurría, y ya empezaba a preocuparle seriamente el retraso.

—Sobre todo, que se ha dejado decir que corrí los mojones cuando compré el terreno. ¡Figúrese!

El abogado asintió con un gesto, pero su imaginación no se hallaba en aquellos momentos allí, sino muy lejos, en la ruta del avión de Iberia, a siete mil metros de altura. Diariamente, desde hacía seis años, el reactor volaba por encima de su casa a las once y cinco en punto, dejando oír

primero un trueno, y un instante después un rumor de tela rasgada, que percutía sobre los cristales del balcón y los hacía retumbar. Al escucharlo, el abogado dejaba sus papeles, o, si estaba con un cliente, se excusaba —«Perdone»—, se dirigía a la ventana, buscaba el aparato en el cielo y, una vez localizado, lo seguía con la mirada hasta que lo veía desaparecer. Sólo entonces volvía a su sillón y reanudaba su trabajo. Contaba cincuenta y ocho años, pero los aviones todavía le entusiasmaban como cuando era niño y hablaba, en el colegio, con los chicos, de Barberán y Collar y del «Jesús del Gran Poder». En aquella época aún se llamaban aeroplanos, y cuando aterrizaba una avioneta en el campo de San Isidro, los frailes del colegio les llevaban allí de paseo, en lugar de hacerlo a los pinares, como de costumbre, a fin de que los chicos la vieran despegar.

—Yo tengo mis escrituras. Y no estoy dispuesto a consentir que me pisotee.

El abogado dijo:

—Claro.

Pero, en el fondo, la escritura de su cliente le tenía ahora sin cuidado. Pensaba: «Debe haber ocurrido algo», y, mientras se revolvía inquieto, afinaba el oído, por si captaba el rumor de las turbinas. Todos los días, durante seis años, el DC-9 había cruzado por encima de su casa; hoy no había sucedido así, luego tenía que haber ocurrido alguna cosa, y esta idea le intranquilizaba. La imagen del reactor se le había hecho familiar y constante, así que, sin saber por qué, al percatarse del retraso, había empezado a sentirse desasosegado e incómodo. El aparato aparecía de color plomizo los días grises y brillante y metálico cuando hacía sol; si era una mañana tranquila, avanzaba en línea recta, y oblicuo y escorado, como los perros al correr, cuando soplaba el viento. El abogado había cumplido los cincuenta y ocho, pero no por eso dejaba de acudir a la ventana a ver pasar el avión. Tiempo atrás, avisaba a gritos a sus chicos: «¡Venid, venid, un avión!»,

pero en seguida se desengañó, puesto que a ellos aquello no les interesaba en absoluto. «¡Qué generación! ¡Es que no se entusiasman por nada!»

—No me gustaría meterme en un pleito, pero tampoco cruzarme de brazos y permitir que el otro me coma la tostada.

—Naturalmente.

Pero seguía con la mente fuera, más intranquilo cada vez. Ahora el abogado tenía ya un nieto, pero no por ello iban a dejarle indiferente los aviones, como antaño a sus hijos. ¿Es que uno podía llegar a habituarse a ciertas cosas? Al fin y al cabo, más motivos tenía él que sus chicos para mostrarse indiferente, ya que, cuando estuvo en la guerra, un caza había picado sobre la trinchera, e incluso había visto pasar formaciones de bombarderos, con su pesado vuelo, y había comentado:

—Allá van las pavas. Hoy, al menos, nos dejarán tranquilos los de la acera de enfrente.

Eran las once y media ya y el aparato no daba señales de vida. El cliente seguía hablando de la finca, sin que el abogado consiguiera concentrar su atención sobre el problema. Dijo:

—Usted perdone.

Y buscó un número en la guía de teléfonos, descolgó el auricular y marcó. Una voz de muchacha respondió desde el otro extremo del hilo:

—Iberia. ¿Diga?

Preguntó el abogado:

—¿Ocurre algo con el avión de las once? Lleva treinta minutos de demora.

—¿Qué vuelo, por favor?

El abogado puso gesto de perplejidad.

—Pues... —De pronto, se sintió ridículo—. Verá usted, señorita. Se trata de un DC-9 que... —Se encontraba infantil y torpe—. Bueno, uno que pasa diariamente a estas horas en dirección Norte... O quizá sea Nornoreste. Pero, desde luego, a estas horas.

—Me informaré, no cuelgue.

Mientras esperaba, el abogado sintió un vacío en el estómago, una extraña sequedad interior. De modo que, cuando, tras unos minutos de silencio, oyó que le decían. «¿Oiga?», le dio un vuelco el corazón.

—El vuelo 083, destino Berna, ha despegado de Barajas normalmente hace tres minutos. La causa del retraso se debe a un repeso del equipaje.

El abogado dio las gracias y colgó. Se arrellenó en su butaca. Entre tanto, el cliente decía:

—Si vamos al caso, yo no hubiera necesitado para nada esa finca. Tengo más tierras de las que puedo cultivar. Y ahora, la labranza es un problema, ya usted sabe.

Se oyó un trueno lejano. Los cristales retemblaron. El abogado se puso en pie de un salto.

—Discúlpeme.

Abandonó su asiento y se dirigió a la ventana, recorriendo el cielo, turbio de humos, con la mirada. Por fin, descubrió el avión y, al hacerlo, sonrió involuntariamente. Le siguió con los ojos y, un segundo después, cuando había recorrido el pequeño espacio libre que quedaba entre los bloques de viviendas que rodeaban la del abogado y desaparecido tras las últimas antenas de televisión, se reintegró de nuevo a su butaca. Ahora se sentía benévolo, favorablemente predispuesto a aquel hombre que hacía rodar la boina entre las manos. Le dirigió una sonrisa y dijo:

—Vamos a ver. ¿Quiere contarme otra vez el asunto desde el principio?

Fe

Tengo fe. El párroco dijo en la homilía, durante la misa:

—Vivimos una época sin fe. ¡Oh, si los hombres supieran el tesoro que tienen a su alcance! Podrían realizar prodigios: obligar a los mares a retirarse, a los ríos a modificar su curso, a las montañas a cambiar de lugar. Ya lo dijo el Señor: «La fe mueve los montes.»

Bueno, yo tengo fe y, sin embargo, no he conseguido nada de lo que me propuse. Me aposté en un portal, frente a la casa de Genaro. Y pensé: «Que se caiga ahora mismo.» Lo pensé con los ojos cerrados, perfectamente concentrado, colaborando en el impulso con todos mis poderes mentales; incluso contemplando con la imaginación cómo se producía el desastre. Primero, era una piedrecita que se desprendía de la pared; luego, una desconchadura en el encalijo de la fachada. Genaro la enjalbega cada cierto tiempo, debo reconocerlo, pero sólo para cumplir con las ordenanzas municipales. Con unos sacos de cal y unos botes de anilina amarilla, cumplido. Pero, que yo recuerde, las rejas de los balcones no ha mandado pintarlas ja-

más. ¡Con los millonazos que tiene! Se desconchaba la fachada y caían unas obleas de cal a la calle, y un inviduo que pasaba en aquel momento, miraba hacia arriba, mientras sacudía con gesto de disgusto sus solapas. Después, ya se percibía un chasquido. Un rumor débil, pero seco, como los muebles cuando crujen. Una teja se mudaba de sitio y el canalón se corría un poco hacia un lado. Todo muy despacio, muy natural. Y, entre tanto, Genaro fumando su puro en el balcón, como todas las tardes. Con su papada y su cara encendida de hipertenso, de repugnante plutócrata hipertenso. Claro, ¡como que ignoraba lo que se le venía encima! Habría oído el ruido y comentaría: «¡Vaya! Ya están los gamberritos del tercero apartando los muebles. Hoy tendremos guateque, baile 'pop' y música superdecibélica hasta las tres de la mañana. Si llego alguna vez a Ministro de la Gobernación, prohibo esas orgías 'beat'. Será lo primero que haga.» Pero todavía no sospechaba la verdad. Tan satisfecho de la vida, sin saber que el edificio iba a derrumbarse de un momento a otro. Luego, de repente, se abriría una de las hojas del mirador y un cristal se vendría abajo con estrépito. Pero todo lentamente, muy lentamente, para que a Genaro no le quedase tiempo de ponerse a salvo. Me habrá ganado el pleito, no se lo discuto, pero se llevaría su merecido. ¡Toma deshaucio! No se puede hacer esa guarrada a un antiguo amigo. Porque éramos amigos, Genaro, antiguos compañeros de colegio. Y de la modesta clase media, los dos. Sólo que, como tú no tienes escrúpulos, te las compusiste para amasar un capital al acabar la guerra, a base de pasar de muleta a la Fiscalía de Tasas. Redondear el primer millón es lo difícil; lo demás viene solo, ¿no es eso? Tú, convertido en uno de tantos *parvenus* sinvergüenzas, mientras uno soportaba el peso de los flotadores, año tras año, para no ahogarse bajo el nivel de vida. Pero no me arrepiento, puesto que sigo tan honrado como nací. ¡Y con la conciencia tranquila! Genaro, egoísta. Yo vivía en tu casa desde

1940, y se te ocurre llevarme al Juzgado. «Lo siento, pero necesito ese piso para mi hija la pequeña, que va a contraer matrimonio.» ¡Poner los enseres en la calle a un inquilino de mi categoría! Dime, ¿dónde encuentra ahora piso un pobre jubilado de Obras Públicas? ¡Cómprale un chalet, en Majadahonda, a tu chica, con un par de tus sucios millones, pero no me dejes en mitad del arroyo, cabrón! Claro que a mí no me la das. Te he calado. Tu intención es quitarte a todos los arrendatarios de encima, derribar el inmueble y especular con el solar. ¡Cómo si no te conociera! Busca, anda, busca otro vecino como yo, a ver si tropiezas con él. Honorable, silencioso, pacífico y de los que dan aún los buenos días al cruzarse con otra persona en la escalera. Y se abriría una grieta en la pared. Una grieta rameada, con afluentes, como los ríos en los mapas. Y la bola de la cornisa, la de la esquina, bum, al suelo, haciéndose añicos en la acera. Y el muro delantero se abombaría, como los botes de conserva cuando fermentan. Y Genaro, con su habano en la boca, en el balcón. Hasta que éste se torcía de pronto, y la hija pequeña de Genaro se ponía a gritar, y él: «Calma, calma, no ocurre nada. Algún fallo en las vigas.» Con que no ocurre nada, ¿eh? Los cimientos empezaban a ceder y el edificio a inclinarse, como la torre de Pisa esa que dicen, y que no ocurre nada. Ja, ja. Y entonces, de improviso, pumba, todo el inmueble abajo, entre nubes de polvo y cascotes, mientras Genaro, su puro y sus millones quedaban debajo de un bloque de cemento. ¡Toma desahucio!

Pero el desastre no se produjo. Tengo fe. Dije: «Que se caiga», y aguardé unos segundos antes de abrir los ojos. Y pensaba: «Cuando vuelva a mirar, la casa estará ya en el suelo, en ruinas»; pero los abrí y la casa seguía en su sitio y Genaro de cháchara, en el balcón, con su hija la pequeña, como si nada. No hay derecho. Porque el párroco predicó claramente: «La fe mueve montañas», y el edificio de Genaro, donde viví treinta y cuatro años, es gran-

de, desde luego, cinco pisos y ático, pero mucho más pequeño que una montaña. No acabo de entender lo sucedido. Tendré que visitar al cura: «Dice usted que no hay fe en el mundo, ¿verdad? Pues, ya ve usted, yo tengo fe y no consigo nada. No me convence, Padre.»

Tres mundos

—Mus.
—Tengo compañero.
—No la hay, y envido.
—Quiero a la mayor. No llevo pares.
—Tampoco yo.
—Se habla de juego.
—Paso.

Tres planetas, tres mundos diferentes, girando, cada uno en su órbita, sin rozarse.

—Compréndalo, tengo marido.
—Ya.
—Y un hijo.
—Ya.

Y el niño, yendo y viniendo, como un planeta solitario, de una mesa a la otra; de la del mus, con su paño verde, sus amarracos, sus chiquitos de tinto, su baraja y sus risas, a la otra, donde estaba su madre con un hombre.

—Ordago.
—Muchas son.
—Una piedra que meto.
—Se me ha vuelto a la chica.
—Ni hablar.

Cada mundo en su órbita.

—¿Y por dónde anda, el hombre?
—En Madrid, con un curso del PPO.
—¿Para mucho tiempo?
—Tres o cuatro meses.
—Pues, ¿sabe qué le digo? Que dejando en casa una mujer así, es un verdadero crimen marcharse.
—En el pueblo ganaba poco, ¿sabe?
—Ya ha ganado bastante con una mujer como usted para él solo, ¿no?

El niño se paraba un momento a contemplar los reyes, los caballos y las sotas, y, en seguida, otra vuelta a su órbita, que terminaba en el extremo opuesto, donde la mesa del rincón.

—Anda, a jugar.
—Con esos ojos, con ese pelo, con...
—No será tanto.
—¿Cómo que no?

Como ruedan los mundos por ahí fuera. Basta asomarse por la noche a la ventana, para verlo. O a «Casa Serafín», un bar de carretera, aquella tarde.

—Pero se aburrirá usted mucho.
—Figúrese. Todo el día metida en casa, sola...
—Es lo que pasa cuando se está soltero en comisión.
—Por eso, en cuanto el niño dijo que le llevara a alguna parte, cogí el primer autobús de línea que salía y nos presentamos aquí.

—Hizo usted bien.
—Pero regresamos en el próximo coche.
—Ya. Y diga, ¿no podríamos vernos en «Casa Serafín» otro día?
—Depende la intención que usted lleve.
—La de charlar únicamente, claro.
—En ese caso...

Otra traslación del planeta.

—No quieras a nada.
—Pues, entonces, todas a todo.
—¿Llevas treinta y una?
—Ya se verá.
—Juega a tu aire.
—Bien.

El niño tenía la mirada triste, porque se sentía solo y no entendía nada de lo que sucedía; por ejemplo, que aquellas personas hablasen en un idioma incomprensible, mientras reían y bebían, y que su madre lo hiciera en otro diferente y, además, en voz baja, cada vez más baja, como si susurrase.

—¿Lo dices en serio?
—Desde luego.
—¿Palabra de la buena?
—Palabra.

Ni quién era aquel hombre, ni qué quería decir PPO, ni qué significaba: «No te apures, que también él se habrá buscado compañía.»
Tres mundos, en tres órbitas. Sin encontrarse nunca.

Cacería prehistórica

El escritor había empezado a sentir un oscuro deseo de venganza, aunque al pronto no se diese cuenta, ya que todavía no era más que un movimiento instintivo, algo así como una leve agitación rencorosa en las capas inferiores de su conciencia, donde anidaba su Cromagnon de hacía un millón de años. Y, por lo mismo, continuó amontonando cuartillas. Pero la magia se había roto. Iba escribiendo: «La luz se hizo en su cerebro, y Cristina comprendió de improviso...», y aquí se interrumpió. Acababa de apercibirse, aunque brumosamente, de que había algo a su alrededor que no marchaba, pero como se encontraba sumergido en Cristina, la protagonista del relato, hubo de hacer un esfuerzo para volver a la superficie, a su habitación de las cortinas, la mesa, el cenicero y las cuartillas. Algo no funcionaba bien. Pero el escritor recorrió los muebles con la mirada y no observó ninguna cosa extraña. El mundo estaba en paz. No había ninguna razón para que sus labios se cotrajeran y hubiesen empezado a brillarle las pupilas a su Cromagnon de hacía un millón de años. El escritor hizo correr la pluma de nuevo: «... Cristina com-

prendió de improviso que su situación había variado en los últimos segundos, desde que sus cabellos sintieron el contacto...» El escritor volvió a interrumpirse. No entendía qué podía ocurrirle para irritarse así. No iba contra Cristina, desde luego. ¡La pobre! ¡Mezclada contra su voluntad en aquel turbio asunto! El escritor continuó: «... el contacto de la mano de Santos. Dijo:

—¿De modo que me has traído al chalé para esto?

El se inmutó:

—¿Piensas eso de mí?

Cristina lanzó una amarga carcajada:

—¡Canalla!»

El escritor emergió a la superficie otra vez, y entonces lo comprendió todo de golpe, porque sobre la cuartilla había una mosca y su gesto era como de frotarse las manos. Y el escritor quedó inmóvil, de muestra, y su Cromagnon sintió el hálito de la caza, y la mano abandonó la pluma y se encaminó muy despacio, midiendo las distancias para no espantar al insecto, hacia un extremo de la mesa, donde había un montón de revistas. Cogió la que se hallaba encima, la hizo pasar sobre sus muslos y la enrolló en el regazo para amortiguar el rumor del papel, porque estaba sediento de venganza. Alzó la mano milímetro a milímetro, con todos los nervios en tensión, esgrimiendo la revista, o, a lo mejor, el hacha de silex, y pensó: «Un segundo más y ¡a volar a la Nada!» Pero la idea no le satisfizo. La mosca limpiaparabrisaba sus alas con las patas traseras, descuidaba; luego, se puso en movimiento y recorrió un decímetro sobre el papel; volvió a detenerse; proyectó su trompa sobre una mota de tabaco, y la nicotina no le gustó, y entonces se puso a chupar las palabras, todavía húmedas, o, quizá el rubor de Cristina, mezclada contra su voluntad en un turbio chantaje. El escritor siguió pensando: «Morir. Desde luego, no es más que un insecto, pero, al fin y al cabo, también se halla sumergido en la Vida, el gran aliento unánime. Y la muerte es igual para todos, un apagón total y repentino; la causa es lo de menos, un ata-

que cardíaco, las ruedas de un coche o un violento aletazo con una revista literaria; igual de absurda e inexplicable para todos. Perdona un momento, Cristina.» Y el escritor no descargó su golpe, sino que se dirigió a la ventana, extrajo su pañuelo, lo agitó por la habitación, obligó a la mosca a salir y, cuando la vio disolverse en lo azul, sonrió. A continuación se reintegró a su asiento, recuperó la pluma, y Cristina terminó de reír y comprendió, por fin, que los dedos de Santos, al tocar su cabello, acababan de decidir su destino.

Y la mosca se había posado en una pared, al sol.

El último de Filipinas

Mediada la mañana, las moscas invadían la «Fonda Castilla, especialidad en tostón asado, vino de Rueda y de Cigales». Hacían explosión de repente y comenzaban a extenderse y a hervir, como un universo en expansión que dilatase cada vez más sus límites y los trasladara, a velocidades inconcebibles, desde el *Big Bang* inicial, que tenía lugar entre la cocina y la corraliza interior, al comedor del establecimiento, con vistas a la plaza, convertida de pronto en el Alfa-Centuaro de aquella densa y gravitante galaxia. Parte de la causa, pero no toda, de que Gervasio hubiera preferido acomodarse ante uno de los veladores de fuera a aguardar el coche de línea; el resto —aunque él, en realidad, lo ignorase— consistía, sencillamente, en que allí, bajo los soportales, olía a acacia y pan reciente, e incluso, si la ráfaga procedía de la parte de «Granja Modelo», a pienso y gallinaza también. Cierto que Gervasio no había reparado hasta entonces en sensaciones como aquélla, demasiado familiares para él, pero ahora, que estaba a punto de hundirse con su barco, el olfato se le había vuelto más puntualizador y nostálgico.

—¡Concho con el Evas!

Según el horario oficial, el autobús Tordesillas-Valladolid debió llegar al pueblo a las 12,45, y era más de la una. Claro que Gervasio no ignoraba lo que puede esperarse de los horarios oficiales cuando el conductor ha de detener su vehículo, en plena carretera general, cada vez que le sale al encuentro un viajero, con sus maletas, sus cestas y sus niños. Y, en último término, ¿qué importaba? Se supone que un condenado a muerte —y el paso que iba a dar, estaba seguro, significaría, a plazo más o menos largo, la suya— no se va a mostrar impaciente porque le retrasen sus últimos instantes veinte o treinta minutos.

—¡Ande, críe usted cuervos!

El café se le había quedado frío y un sistema solar de insectos se formaba ya sobre el vaso, sino que Gervasio ni siquiera parecía notarlo. Permanecía inmóvil, con la mirada en el vacío, y, aunque, de cuando en cuando, flagelaba con una mano el aire, daba la impresión de que, más que ahuyentar alguna mosca, lo que se proponía era alcanzar con una bofetada el rostro de su hijo, que rondaba continuamente por su imaginación.

—¿Que no te tira el campo? Bueno; pero, concho, haberles metido a mis nietos la idea en la cabeza poco a poco. ¡Aunque fuera a mamporros!

Quiá, el Evas los había encaminado en otra dirección, hacía tiempo, para cuando los chicos hubieran crecido y él hubiese socaliñado a su padre los cuartos. «La industria familiar, ahí está el secreto —explicaba—. Como tener la huerta y el fogón en casa, ¿comprende? Todos para uno y uno para todos.» En resumen, de lo que se trataba era de que él, Gervasio, financiase el negocio, a fin de que Gervasio y sus cachorros bailasen la danza guerrera alrededor de un coche, vestidos de mono y con una llave inglesa en la mano, mientras el socio capitalista, o sea, él, se consumía de murria en un rincón. «Convénzase, padre, yo no he nacido para pisar terrones. A mí, deme usted un chasis, un juego de herramientas y un foso, y verá de lo

que es capaz un artista. Pero de roturar, escardar y sembrar, ni pum.» ¡Y pensar que don Trinidad, el antiguo párroco, que en gloria estuviera, llamaba vocación a esa manía!

—¡Menudo fracaso he mangado!

Completo, desde luego. Porque Evaristo, casi desde que tuvo uso de razón, no quiso ni oír hablar de dedicarse a la agricultura. Y como daba la casualidad de que era hijo único, y ahora independiente, además, con una familia a su cargo y piso propio, comprado a plazos, en Valladolid, ¿qué podía haber hecho Gervasio? Pues lo que hizo: resistir mientras aguantó el cuerpo; permanecer al frente de la explotación, y, al final, es decir, hoy mismo, en que los años se le habían echado encima, renqueaba de los remos y la reúma le tenía baldados los riñones, sacar bandera blanca y rendirse, pero con todos los honores, como aquellos de Filipinas que pusieron en televisión.

—Sí, señor, Gervasio Soto, ¡el último de los últimos de Filipinas!

La cosechadora de la Hermandad: ése fue el origen de todo. Llevaba averiada un montón de tiempo, y yacía, en un descampado mostrenco, escorada, cubierta de óxido y con rumores de zureo bajo la chapa, ya que algunas palomas habían anidado en su interior. Y nada, de improviso, sin saber cómo, que le entra la comezón al muchacho de hurgar en las tripas de aquella chatarra. «¿Puedo intentarlo, padre?» Allí, allí dejó Gervasio escapar su oportunidad, su «Hora H», porque, en lugar de responder, como en las películas de mili, «permiso denegado» y arrearle de paso un soplamocos, cometió la imprudencia de consentir. No se puede ser bueno, está visto.

—Velay lo que sucede cuando se es demasiado bueno.

La máquina era enorme y el Evas, que contaba quince años entonces, escurrido como una lombriz. De forma que no tuvo dificultades para deslizarse por la salida de los zarandones, como por la escotilla de un tanque; echar una ojeada por dentro y reaparecer, pero con cara de

«esto lo avío yo». Durante varios días anduvo desmontando piezas y acarreándolas como una hormiga, primero del descampado a casa para lijarlas y aceitarlas, y luego, media vuelta, mar, de casa al descampado, donde las montaba de nuevo, ajustaba, encajaba y remachaba. Gervasio no quiso intervenir, ¿para qué? En sus tiempos, los chavales se divertían saliendo a pillar nidos y ahora quitando tuercas y poniéndolas, eso era todo. Al fin y al cabo, ¿qué sabía Evaristo de mecánica? Lo que hubiera podido pescar viendo reparar un tractor, una bicicleta o un coche alguna que otra vez. El propietario de «Granja Modelo», a quien el chico, aun a sabiendas de que Gervasio no se hablaba con él, había pedido prestadas las herramientas del *Land Rover,* parece que se mostró también escéptico, puesto que dijo: «Tú sigue desguazando, y en cuanto termines, me pasas un aviso y mando un SOS a un mecánico.» Pero, contra todo pronóstico, la máquina empezó a funcionar. Parecía imposible, pero funcionaba.

—¡Y mejor que antes, concho!

Aquello se convirtió, en el pueblo, en el *show* del Evaristo, éxito de público sin precedentes y primera ocasión —y última— en que Gervasio llegó a embriargarse de orgullo paternal. Hasta don Trinidad, el cura, que en gloria estuviera, habló el domingo siguiente, durante la misa, de «los milagros de la vocación», y, por si fuera poco, sin apartar los ojos de Gervasio ni por un momento, como si quisiera advertirle que su obligación era favorecer, no obstaculizar, las inclinaciones del muchacho. «De acuerdo, Padre. Pero, si se me dedica a apretar tornillos, dígame usted quién va a cultivar mis tierras cuando yo me empiece a resentir de la rabadilla.»

—Pues nadie, ya se ha visto, ¡nadie! ¿No te giba?

Claro que Gervasio no gruñiría, ni rezongaría, ni se rebelaría íntimamente, si hubiera podido echar mano de otro hijo o esperar que el Evas cambiara algún día de idea. Pero, sobre esto, Gervasio ya sabía a qué atenerse. Lo supo desde el preciso instante en que Evaristo apare-

ció en el pueblo, recién licenciado de filas; se encaminó a su casa, cruzó la puerta, y, sin otro saludo, dijo: «Ya soy mayor de edad. A partir de ahora, seré yo quien oriente mi vida.» A lo que replicó Gervasio, mientras le soltaba un sopapo: «Sí, ¿eh? ¡Pues ahí te va la brújula!» Poco tiempo después, se trasladaba Evaristo a Valladolid, le hacían una prueba en la FASA y le admitían. Total, que se quedó a residir en la capital, y, desde entonces, no se arrimaba al pueblo más que durante el verano: primero, solo; después, con su mujer, y más adelante, al frente del rebaño, que había aumentado de año en año, hasta completar los cuatro hijos.

—¡Todos varones, y ni uno solo que vaya encarrilado hacia la labranza!

Se notaba, sin embargo, que el Evaristo había perdido la querencia del pueblo, si es que la tuvo alguna vez, ya que, mientras permanecía por allí, se le veía lánguido y aburrido. Iba a todas partes con el transistor pegado a la oreja, vestido de domingo y mirándolo todo con un pujo de repugnancia y un aire como de superioridad. Como si pensara: «¡Pero qué monótono es esto! ¡Ahora me doy yo cuenta de lo monótono que es! ¡Y qué gente tan cerril y atrasada!» Por esta causa, Gervasio había preferido dedicarse a sus nietos, por si todavía era tiempo, tratando de atraérseles y aficionarles a la agricultura. Y en este aspecto, él creía haber hecho todo lo que estaba de su mano para despertar su interés. Si no pudo montarles en el trillo, porque ya no se usaban, ni acompañarles a pescar cangrejos, puesto que en el Canal no los había, les había mostrado una y otra vez la maquinaria agrícola de la Cooperativa, una serie de artilugios —abonadoras, empacadoras, vertederas, rastrillos...—, que a él, bendito Dios, que había sudado a pleno sol durante tantos años, con la azada, el arado y la horquilla, todavía le dejaban maravillado. ¡Ahí era nada: labrar en una mañana una parcela que, en otros tiempos, hubiera requerido una semana de faena! ¡Segar, trillar y despajar una cosecha entera, aun con la mies tum-

bada o encamada, sin bajarse de una cabina! Pero los chicos, qué juventud la de hoy, se quedaban indiferentes. Y no sólo eso, sino que, en lugar de admirarse ante el espectáculo de la cinta sin fin, levantando costales como quien lava —cuando antiguamente los mozos los aupaban a pulso—, se escabullían al menor descuido, buscaban una sombra y se ponían a leer tebeos y tocar la guitarra. Su nuera, ella sí que hubiera podido influirles. Pero, ¿qué se podía esperar de una persona que hasta se bañaba en el Canal en bikini? En una palabra, que no acaba de llegar al pueblo, cuando la familia de su hijo, en pleno, rabiaba ya por regresar a la ciudad.

—Eso, concho, eso es lo que trae envenenada a la gente: las ciudades.

Pero, ¿qué clase de atractivo encerraban, que él no había logrado descubrir aún? La misma Germana, la mujer de Gervasio, que era bajita y rechoncha y tenía entrecejo y bozo, andaba siempre espiritada con sus visitas a la capital. Sólo porque, según decía, había allí peluquerías, salones de belleza, galerías y cines. ¡Salones de belleza, la Germana! Así pasaba ella las temporadas que pasaba en casa de Evaristo. Gervasio iba también, pero se volvía en seguida. La ciudad le ponía nervioso, y su hijo, más. Pero, ¿como iba a soportarlo, si en cuanto el abuelo cogía a los niños y empezaba a hablarles de las cosas del campo, se le echaba el Evas encima? «Deje la batallita, padre. Los críos no la aguantan. Ellos no entienden de eso.» Sin embargo, cuando Evaristo la emprendía con su proyecto de taller, no consentía que le interrumpieran. «Ya no está usted en condiciones de trabajar la tierra, padre. No quiere darse cuenta de la edad que tiene. Sesenta y ocho, son muchos años, muchos. Siga mis consejos, venda sus propiedades, meta el dinero en el negocio familiar y dedíquese a descansar el tiempo que le quede de vida. Ya verá, en un par de años, habrá doblado usted el capital. El porvenir pertenece a la industria.»

—Pero, ¿es que no quieres entenderlo, borrico? No es cuestión de dinero.

No, Evaristo no lo comprendía. ¿Qué representaban para él sesenta obradas de secano y dos mil pinos albares? Pues simples inmuebles, aptos para ser realizados, convertidos en cualquier momento en metálico. Pero Gervasio sentía de otro modo. Concho, él había labrado sus tierras durante medio siglo; había sembrado y recolectado —mismamente ayer, dejaba en el silo la última fanegada—; había recogido, septiembre tras septiembre, las piñas, que antaño, él mismo transportaba a Valladolid para venderlas, cargadas en un carro violo con el redejón a ras del suelo; había rastrillado y ensacado el burrajo; había... ¿Cómo iba a desprenderse de aquello sin que se le rompiera algo dentro? De serle indiferente hacerlo, ya se habría procurado un arrendatario o tomado un aparcero hacía tiempo; pero no se trataba de eso. Pimpollada y terrenos, los había recibido de su padre, como éste del suyo, comprando aquí y allá, como hicieron ellos, un año un rebujal, al otro, un cuartón, para extender poco a poco la hacienda. Para Gervasio no eran inmuebles, sino raíces, ya que constituían su raíz, lo que le había vinculado a la vida. Un raigón que debió haber seguido ahondando hacia el futuro, a través de su hijo, y luego de sus nietos, si el mundo no hubiera cambiado tan por completo y tan deprisa, dejando a Gervasio en la cuneta, desconcertado e indefenso, trasladado a un planeta que ya no era el suyo. Había decidido vender, puesto que no podía hacer otra cosa; así que Evaristo tendría su taller de reparaciones, su juego de herramientas y su foso; pero lo otro, ¿quién se acordaría de lo otro? Porque, en el fondo de su conciencia, de un modo oscuro e instintivo, estaba seguro de una cosa: que, al deshacerse de su heredad, él quedaría en el vacío, sin raíz, sin continuidad, sin futuro, como si no hubiera nacido; peor aún, como si no hubiera existido nunca.

—Una vida tirada, eso es, tirada. Como una criba vieja.

A las cuatro estaba citado en la Notaría con Evaristo y el señor Juan, el dueño de «Granja Modelo», con quien Gervasio no se hablaba desde hacía treinta años.

Encima, ver convertido al señor Juan en propietario de su tierras y su cacho de pinar. Y sabiendo que se apresuraría a levantar en ellas más gallineros de cemento, tirar los árboles, añadir tuberías y montar nuevas tolvas. ¡Un terreno que, a la hora de dar cereal, era como la mano de Dios!

—¡Concho, como la misma mano de Dios!

El autobús entró en la plaza, dando una bordada, y se detuvo delante de la «Fonda Castilla, especialidad en tostón asado». Bien, había llegado el momento. Un billete para Valladolid, un paseo hasta la casa del Notario en compañía de su hijo, una firma en la escritura y asunto concluido.

—Se acabó. R. I. P.

El camarero apareció envuelto en una nube de insectos.

—Qué, ¿a Valladolid, señor Gervasio?

—Eso parece. ¿Me echas una mano?

El otro le ayudó a levantarse y, mientras la vieja maquinaria se ponía en movimiento, parecía que chirriasen huesos, músculos y tendones.

—Muchas gracias, hijo.

Gervasio se encaminó lentamente hacia el coche. Al pasar, vio su imagen reflejada en la luna del establecimiento, la figura de un hombre en chaleco y camisa blanca; la chaqueta sobre los hombros y una boina sin vuelo ni rabo en la cabeza; los ojos desvaídos y el rostro seco, con la piel de color ladrillo, pero un ladrillo que alguien hubiera surcado con un punzón, profundamente, en la tejera, antes de la cochura. Sin embargo, era Gervasio Soto, el último de los últimos de Filipinas. Luego, cuando se arrellenó en

el asiento y el vehículo emprendió la marcha, él no llegó a darse cuenta, pero el zumbido de los cilindros fue transformándose paulatinamente en un sonido vibrante, como de música militar: la charanga de los tagalos que, abriendo filas, rendían un homenaje al héroe.

El senador tiene un problema

Antes, él no sabía nada ni había oído nada. Sus primeras sensaciones databan de mucho tiempo atrás, ya que, aunque él no se hacía verdadera idea del tiempo, sí se daba cuenta de que el linóleo y la caoba tenían otro brillo y los tapizados otro empaque. Pero, fuera de esto, no sabía nada. Nunca había sabido absolutamente nada de nada, salvo que en su existencia siempre hubo una pared enfrente; a veces, cortinas y un balcón, pero, desde luego, una pared. Y la pared y sus recuerdos constituían todo su mundo. Ah, y el silencio. Porque él se encontraba habituado al silencio, y lo agradecía, además, cuanto más profundo, mejor, ya que con los ruidos vibraba la tela y esto le dejaba desasosegado y confuso.

Sus recuerdos, que arrancaban de un día en que empezó a notar, él ignoraba cómo, una cosa espesa que le rozaba, una cosa espesa y pegajosa que le rozaba. Y unos ojos fijos en él. Antes de la pared, mucho antes de la primera pared, había tenido ante sí unos ojos terriblemente inmóviles. Miraban a algo que había a sus espaldas y luego a él, a algo y a él, y seguía un golpe o dos golpes, y el

lienzo latía, y él empezaba a sentir una cosa espesa y pegajosa que le rozaba.

Todo esto antiguamente, porque ahora su existencia resultaba todavía más monstruosa, desde que había perdido la paz; todo lo que le rodeaba, incluso el opuesto testero, carecía por completo de significado, y por eso había perdido la paz. A partir de una ocasión en que se encendió la araña de la sala, y contempló su pared y las cortinas, y alguien dijo:

—Le presento a nuestro viejo Senador.

Y rió, y la risa sacudió el lienzo, y el Senador la odió.

—Dicen que el cuadro tiene cosa..., alma. Pero a mí los retratos que le siguen a uno con la mirada me ponen nervioso. Lo mismo que me ocurre con estos salones tan superferolíticos. Yo quería haber colgado aquí un paisajito, algo más moderno, con más color. Pero es el tatarabuelo, hágase cargo. ¡El querido tatarabuelo - Senador - Grande de España de mi señora! ¿Quién puede oponerse a todo eso?

Y volvió a reír y el Senador a odiarle.

—Parece que el pájaro se pasó la vida conspirando en el extranjero contra el Gobierno; no como los exiliados de ahora, del tajo a la pensión, sino por lo grande. Ya sabe lo que quiero decir: saraos, palacios y bicornios con plumas, y, entre tanto, venga de alzar partidas para el Pretendiente. Y a dejar en la ruina a su familia, que en la actualidad es también la mía. Mucho remilgo con el árbol genealógico, pero, si no fuese por mis embutidos, ¿qué? Si no hay más que verle: el ceño, sí, y también la prosopopeya; pero repare usted en sus manos. No como las mías, de luchador *self-made-man,* sino lánguidas, finas, como de no haber dado golpe en la vida. Y ahora, si me lo permite antes de firmar ese contrato, le invito a usted a un trago. ¿Hace? Un vinillo especial. Con mi nombre —no el ilustre de mi señora, sino el mío propio— impreso en la etiqueta. Un amigo que entiende de buqués —yo, no, se lo confieso; yo, en cuestión de bebidas, soy

caballo de buena boca— me aseguraba hace unos días que se trata de un caldo casi tan viejo como mi Senador. ¿Pasamos al *petí* bar de la sal *a manché?* Pues, hale.

Y el Senador quedó de nuevo a oscuras y en silencio. Pero ya no era igual, ya nada volvería a ser como antes. Porque ahora ya sabía que él no era él, sino la sombra de otra persona, alguien distinto de sí mismo: un ser que ni siquiera se hallaba presente, pero que, sin embargo, constituía su verdadera realidad.

El pintor puso su alma en el cuadro y el Senador vivía con ella. Y preguntaba. Por qué, ¿quién era él? Decidle al Senador quién es, quién era. No se puede encontrar la paz cuando se descubre que, además de las consolas, el testero, los apliques de luz, las cortinas, la alfombra, el ruido de la calle y el de las risas, hay otra persona que es uno mismo. Así no se puede vivir en paz nunca, nunca. Aunque pasen otros cien años; aunque transcurra toda una eternidad.

Un alto en la procesión

La señora Micaela, «la guapa», ha empezado a soliviantarse y a chillar porque uno de los penitentes, ella no sabe cuál, la ha pellizcado al pasar en un muslo, y ella es una señora decente, de las que ya no quedan, y ahí están doña Elvira, la viuda de Gonzalvo, y Milagritos, la telefonista, que lo han visto, y es una vergüenza que pasen ciertas cosas, y a dónde vamos a parar si ya no se respeta a las mujeres ni durante una procesión. Y aunque no llora, se enjuga los ojos con un pañuelo para que se vea que la ofensa le ha llegado a lo vivo.

Como la señora Micaela, «la guapa», es dueña de medio pueblo, el «paso» se detiene, los costaleros asoman por debajo de las andas y la gente se arremolina en la acera, mientras don Ginés, el Concejal de Festejos, con su escapulario y su vara de Comendador de los «Devotos de Jesús Nazareno», se abre paso entre el público diciendo, pero con mucho imperio, «hagan el favor», aunque, luego, al llegar junto a ella, baje la mirada y mueva la cabeza apesadumbrado, como dando a entender, aunque no lo exprese, que parece mentira que haya podido ocurrir una cosa

así. Porque don Ginés, el Concejal, que es autor de los dos romances que figuran en el programa de Semana Santa, se halla platónicamente enamorado de la señora Micaela, como todo el mundo sabe, desde 1935, y no concibe, ya dice él que él es de otra época, que alguien se haya atrevido a profanar el objeto de su adoración, como la llama interiormente, y hasta se abochorna de sí mismo al comprobar cómo las circunstancias suscitan en su mente, claro que en contra de su voluntad, la imagen del muslo, prieto, redondo y con bultos de celulitis, de «la guapa».

La señora Micaela, penetrada de su propia importancia, ya que por algo es propietaria de medio pueblo, no ignora la distancia que le separa de un simple veterinario como el Concejal, aunque tampoco deje de reconocer que, desde que Ginés se ha puesto a su lado, se siente más tranquila, sobre todo después de que le ha visto volverse hacia la gente con mucho imperio; decir: «abran paso», y llevársela hacia la farmacia cogida, pero muy delicadamente, por el codo.

Don Adrián, el farmacéutico, como fue de Lerroux antes de la guerra y no transije con lo del culto externo, se había refugiado en la rebotica, que ahora llamaba la trastienda, a pasar la tarde. Y cuando don Ginés, al entrar, se apercibe de que está haciendo versos, no puede reprimir un gesto de ironía, porque entre don Adrián y el Concejal existe una antigua pugna literaria, sino que sin consecuencias, puesto que éste publica sus romances en el programa de Semana Santa y el boticario, que fue de Lerroux antes de la guerra, en el de las «Fiestas y Ferias». Sin embargo, cuando Micaela, verdaderamente contristada, se acomoda en el sofá de hule verde de la rebotica, y don Adrián se dispone a preparar una tisana con unas gotas de sedante, en el bunsen, el Concejal empieza a comprender que el hecho de que el farmacéutico resulte un poeta detestable, no está reñido con que sea un caballero de los de verdad, de los de otros tiempos. A continuación, como la farmacia se ha llenado de gente en un instante, don Gi-

nés empieza a despejar el establecimiento y, cuando ha conseguido desalojarlo, baja las persianas, porque, según dice, la curiosidad es un sentimiento repugnante, sobre todo si va dirigido al objeto de su adoración.

Don Adrián, el boticario, sirve la infusión en un vaso, y la señora Micaela bebe a pequeños sorbos, mientras el Concejal la contempla tiernamente, ya que, aunque la señora Micaela, «la guapa», que sigue tan soltera como en el año 35, cuando sólo contaba diecisiete gentiles primaveras, tenga cuarenta kilos más que entonces, a kilo por año, para don Ginés sigue siendo la misma, y aún no puede permanecer a su lado sin sentir una extraña flojedad, como si se le disolviese, de pronto, el calcio de los huesos. Ella sabe todo esto desde hace mucho tiempo, y en el fondo le halaga, aunque, como es dueña de medio pueblo y el otro nada más que un veterinario, aparente ignorarlo, porque no digan.

Mientras la señora Micaela, «la guapa», apura su tisana y dice, entre suspiro y sorbo: «Fíjese, ¡un penitente! ¿A dónde vamos a llegar?», don Adrián, que ya se ha puesto al corriente de lo ocurrido, se acuerda de Jovino, el conductor del coche de línea, y sonríe para sus adentros; porque, unos días antes, Jovino, el del autobús, llegó a la farmacia a por una caja de inyecciones, y, mientras el boticario le despachaba, acertó a pasar la señora Micaela por la acera, y Jovino, desde el escaparate, comentó: «Pero, ¿ha visto usted cómo se conserva la tía? Más de medio siglo a cuestas, y con las carnes duras como neumáticos. Y, sobre todo, ¡lo bien que las lleva! Parece mismamente la Gina, que es, más o menos, de su quinta. No, si, en estos tiempos, las fósiles...»

La señora Micaela, «la guapa», se ha calmado un poco, desde que don Ginés, que está muy impresionado, le ha asegurado que no parará hasta identificar al sátiro y dar con su piel en la cárcel. Al oírle, don Adrián, el farmacéutico, piensa en Jovino, y medita si debe o no advertirle, puesto que Ginés, además de mal poeta, es un reacciona-

rio integrista, y el otro, aunque dueño de un autobús, un proletario, y para algo estuvo él afiliado al partido radical antes de la guerra. Pero cuando Micaela se pone en pie diciendo «muchas gracias» y le sonríe directamente a él, decide callarse, porque «la guapa», así, en vertical, con sus caderas y su busto, resulta que impresiona, y, al fin y al cabo, Jovino no deja de ser tan oscurantista como el otro, puesto que anda vestido de túnica, cíngulo y capirote por las calles.

Don Ginés abre, por fin, la puerta del establecimiento, se encara con el público y dice, pero con mucho imperio: «Tengan la bondad de apartarse», para que la señora Micaela pueda pasar entre la gente como una reina. Luego, cuando ella vuelve a ocupar su puesto en primera fila, en la acera, y el Concejal reclama su autorización para que la procesión continúe, y ella se la concede, y los costaleros se meten debajo de las andas de nuevo, y el «paso» reanuda su marcha, la señora Micaela, «la guapa», empieza a reconsiderar seriamente la posibilidad de unirse en matrimonio con don Ginés, pues si, en la actualidad, ella es una persona importante, aún lo sería más, como acaba de comprobarlo, si llegara a casarse con él.

Seis en un tren

Reserva número 31, de segunda clase, señor Galiano, peluquero de barrio. Tiene una callosidad en la mano derecha, a causa de las tijeras, y ojos con cerco de vejez prematura, acostumbrados a la caspa y los cogotes húmedos de sudor. Así que no siente ningún escrúpulo en acomodar la coronilla sobre el respaldo del asiento, pero sí el señor Reque, número 32, que es extremadamente escrupuloso y, por lo mismo, pone cara de conejo. El señor Galiano que es dueño de una vieja peluquería, descansa la cabeza y enciende un cigarro de peluquero que deja quemar lentamente entre los dedos para que se le amarilleen un poco más las puntas de sus dedos de peluquero de barrio. Piensa en Conchita y en lo que dirá al verle entrar y en cómo llorará cuando hable de su querido Ernesto, y «mira, papá, él sería lo que fuera, pero nos queríamos mucho; sé que no te gustaba, pero nos hemos querido mucho», y dos nietos, y «no sabes lo que nos queríamos, papá», y «ahora viviremos contigo», de la peluquería, todos de la peluquería. Y Ernesto «porque mi fábrica de Santander», pero, sin la peluquería, su viuda y los niños a dormir en

la calle. Y el número 32, señor Reque, que es extremadamente escrupuloso, comprueba su reserva y al sentarse no dice: «Deberían poner un paño, como antiguamente; apoyarse así, es una porquería», pero dibuja un gesto equivalente y arruga su nariz de conejo, y adopta unas postura rígida, eludiendo el contacto, y calcula: «Tres horas y cuarto de viaje, menos hora y media en la cafetería del tren, noventa y cinco minutos. A cuarto de hora por cigarrillo, seis cigarrillos, y uno más para imprevistos. Al sexto cigarrillo, en Medina. Mañana, el Instituto: señores alumnos, hoy, por ser el primer día de clase... Mejor: muchachos, vamos a hablar de... Primera clase. Le temblará la mano, como en los ejercicios de las oposiciones. El Tribunal advierte al opositor que le quedan sólo quince minutos. Primera clase. Temblor.» El número 35 otea el andén desde la ventanilla, el IV andén de la Estación del Norte, salida 8,15: el mundo, en este instante. El andén IV constituye ahora el mundo para el número 35. Su cerebro funciona con mecánica de cañería: «Un maletero. Pero ella, no. La maleta, de cuero auténtico. Un muchacho detrás. Su maletón de libros en la carretilla, con el maletero y el muchacho detrás. Mi colegio. Don Trinidad, el cura: 'Señor Ferrer, ¿Qué traemos hoy? El sexto mandamiento. Ah, bien, siéntese, lo doy por sabido. No hay parvedad de materia en el sexto.' Todo pecado. Absolutamente todo pecado. Incluso Amalia, que no llega. Diez, y aparece. Uno, dos, tres, cuatro... El *teenager* y su maletón. Lleva lentes. Demasiadas dioptrías para su edad. Ocho, nueve y diez. Tampoco. No llega.» Doña Carmen Lobo, reserva número 36, y también treinta y seis años, y profesora en partos, y soltera, y las hormonas un poco revueltas. Quizá el primer aviso. Todavía nada más que dolores de cabeza, y los pómulos color madera, y como gelatina en los cóndilos, pero demasiadas veces sorprendiéndose a sí misma con el pensamiento en el chico del piso de encima, que tiene veinte años y el pelo revuelto. Lo mejor, un viaje. Necesita reponerse. Trabaja mucho.

Cada día más niños. El mundo no se acaba tan pronto como dicen. A pesar del Ogino, la píldora y la paternidad responsable. Necesita reponerse y descansar. En Burgos hace frío, pero es un frío sano. Y ella necesita reponerse y no pensar. El *teenager* del maletón, número 33, lleva lentes, y el mozo coloca la maleta en la redecilla, y él dice: «Gracias», y le da cinco duros, y considera que es demasiado, pero al propio tiempo teme que no lo sea. Y se sienta y cruza los pies, y «debí haber dejado alguna asignatura colgada, para poder volver en septiembre. Mi padre destinado a Valladolid. Y, ¿por qué yo también a Valladolid, si es a él a quien le destinan? En Valladolid, sexto y COU, pero después me planto. No quiero ir a la Universidad, papá, tengo otros proyectos. No explicar nada. Y si se empeña en obligarme, cojer la puerta y desaparecer. Ya no vivimos en la Edad Media. Al fin y al cabo, yo no te pedí que me engendrases, papá, no tienes derecho a...» Y el número 34 no llega. «—Noticias del pedido. —Déme a ver.» Ya no necesita hacer el viaje. «Iré a canjear el billete; a lo mejor aún tengo tiempo de anularlo.» No llega. Ni Amalia tampoco. Y el número 35 piensa en el broche de oro y no quiere creer que ella le llamaba «cariñito» sólo porque el broche fuera todo de oro, ni «mañana iré a despedirte a la estación, vidita», a causa precisamente de que fuese absolutamente todo de oro. Y el tren acaba de arrancar, y él murmura: «Ya, no», y se sienta, y se fija en la profesora: «Todavía bonita. Treinta y cuatro años, o tal vez más, pero todavía bastante bonita», y le mira a las piernas, y doña Carmen Lobo, profesora en partos, soltera, dice para sí, con repugnancia: «Viejo asqueroso», y se recoge la falda y observa de pasada al *teenager,* y considera: «Guapo. Y sin lentes, probablemente más.» Pero se asusta al darse cuenta de lo que piensa, ya que se trata de un crío de quince o dieciséis años, y una tentación así resulta demasiado fuera de lo normal; mientras, el señor Galiano, peluquero, cierra los ojos para adormecerse; y el *teenager* decide:

«O, si no, me planto al llegar a COU; para entonces ya tendré dieciséis, ya seré un hombre.» Y el número 34: «Ahora estará saliendo el tren. Ha sido una suerte recibir el telegrama tan a tiempo.» Y el señor Reque: «Debido a ello, la poesía de Garcilaso, elude siempre la frialdad formalista de su amigo Boscán. A esto venía a referirme cuando...»

Temporal de Levante

Victoriano, el patrón, citó a su gente para las seis de la mañana, y, a las seis menos cinco, Rafael, maquinista de la traíña, se encamina hacia el puerto. Lleva puestas las botas de agua, y el chubasquero plegado como un paquete bajo el brazo, porque la mar ha amanecido gris, con mucha marejada, y por la parte de Sierra Bullones han empezado a amontonarse unas nubes. Al llegar al embarcadero, el maquinista observa que el patrón se ha puesto a afeitarse, y, para hacer tiempo, se sienta en un noray, de espaldas al agua, extrae la petaca y se dedica a liar un cigarro. A Victoriano, el patrón no le gusta salir a la mar sin rasurarse antes un poco; pero no es el único, otros miembros del rol han adquirido la misma costumbre y, a medida que van apareciendo en el muelle, se sitúan en fila ante la silla del barbero, apoyados en la pared del segundo tinglado, con cara de sueño y las manos en los bolsillos. Hay una hora, por lo menos; una hora que Rafael podía haber pasado en la cama, puesto que el maquinista es de los que sólo se afeitan los sábados y, excepcionalmente, el día de la Virgen del Carmen.

Desde hace algunos años, el barbero se instala todos los días en el puerto. Antiguamente fue dueño de una peluquería, pero como los problemas que le proporcionaba el negocio le amargaban la existencia, prefirió traspasar el local y ponerse a trabajar al aire libre; porque, según dice, poseer una barbería no consiste solamente en atender a los parroquianos, que es lo propio, sino en andar liado con Hacienda, el Sindicato, la Delegación de Trabajo, o la empresa del agua y de la luz; un mundo demasiado complicado, lleno de oficinas, seguros sociales, multas y funcionarios. Ahora, de lo único que debe preocuparse es de llevar consigo una silla plegable, un paño limpio, la caja de utensilios y el infiernillo para el agua de la bacía, y con eso le basta, puesto que, si no gana mucho, cuando menos vive más tranquilo.

El barbero no es mala persona, sólo que muestra una rara afición por las noticias desagradables, y los pescadores le temen por ello. La gente de mar sabe que hay conversaciones que atraen el mal fario, pero el barbero es hombre de tierra y no calla jamás. Justamente, mientras enjabona al patrón, sensacionaliza en voz alta, y en la cola le escuchan:

—Tal día como hoy, hace seis años, naufragó el *José Mari*. Se ahogaron todos, ¿no recuerdas?

Victoriano se acuerda y los pescadores también, cómo no, pero preferirían no hablar de ello. El barbero pasa la navaja por el suavizador de cuero y añade:

—Esta noche ha entrado un petrolero en el puerto, de arribada forzosa, con una vía de agua. Mal deben andar las cosas por el Estrecho.

Candi, que es el individuo más joven de la dotación, llega retrasado, a las seis y cuarto, pero no se dirige donde el barbero, sino que va directamente junto a Rafael, pues desde que hace tres años le explotó la farola de un bote de luces en la cara, no ha vuelto a salirle el pelo de las cejas ni de la barba y, por tanto, no precisa afeitarse. Sus compañeros le llaman el «Quemao», pero, en realidad,

solamente lo está por fuera, ya que a pesar de la cicatriz que le desfigura completamente el rostro, como para pegarse un tiro con la edad que tiene, no sólo bromea todavía como antes del accidente, sino que hasta se interesa por las mujeres lo mismo que otro muchacho cualquiera.

El «Quemao» apoya una rodilla en el noray de Rafael, y los dos, el maquinista y él, permanecen mudos un par de minutos, no porque se sientan preocupados por el estado del tiempo, de eso, nada, sino porque ambos se encuentran habituados a los largos silencios de la navegación y, cuando no desean hablar, no necesitan justificarse. De pronto, Candi dice:

—¿Viste qué partidazo hizo el Atlético el domingo?

Rafael adelanta el labio inferior y pondera:

—¡Vaya!

El barbero ha empezado a rasurar al patrón y, para extender el campo de acción de la navaja, le alza con la punta de los dedos el lóbulo de la oreja.

—Parece que va a empeorar el tiempo —comenta, y Victoriano, con la coronilla apoyada en el muro, levanta maquinalmente la mirada y la fija en una nube oscura que avanza en dirección a Gibraltar, maciza, pesada y redonda como un guante de boxeo.

—Eso parece, sí.

Interiormente, piensa: «Temporal de Levante. Antes de llegar a Tarifa, lo tendremos encima»; y, aunque lleva treinta años navegando y seis patroneando una traíña, siente un extraño vacío en el estómago.

El «Quemao» opina:

—Desde luego, hay equipo.

Replica el maquinista:

—Ya lo creo que lo hay.

Ninguno de los dos asistió el domingo al partido, pero no importa: ambos han leído la hoja deportiva del diario local.

—El único fallo fue Arondo, el extremo.

Rafael aspira una bocanada de humo, y el ascua del

cigarro se ilumina vivamente un segundo, en la sombra plomiza del amanecer.

—Ya anda en tratos la directiva para sustituirlo —dice.

—¿Por Rufo, el interior del Urbina F. C.?

—Eso mismo.

—Pide medio millón.

—No me parece caro.

Como todos los pescadores de bajura, Rafael y el «Quemao» navegan «a la parte», y aunque al maquinista, por el cargo que lleva, le corresponde el doble que a Candi, ninguno de los dos, pero que ni soñarlo, llega a reunir a lo largo de la temporada ni la mitad de lo que el futbolista por el fichaje.

El «Quemao», sin embargo, concede:

—Ni a mí.

(A un cuarto de milla de la boca del puerto, la bocina de un petrolero muge, pidiendo práctico, pero angustiosamente, como un toro que llevase clavado el estoque; en la Comandancia de Marina se reciben noticias de la motonave *La Estrella,* que ha perdido el timón y navega desde hace varias horas al garete; sobre el puente de un barco carguero, matrícula de Liverpool, un capitán mercante enfoca los prismáticos a la costa de Ceuta, maldiciendo en inglés del temporal, y chilla pidiendo más presión a la gente de máquinas, ya que si no consigue corregir la deriva, teme que la corriente pueda llevarle a encallar a Punta Bermeja.)

Entre tanto, Victoriano, el patrón, al tiempo que se enjuga la cara con el paño, medita sobre si convendrá o no hacerse a la mar; pero como resulta que con eso de que el Mediterráneo está enfermo y lo otro de las lanchas rápidas y las setenta millas de aguas territoriales de los moros, la pesca se pone cada vez más difícil, decide intentarlo, porque no va a dejar amarrada la traíña al mue-

lle durante los catorce días que faltan hasta que mude la luna y se vuelva a asentar el tiempo. No obstante, para tranquilizarse, se asegura a sí mismo: «Si veo el asunto feo, mando virar, y a casa en seguida.»

El «Quemao» se anima.

—Lo que necesita el equipo es meter muchos goles.

Rafael asiente:

—Y que lo digas. Sin goles no hay ascenso.

Resume Candi:

—Y, al fin y al cabo, medio millón tampoco es dinero.

Una hora después, los ocho miembros de la tripulación han subido ya a bordo. El patrón manda soltar amarras y ordena a Rafael:

—Tú, ¡media máquina!

Mientras el barco se desliza hacia la bocana, petardeando sordamente, el «Quemao» decide: «De este año no pasa que el Atlético suba a Segunda División.»

Victoriano grita:

—¡Avante claro!

El maquinista mueve una palanca y la embarcación entra en la mar encabritándose, y da una bordada y aparece Gibraltar por la amura, y otra, y queda enfilada a Punta Almina; y, mientras el patrón se muerde los labios y agita la cabeza con disgusto, Rafael, sumergido en el olor a gas-oil que inunda su cabina, habla consigo mismo, satisfecho:

—¡Qué puñeta! ¡Como el equipo ascienda a Segunda, veremos jugar al Real Valladolid y al Sevilla Club de Fútbol!

Y la idea le deja de un humor excelente.

Regreso

El cáncer zumbando, gruñendo, mordiendo, chisporroteándole por dentro, ya no sabía siquiera si llegaría a la próxima Navidad, pero el Colegio se encontraba allí todavía, ahora todo estaba allí, mientras el cáncer crecía por su cuenta como un panal, amontonando celdilla a celdilla con su furioso enjambre de abejas, dedicadas a fabricar celdillas geométricamente perfectas y a clavarle sus aguijones por todo su cuerpo, malditas abejas. Pero él se resistía a ir al colegio, no me da la gana de ir, hay que estudiar, muchacho, tienes que hacerte un hombre, mientras el cáncer, el médico lo llamaba carcinoma, seguía incrustando células y piedrecitas de colores en su mosaico bizantino de imitación, como el que había en la capilla del Colegio.

—¿Cómo se llama usted? Vamos, no llore usted. Aquí no nos comemos a nadie, vea usted.

Y el Hermano señalaba el patio de recreo a través de la ventana abierta: el recibidor olía a galleta, y había una mesita barnizada, con el libro de visitas y una escayola de la Virgen de Lourdes, y, en las paredes, marcos de madera

pintada, con fotografías de antiguos almunos en grupo; entraban del patio, en oleadas, las voces de los chicos, todos contentos, ¿ve usted?, y, con ellas, el ruido sordo de los botes del balón.

—Deje de llorar, hombre.

En otras circunstancias, bueno. Incluso, en otras circunstancias, era posible que se hubiera echado a reír viendo cómo el babero almidonado, partido en dos, se enderezaba y se abatía apalancado por el continuo movimiento de la glotis; pero, en este momento, no, puesto que estaba solo, perdido en medio del Universo, completamente solo en mitad del Universo, Luisa, Luisa, la inyección, a pesar del griterío de los muchachos y del árbol, con hojas otoñales, que aparecía en la ventana, un gorrión en una rama que de pronto se asustó y se fue, no como los gorriones en el pueblo cuando él iba a cazar pájaros con tiragomas, pero hay que estudiar, muchacho, tienes que hacerte un hombre, y de este año no pasa que vayas interno a un colegio, y ya no puedo más, por Dios, esa inyección, Luisa, por Dios.

—Venga conmigo.

Salieron al recibidor y cruzaron el patio. vamos, continúen, continúen, muchachos, con palos de baloncesto y rinconeras para los papeles: un edificio inmenso, con aspecto de cárcel, metido en una cárcel para los restos, en la cama, en la cama, para los restos, lo siento, amigo, para qué le voy a engañar, ese estómago no va nada bien, no soy partidario de hacer concebir vanas esperanzas a los enfermos, es mi carácter, ¿sabe?, pero sigan jugando, muchachos, voy a acompañar a su nuevo compañero, que conozca el Colegio, que no le quede duda alguna de que está en un presidio para los restos, con muros de ladrillo y, en el coronamiento, una estatua de la Virgen de Lourdes, y debajo un reloj, y más abajo una campana negra, que esponjaba las alas y se ponía a cacarear toda antipática, a cacarear y ronronear como una clueca, pitos, pitos, polluelos míos, maldita campana, cuando llamaban para le-

vantarse, salir al patio, volver a las clases, Luisa, o acudir a la capilla o el comedor. Perdido en este gigantesco universo, poblado de galaxias y muchachos que le miran a uno de reojo y se dan con el codo mientras uno atraviesa el patio de recreo y entra en un pasillo de baldosas rameadas que no termina nunca, Luisa.

—Este es el comedor; arriba están las clases, y en el piso superior, los dormitorios. Pero primero pasaremos un momento por la capilla.

Los ventanales, con vidrios de colores que uno deseaba meter en la boca y chupar como un caramelo, y sobre el altar una imagen de la Virgen de Lourdes, con las manos orantes y una aureola de estrellas y bombillitas, y, en un rincón, un mosaico representando a Bernardette arrodillada ante la gruta, de piedrecitas pegadas una a una sobre la pared del estómago, que él podría tal vez arrancar una por una para quitarse aquello, mientras la pastora le pedía a la Virgen un milagro más, un poco de milagro más, por ejemplo que Luisa acabe de llegar por fin con esa inyección.

—Y éste, el dormitorio.

Una doble hilera de camas alineadas para morirse, Luisa, una muerte muy larga, de muchas semanas, pero a solas, porque, mire, para qué le voy a mentir, está usted desahuciado, listo para coger el equipaje y largarse al colegio, dejando atrás la vida, ¿sabe?, haciendo todo el día lo que le daba a usted la gana, subir a las ruinas del castillo o bajar al río a pescar cangrejos, hundiendo la mano en el limo, entre las juncias, aunque a veces le pellizcasen y le hicieran gritar de dolor, como ahora, pero tienes que hacerte un hombre, no todo el día por ahí sin dar golpe, al colegio, al colegio, qué se puede hacer todo el santo día por ahí, sinvergüenza: pues trepar al castillo, fumar hojas secas, coger nidos, pinchar las bicicletas a los veraneantes, ya tiene usted un patio, qué más quiere, y un hermoso balón redondo para jugar al baloncesto, e incluso una ca-

pilla para rezar a la Virgen de Lourdes antes de morirse de cáncer.

—Bueno, no se preocupe, esto les sucede a algunos alumnos al principio. Ya verá: dentro de quince días se encontrará usted aquí tan a gusto.

En una cárcel, Luisa, dando vueltas alrededor de un círculo sin fin: dormitorio-capilla-clase-patio-comedor-dormitorio-capilla, arre, muchacho, arre, no como en la era, montado en el trillo, con un botijo al lado y un sombrero de paja en la cabeza, arre, mulita, arre.

—Esta será su clase.

El mapa de América pintado de verde para correr por el mapa de América con el trigo hasta la cintura, le pillé distraído, como siempre, no sé qué le pasa, pero siempre está distraído, porque trataba de dibujar sobre la tapa del pupitre, con saliva, la torre de la iglesia y volver a subir, siquiera una vez, a repicar la campana gorda, mansa como un buey, lenta y gris, no como la maldita campana clueca que no deja parar un momento, ni este dolor tampoco, Luisa, ponme ya esa inyección, me descolgaré por la rama del árbol que cae por fuera de la tapia, un milagro más, un poco de milagrito más, siquiera hasta poder llegar a la estación y meterme en el tren, esa morfina, Luisa, antes de que descubran la cama vacía.

—Pero, hombre, ¿a quién se le ocurre! ¡Fugarse del Colegio como un criminal!

Un caso desahuciado, Hermano Director; qué dirá su familia cuando se entere, Luisa; nadie se fuga de una carcel impunemente, Luisa; lo encontrarán, aunque se esconda en los retretes de la estación, y lo conducirán otra vez al Colegio, una manta sobre los hombros y esposado, al Colegio, Luisa; a seguir aquí hasta la muerte, si no doy con un escondite seguro, Luisa; por ejemplo, la gruta de la Virgen de Lourdes que hay en el jardín del Colegio, y permancer oculto hasta que me pongan la inyección, al menos hasta que llegue Luisa con esa inyección, por Dios, deprisa, por Dios...

Poeta sin parque

Podía haberle ocurrido cualquier desgracia y vino a sucederle la peor. Porque él no se quejaba de haber perdido una mano como Cervantes, que eso le pasaba a cualquiera, sino de que el Ayuntamiento, por premiar su conducta, le hubiera procurado aquel empleo de celador en un urinario público. Y precisamente en el que hay a la entrada del Parque Municipal, junto al primer sendero, donde empizan los macizos de celindos y existe un banco pintado de verde, que siempre está vacío, ya que no parece propio besar a una muchacha delante de «Evacuatorios» y «Caballeros». En cambio, Obdulio, para estar a solas, sí acostumbraba a sentarse allí antes del accidente. Sobre todo cuando tenía que pensar una poesía. El parque le inspiraba, como decía él. Arrancaba una hoja de una bola recortada de evónimo y, mientras mordisqueaba el peciolo, iba llenando de tiradas de versos las páginas de un bloc. En cambio ahora, por culpa de su horario de inválido, que le ocupaba el día entero, el parque como si no existiese. Lo tenía a dos pasos, pero como si no existiese. Porque le habían dado un empleo sin horas libres; con la obligación

de presenciar un desfile continuo de meones; permanecer ante cinco puertas grises y un paisaje de porcelanas blancas y cromados, y entregar, cuando se lo pedían, a cambio de una peseta, un «tiket» color rosa y un metro de papel. El mundo, los celindos y los pájaros quedaban fuera: habían dejado de pertenecerle, como los gorjeos y el ruido de las hojas, en los árboles. El único rumor permitido era aquel irritado zumbar de cascada que se producía cuando él abría periódicamente los grifos del agua. Por eso se sentía Obdulio tan deprimido y melancólico, preguntándose si no habría sido mejor que el señor Alcalde no se hubiese ocupado de su porvenir, o que, ya que lo hizo, le hubiera elegido otra colocación, una para poetas: por ejemplo, conserje de un grupo escolar, guarda de jardines o incluso capataz de la limpieza. El, Obdulio, ya se lo dijo. El ya le dijo al señor Alcalde que era un poeta. Picó en la puerta, entró en el despacho y se lo dijo. Pero habían transcurrido dos meses, y al señor Alcalde se le había enfriado su primer entusiasmo. Así que repuso con aspereza:

—¿Y a mí qué me cuenta?

¡Desagradecido! El señor Alcalde no podía ignorar que el autor de la poesía que el Parque de Bomberos le envió para felicitarle durante las últimas Pascuas era, precisamente, Obdulio. Iba en un tarjetón y llevaba impreso, bien claro, el nombre de Obdulio Prados al pie:

«Ya se acercan los bomberos
de noche por la ciudad
impávidos hacia el fuego,
con fe y con serenidad.
Y cuando la campana repica
la gente la oye pasar
y un pensamiento dedica
a quienes hacia el peligro van...»

Y ya que las cosas vinieron así, que, por lo menos, no lo hubieran publicado los periódicos. Pero parecía como si

los periodistas se hubiesen puesto de acuerdo para prodigar la noticia. Hasta en televisión la dieron. La noticia del homenaje, con el discurso del señor Alcalde y aquello de que la Corporación no dejaría desamparado a su héroe. *El Noticiero Urbano* incluso sacó su fotografía en primera plana con un pie que decía: «Del homenaje al heroico bombero.» El reportero penetró en el despacho del señor Alcalde con su «flash» en posición; ordenó: «Abrácense», y la primera autoridad municipal abrió sus brazos, mientras Obdulio se dejaba estrechar en ellos; luego, el señor Alcalde volvió su rostro, con una sonrisa, hacia el objetivo, pero el reportero indicó: «Abrácele usted también.» Y entonces Obdulio apoyó su única mano en la solapa del Alcalde con mucha timidez; pero el otro insistió todavía: «Levante el otro brazo. Que se vea el muñón. Lo más importante es el muñón»; y Obdulio alzó dócilmente su brazo inútil, el reportero disparó, y el señor Alcalde, la mano manca de Obdulio y cuatro caras sonrientes que había por allí pasaron juntos a la eternidad en la primera página del diario local. A continuación el señor Alcalde se entonó: «Nos hemos reunido aquí esta mañana, etcétera. Hombres así, etcétera. Una honrosa mutilación en acto de servicio, etc. Pero esta Corporación no dejará desamparado a su héroe, etc., etc.» Y, por último, le abrazó de nuevo.

Cuando sobrevino el accidente, Obdulio estaba muy lejos de imaginar que fuera a convertirse en el hombre del día. Porque todo había sucedido rutinariamente, como tantas veces: sirena de alarma, tubo de deslizamiento, coche de primera salida... Todo parecía lo mismo que otras veces, y no había motivos para suponer que en aquella ocasión fuera a ser de otro modo. Mecánicamente, como siempre, habían navegado por la ciudad a ochenta nudos por hora, haciendo sonar la bocina; mecánicamente, ha-

bían frenado ante un edificio de cinco pisos, que humeaba por un balcón, y, mecánicamente, habían saltado en marcha al suelo. Obdulio formaba parte del equipo de ataque. Ordenó el Cabo: «¡Arriba!», y Obdulio puso mecánicamente sus manos, que entonces eran dos, en las barras metálicas de la escala y comenzó a subir, mientras las correas interiores del casco empezaban a tirarle del pelo. Maquinalmente, igual que siempre, entró por el balcón al piso, hacha en mano, como un piel roja, dispuesto a lo que fuese. Había mucho humo, pero él ya sabía orientarse en circunstancias parecidas, y en seguida dio con un pasillo, que le llevó hasta un dormitorio, donde había una mujer que se arrastraba hacia la puerta, como sucede en las fotonovelas. Cuando Obdulio la tomó en brazos, ella se desmayó, pero el bombero estaba acostumbrado a estas cosas; de modo que se echó el cuerpo al hombro y se puso a bajar mecánicamente la escalera. Pensaba: «No, si al final me tendré que pelar», puesto que las correas seguían molestándole. Al llegar al suelo, dijo el Cabo: «Despejen la calle», ya que el inmueble amenazaba con derrumbarse, y Obdulio se dirigió a los guardias y repitió la orden, mientras la gente empezaba a recular y el Cabo a rociar con agua de la manguera el rostro de la mujer. Preguntó el Cabo: «¿Queda alguna persona más en el piso?» Obdulio iba a decir que no, pero la mujer volvió en sí de pronto y lanzó un grito: «¡Mi hijo!», y entonces Obdulio puso maquinalmente el pie en el último peldaño de la escalera y la subió de nuevo. Cuando reapareció en el balcón con el niño en las manos, que entonces eran dos, subió un «¡Oooooh!» de la calle. Chilló el Cabo: «¡Apúrate!», porque la casa amenazaba ruina, y Obdulio cogió en un brazo al niño, mientras trataba de sujetarse con el otro; pero, en ese momento, una parte de la fachada se vino abajo, y Obdulio quedó colgado de uno de los hierros de la barandilla, que le había atravesado la muñeca, mientras sostenía a la criatura con el brazo libre. Pero, por entre el dolor, aún seguía pensando: «Si no me corto la melena —su me-

lena de poeta, no de *hippy,* como él decía— no podré llevar casco.» Luego, cuando el propio Cabo remontó la escala, recogió al niño y ayudó a Obdulio a desembarazarse del garfio, todavía continuaba con su idea: «A lo mejor a la Nati no le convence que me esquile. Tendré que consultarle.»

Todo se había desarrollado mecánicamente, como cuando se ejercitaban a toque de silbato en el patio del Parque de Bomberos, y, sin embargo, resultaba que Obdulio se había convertido en el hombre del día: los periodistas empezaron a marearle y hasta el señor Alcalde le visitó en el Hospital, y tres semanas más tarde, cuando le dieron de alta, le dedicó un homenaje en su propio despacho, donde dijo que hombres así, y que una mutilación honrosa, y que la Corporación no le dejaría desamparado. Pero lo cierto es que él era un poeta, y, a pesar de todo, le habían nombrado celador de un urinario público, y no de cualquiera, sino precisamente el que se encontraba a la entrada del Parque Municipal, junto al banco donde acostumbraba a sentarse antes del accidente a escribir poesías, y que, ahora, que estaba sometido a un horario de inválido, no de bombero, le resultaba tan inaccesible y remoto como si perteneciese a otro planeta.

Sesión de espiritismo

No sé cómo pudo ocurrir, pero yo me encontraba en un portal y no había ninguna razón que lo explicase. Y era un portal sucio, con letreros obscenos y losetas despuntadas. Y desde allí veía la calle, y la farola, y la acera mojada y reluciente. Todo, incluso la escalera, con el pasamanos desdentado y mapas de humedad en las paredes. A mi alrededor no había nada que no fuera natural y corriente. Podía escuchar el rumor de la lluvia y percibir el olor del portal, un olor alto, de muchos estratos, ya que habría caído de los pisos, para acumularse al pie de la escalera, durante cuántos años? Pues lo menos cien. Porque se trataba de una casa decrépita y sórdida, y el portal conservaba todavía unos angelotes de escayola empolvada y cenefas con lazos en el techo, y, en los muros, algunos retazos de pinturas al fresco, desteñidas y tristes. Permanecí en aquel lugar el tiempo suficiente como para anotarlo todo meticulosamente en mi memoria. Lo mismo que cuando trabajo en mi despacho, subrayando con el lápiz rojo. Repito que en el portal no había nada extraño, salvo que constituía un sitio detestable de un barrio pro-

bablemente horrendo. Un sitio detestable y un olor detestable, y losetas despuntadas. Y también letreros. Y dibujos, a punta de navaja, de corazones, órganos genitales y perfiles de rostros. Y, enfrente de la casa, una tapia cubierta de afiches, despegados a causa de la lluvia. Pero ni rastro de alguien. Ni siquiera rumor de pisadas o unas palmadas de sereno o una ráfaga de música o un grito de borracho o diálogos de televisión en algún piso. Demasiado silencio. Un muy demasiado silencio. Sólo la lluvia, y venga lluvia, y cuánta lluvia? Pues, lo menos cien años lloviendo. O quizá diez minutos. Porque mi reloj se había detenido. Justo a las ocho y veinte. Unas manecillas completamente tontas y paradas a las ocho y veinte de la tarde. Pero, ¿qué podían significar para mí las ocho y veinte? A las siete me puse el foulard y el abrigo. A las siete y uno dije al Interventor: «Téngame mañana preparada la firma muy temprano. He de trabajar en el informe de la nueva emisión de obligaciones.» Y él sonrió estúpidamente, porque es un besugo y no comprende nada. Yo temía que mi gesto crispado le pudiera poner sobre la pista, pero no; se limitó a sonreír, como de costumbre, sin sospechar que al día siguiente, cuando entrase a pasarme la firma, yo me hallaría ya a dos mil kilómetros de allí; que sólo unos minutos después de salir por la puerta giratoria del Banco, me encontraría en el autobús de Iberia, camino del aeropuerto, repitiendo interiormente las sílabas que deseaba pronunciar sin testigos: car-pe-ta. Lo que estaba anhelando decirme a mí mismo. La carpeta 0-63, reservada, muy reservada, sólo accesible al Consejo de Administración y, por supuesto, a mí. Nueve personas del uno al nueve, reunidas en Junta. Unicamente nueve personas en el mundo nuevesecreteando. Inmenso. Un secreto verdaderamente inmenso. Con un volumen capaz de empalagar a un Director de Banco como yo, que no dispone de un estómago preparado para digerir un secreto de volumen semejante. Saber claves y balances, y barajar ficheros y cifras, y sellar, y firmar, y subrayarlo todo con un lápiz rojo, pero no po-

seer una vacuola digestiva así. ¿Se enteran, mis queridos nueve señores? Ustedes no debieron nombrar un Director de Banco, sino una vaca con estómago de vaca. Y a las siete y dos abandoné definitivamente el despacho, con mi foulard, mi abrigo, mi sombrero, mis guantes y todo lo demás. ¿Cómo puede llevar una persona tantas cosas encima sin anotarlas en su agenda? Y todo lo demás. Y pensando continuamente en Lucía, y con la carpeta 0-63, reservada, depositada en el interior de mi estómago, cosa difícilmente soportable, mis estimadísimos nueve señores. Tan insoportable como una cena fuera de casa con Lucía. Y dónde vamos a cenar, y llévame al Consulat, y no tengo que ponerme, y ya es hora de que me compres un abrigo de garras, y ayer la dulce y queridísima amiga mía Lina llevaba unas pieles de imitación, mientras su marido le ha regalado a su amiguita otras auténticas. Y llévame al Consulat, Emilio, vamos a celebrar. No a celebrar la fuga, sino lo nuestro, nuestro queridísimo dulce aniversario de boda, que hoy hace, cuántos años? Pues, lo menos cien. Tenías entonces una sonrisa fresca, acabada de inaugurar, y las manos como de azúcar tamizada, como de hacer flanes y roscos, y me dijiste: «Cuando nos casemos te prepararé todos los días un postre diferente. Me he comprado un libro con mil recetas de repostería.» De eso hace un siglo, por lo menos. Yo era un empleadillo de banca, con lentes y traje gris, que lo subrayaba todo con su lápiz rojo. Incluso lo del postre. Entonces no había abrigos de pieles ni baldosas despuntadas. Sólo una chica rubia, hija de un empleado de la Casa, y yo era empleado de la Casa también. Pero no Director de Banco. Todavía no Director de Banco desprovisto de un estómago de vaca donde digerir la carpeta 0-63, con un secreto tan enorme y una quiebra tan importante. Nuestra quiebra para rumiar en el autobús de Iberia, quie bra, quie bra. La quiebra de la gigantesca urbanización financiada por el Banco Nuevo con los quince millones que me había entregado el promotor por mi colaboración subterránea. Mi quiebra, la nuestra, de los nueve y

uno, para rumiar en el avión que despega a las ocho y cinco y le traslada a uno a Suiza, con su secreto en el estómago y su cuenta corriente en el International Banc, para que mis queridos nueve señores se queden esperando mañana al Director y conducirle a la cárcel? Para cien años, por lo menos. Y a las ocho y cuatro abróchense los cinturones y dejen de fumar que vamos a despegar, y, desea una revista para leer durante el viaje? Lo menos cien años de viaje. A Suiza. Con mi carpeta. Con mi no del todo digerida carpeta dentro de mi estómago no de vaca. Y a las ocho y veinte el reloj parado. Dos manecillas absolutamente inmóviles. ¿A las ocho y veinte de hoy, o de ayer, o de cuándo? De hoy o de un siglo. El portal llevaba un siglo esperando con las losetas rotas en los ángulos. Y también rajadas. Abiertas como el fuselaje de no sé qué avión. Rajadas en forma de venillas, pero sin sangre. Y en el portal, nadie. ¿Es que no ha habido nadie en el portal desde cuándo? Un siglo, por lo menos. Un olor posado capa a capa durante a lo mejor más de un siglo. Que sí, que aunque no acierte a explicármelo, yo me encontraba en el portal. Y entonces, entró. Yo no la oí llegar, ni sus tacones, taca, taca, por la acera; no, hasta que estuvo dentro y pasó sin mirarme o sin verme, y era rubia como Lucía, aunque sin abrigo de garras. Sólo unos zapatos altos, que no hacía sonar mientras remontaba la escalera. Y yo, otra vez solo en el portal. La rubia había subido, sin que sonaran sus tacones, taca, taca, en los peldaños de madera. Completamente solo en el portal. En medio de un silencio de muchos estratos? De lo menos un siglo de silencio. Algodonoso, espeso, sin resonancias, como el estudio de una emisora de radio. Y absolutamente solo después de la rubia, después de que la rubia ascendió por los escalones silenciosamente, y la calle y la tapia de enfrente también solitaria, y yo solitario. No como en el Banco, que si entran, que si salen de mi despacho. Repito que sin nadie. Sin siquiera el Interventor, con su cara de besugo, con su rostro de no sé nada de la carpeta estrictamente reservada,

secretísimamente reservada, contenida no en un estómago de vaca, sino en el de un Director de Banco. Pero, por la escalera, de repente, mi nombre. Como una pelota, rebotando de tramo en tramo, hasta el portal. Hasta mi portal solitario. Hasta caer en medio del silencio dejando de botar, como una pelota en un colchón. Mi nombre mío, Emilio, en medio de un portal abandonado, con losetas, cenefas y angelotes empolvados. Mi nombre, Emilio, Director de Banco, descendiendo por las escaleras, Emilio, Emi-lio, Eeeeemiiiliiooooo. Así que empezé a subírlas peldaño a peldaño, mientras me oía llamar Emilio, que era mi nombre de Director del Banco Nuevo y mi quiebra, mía, metida en la carpeta y escondida con dificultad en mi vacuola digestiva para hurtala a la voracidad de mis nueve-señores-nueve-Consejeros-de-Administración. Y en el descansillo, una bombilla dentro de una reja, enjaulada para nadie, ya que no había nadie, todo el tiempo sin ver a nadie, desde cuándo? Desde cien años, por lo menos, que me encontraba yo en el portal, parado, detenido a las ocho y veinte, como las manecillas del reloj de pulsera inmóviles. Subrayándolo todo mentalmente con mi lápiz rojo para no perder un detalle. Para recordar también la puerta entreabierta en el descansillo, y Emilio, Emilio, mientras permanecía allí delante de una puerta, y entraba por fin dentro. La puerta abierta y el Director adentro. Por un pasillo largo, a oscuras y sin nadie. Un corredor de un piso o de un? Un piso detestable, con un pasillo frío y detestable. Y Emilio. Más Emilio. Oyéndome llamar por mi nombre en un piso espantosamente detestable. Por mi nombre de Director de Banco, afeitado, pulcro y con lentes y, desde luego, una carpeta. Y al final del corredor, una cortina, y luego Emilio, y luego la rubia sentada en una silla diciendo Emilio con los ojos cerrados para no ver a nadie, pronunciando mi nombre de Director de Banco, en una silla y con los ojos absolutamente cerrados, en una casa detestable de un barrio horrendo de una ciudad? Probablemente, una ciudad donde yo no había estado nunca.

Ni en Suiza, porque el reactor empezó a vibrar, y la azafata salió de la cabina de pilotos con su sonrisa, para anunciar: no pasen cuidado, no ocurre nada, dentro de unos minutos tomaremos tierra, y pónganse los cinturones y dejen de fumar, por favor, y conserven la calma, puesto que no ocurre nada, nada, nada, se trata de un simple aterrizaje de emergencia. Y la rubia repitiendo Emilio, y yo con mi quiebra mía en una habitación al final del pasillo, detrás de una cortina. Y, sobre la camilla, algunas manos enlazadas, tocándose los dedos. Como una guirnalda. Manos, no caras. Ninguna cara más que la de la rubia. Y ella sin dejar de musitar mi nombre, que había bajado hasta el portal como una pelota. Las manos en la superficie de la camilla formadas en círculo, abiertas como estrellas de mar en la playa de Deva con Lucía, tocándose meñiques y pulgares unas con otras, completamente absurdas. Y la rubia. «Ya ha llegado, le siento. Señala tu presencia.» Dos golpes, Emilio. Dos únicos golpes, uno, dos, en la mesa. Dos golpes, Emilio, porque la rubia pretende que debes dar dos golpes, lo mismo que cuando sacudes la cachimba vacía, completamente vacía como la habitación, menos la rubia y las manos en círculo. Dos golpes, Emilio, Director de Banco, de cuándo? De hace por lo menos cien años o a lo mejor de ayer. Y yo que descargo mis nudillos sobre la superficie de la camilla, uno, dos, y un grito que atraviesa la habitación como un alambre. Detestable y horrenda. Y la rubia: «Contesta.» Otros dos golpes. Más absurdos, ridículos golpes. Un Director de Banco con una indigesta quiebra en el estómago, golpeando uno, dos, una mesa. «Dí quién eres.» Pues Emilio, Director de Banco, con lentes, abrigo, foulard, carpeta 0-63 reservada, etc. Y yo, no consigo explicármelo, repitiendo mis golpes. Y la rubia: «¿Qué sabes de Enrico?» ¿De qué Enrico? Ese no es del Banco, no pertenece al Banco, me conozco a todo el personal de memoria. ¿Por qué tengo yo qué saber quién es Enrico? Un Director de Banco siempre bien afeitado, con lentes y una queridísima dulcemente esposa Lu-

cía, ¿qué va a saber de Enrico? «Contesta: uno, si vive todavía; dos, si está muerto.» Dos absurdos terriblemente absurdos golpes míos, uno, dos, sobre el velador, que ya me he dado cuenta de que no es una camilla, sino un ñoño y antiguo velador. Dos golpes míos, uno, dos, porque resulta que Enrico, bueno, y cómo he averiguado yo eso?, ha muerto, cuándo? Pues quizá hace cien años o puede que ayer mismo. Enrico se encontraba en la cofa y había bebido whisky y gritó desde arriba: «Con esta puta niebla, nada, ni con prismáticos.» Y, para ver mejor, sacó fuera el cuerpo, perdió el equilibrio y cayó desde el mástil, sobre la cubierta, entre unos bidones. Tenía pecas en los hombros y un diente de jabalí colgado del cuello, y cayó y se aplastó el cráneo contra unos bidones. Pero a un Director de Banco con su carpeta secretísima, nada le importa un sucio marinero drogado, aunque se llame Enrico y haya nacido, ¿cómo sé esto también?, en Agrigento, y lleve un diente de jabalí pendiente del cuello, y un tatuaje azul desvaído, representando una mujer desnuda, en el bíceps. Pero la rubia: «Dí, contesta», y yo, Emilio, dos golpes, dos terribles, espantosos golpes sobre el velador, y otro grito en la habitación, y una mujer que llora. No la rubia, cuidado, con sus ojos cerrados y diciendo: «Te oigo», sino una, otra mujer, que grita: «¡Mio figlio!»; y todas las manos formando una guirnalda y tocándose; y la rubia: «No vive», y la otra. «¡Mio figlio!»; y las manos que rompen el círculo de pronto, y yo que me encuentro de nuevo solo, con mi secreto en el estómago? Sí, con mi secreto, mi abrigo, mi foulard, mi sombrero y mis guantes. Solo. Un Director de Banco completa, absolutamente solo, sin nadie con quien cambiar unas palabras, perdido, asustado, tan terriblemente perdido y aterrado que me pongo a llamar al otro a gritos que no se oyen:

—Enrico, Enrico. ¡Enricoooo!

El héroe y la vieja

Las cabezas de los soldados hormigueaban a ras del parapeto.

—¡Un voluntario! ¡Piden un voluntario!

La orden iba corriendo de boca en boca:

—¡Un voluntario! ¡Un voluntario!

Goteaba el sol por el plano inclinado del glacis como una miel espesa.

—¡Yo!

La voz le había salido ronca y oscura, demasiado, quizá, para un muchacho que apenas tenía pelo de barba; pero, por si acaso, para que nadie se llamara a engaño, alzó la mano, con el gorro cogido, por encima de la trinchera, que olía a tierra virgen, a cueva paleolítica, a zorruno.

—¡Yo! ¡Aquí!

Se le aproximó un veterano.

—Sigue los consejos de un padre —dijo, dándole con el codo; le bailaba en los labios una sonrisa cínica, de viejo prematuro—. Puede decirse que la guerra está lista, ¿no? Entonces, ¿a qué arriesgar el pellejo precisamente

ahora? Métete en tu concha, cierra la boca y dentro de un mes, a casita.

Pero el bisoño no se dejaba convencer.

—Yo sé lo que me hago —repuso. Sólo que era muy complicado explicarlo. El quería volver al pueblo pisando fuerte, con mucho que contar; sin embargo, desde que movilizaron su quinta, había permanecido todo el tiempo en el hospital; cerca de un año y medio metido en el hospital y tosiendo, mientras oía hablar del frente a los heridos que paseaban por la sala y que en ocasiones se acercaban hasta su cama a preguntarle:

—Y a tí, ¿dónde te dieron?

—En Guadalajara, en la pleura.

—¿Grave?

Disimulaba mal. No sabía mentir.

—Regular. Pero ya me dan de alta el mes que viene.

Y ahora, que, por fin, se encontraba en primera línea, resultaba que la guerra estaba a punto de acabar. De forma, que no iba a dejar escapar aquella ocasión que se le presentaba, que, posiblemente sería la última.

—¡Aquí! Aquí! ¡Presente!

El veterano se encogió de hombros con displicencia.

—Allá tú, pero no digas luego que no te lo advirtieron. Bueno, ¿a qué esperas? Si sigues decidido a convertirte en héroe, anda a presentarte. —El recluta levantó una ceja—. ¡En el puesto de mando, hombre!

Ya había tres soldados a la entrada de la chabola, y el capitán estaba indicándole al sargento que le escogiera uno; pero el bisoño se abrió paso entre ellos, se les puso delante, y dijo:

—Mándeme usted a mí.

El sargento le miró de pies a cabeza con gesto divertido.

—Tú eres nuevo, ¿verdad? Pues, rechazado. Aquí se necesita un hombre de pelo en pecho, que sepa lo que se hace. Alguien con veteranía, con kilometraje, ¿comprendes?

El capitán no opinaba así, sin embargo.

—Déjele que vaya —terció; y, a continuación, en voz baja: —Se trata de una misión de rutina, ya sabe; no hay ningún peligro; aunque sería preferible que el muchacho no se enterase de ello, ¿eh, Sargento? —Salió a la trinchera, seguido del recluta—. Ven acá, valiente. ¿Ves aquella casa? Tengo orden de avanzar hasta allí con la Unidad. Lo más probable es que el enemigo haya abandonado la posición al retirarse, pero hay que comprobarlo. ¿Te sientes capaz de arriesgarte hasta ese extremo? Piensa que vas a ir solo y que la vida de todos nosotros puede depender de ti. ¿De acuerdo? Entonces, ¡adelante! Ah, ¡y mucho ojo!

El recluta saltó el parapeto y echó a andar, a campo través, sin tomarse siquiera la molestia de descolgar el mosquetón. Reconoció de una ojeada el itinerario que podía recorrer: protegerse primero detrás de una tapia de adobe, destripada por la metralla, que se veía a su derecha; correr diez pasos más, en zig-zag, hasta un tocón de encina situado a la izquierda, y desde allí, salvar la distancia que le separaba del brocal de pozo que había al pie del edificio. Tres obstáculos que parecían haber sido puestos allí expresamente para que él pudiera alcanzar la casa, desenfilado e ileso. Pero sentía todos los ojos fijos en él y prefirió caminar en línea recta, haciendo crujir los barbechos bajo sus botas. Aunque notaba un amargo sabor en la lengua y un trismo extraño en las mandíbulas, había adoptado un paso indiferente, deliberado, tardo. La casa le parecía ahora infinitamente distante, y, durante un segundo, incluso creyó descubrir, en una ventana, el apagado brillo de un fusil. Pero no importaba. Lo único verdaderamente importante era seguir, demostrar de una vez por todas, a los que quedaban detrás, la clase de madera de que había sido hecho. Sin embargo, como llevaba la cabeza un poco demasiado erguida, un poco demasiado obstinadamente envarada, se le enredaron los pies en el bálago y cayó de bruces al suelo, y una espiga se le entró

en la boca. De nuevo se encontraba metido de lleno en todo lo que había sido su vida hasta quince meses atrás, los surcos, la labranza, el vago olor a parva que brotaba de los rastrojos, el gorrión que acababa de levantar el vuelo y hasta la lagartija que se deslizaba entre las cañas al alcance de sus dedos... Todo lo que se había visto obligado a abondonar, volvió a él, de repente, para agolpársele en la garganta como una congoja. Los motivos que le habían llevado hasta allí resultaban, en aquellos instantes, inexplicables y borrosos como un antiguo sueño. Su única realidad la constituía el paisaje conocido, la casa molinera, el árbol, el pájaro, el pilón. Y entonces comprendió que tenía miedo y que ese miedo estaba por encima de su voluntad. A pesar de todo, se puso en pie y echó a andar otra vez. Sólo que ahora ya no era lo mismo, puesto que sentía deseos de llorar y se daba cuenta de que los rumores que le acompañaban, la cantimplora, la cartuchera, las latas de rancho en frío del macuto, habían dejado de pertenecerle.

La casa tenía un desgarrón enorme en la techumbre; otro, redondo, en la fachada, y salpicaduras de disparos por todas partes. El recluta la contempló a distancia, con ternura. Luego se fue acercando poco a poco. Y el capitán, que le había seguido con los prismáticos, dijo:

—Llegó. Acaba de entrar.

El zaguán tenía el zócalo pintado de mazarrón. Había una hoz clavada en una viga, y, colgados en la pared, un aro de cedazo y un racimo de pimientos secos. De la puerta del fondo venía un aire fresco, de bodega, y, con él, algo parecido a un sollozo, o tal vez un gemido, o quizá, únicamente, el rechinar de algún ventano abierto. El recluta avanzó unos pasos. Acurrucada contra el muro había una vieja, con la cara arrugada como una nuez y un pañuelo anudado bajo el mentón. Parecía como si se hu-

biera quedado allí a dejarse morir, o, a lo mejor, sucedía que estaba velando el cadáver del animal, tendido de través ante ella, un burro gris, con un enorme desgarrón en el vientre, como el de la techumbre. La vieja no advirtió la presencia del soldado ni pronunció una sola palabra, pero siguió gimiendo sorda, insistentemente, con una vocecita lejana y arrugada, sin dejar de balancear el cuerpo de atrás adelante. Inquirió el soldado, por decir algo:

—¿Está muerto?

Pero la vieja no respondió ni levantó los ojos, sino que siguió balanceándose y gimiendo. Entonces, el recluta cayó de rodillas, hudió la cara en el cuello del animal, se abrazó a él y lloró, inconsolablemente, aplastado por todas las penas del mundo.

El capitán se dirigió a un teniente y dijo:

—Dé la orden de avance. —Y después—: No sé si se ha dado usted cuenta, pero acabamos de conocer al último héroe de esta guerra.

Sólo quedaba uno

Abraham dijo al Señor:
«¿Y si se hallaren diez justos destruirías la ciudad?»
A lo que respondió el Señor:
«No la destruiría por amor a los diez.»

(Gen. C. 18, V. 33.)

Se llamaba Sergio, fíjese qué nombre para él, y era uno de esos tipos sin edad, que un día representan cincuenta años y al otro se da uno cuenta de repente de que, a lo mejor, sólo acaba de cumplir veinticinco. Vivía en la antigua Ciudad Residencial, la colonia fenicia de los nuevos ricos de antes de la guerra, hoy casi despoblada, desde que fueron desbancados por otros, todavía más ricos y con menos problemas de conciencia que aquéllos. Sergio ocupaba un cuarto en una vieja casa de ladrillo, declarada ruinosa; sino que su propietario, mientras se le revalorizaba el solar, se había preocupado por asegurar la rentabilidad del inmueble, a base de arrendarlo por habitaciones a gentes como Sergio, quienes, al fin y al cabo, no le incordiarían con cuestiones legales, siempre complicadas y caras. A pesar de todo, Sergio y la gente como Sergio, cuando se referían a aquel hormiguero, decían que tenían allí su domicilio, aunque en el tono pasivo y fatalista que hubieran empleado para hablar de su caverna, si, en lugar de existir en 1976, les hubiera tocado pertenecer al período cuaternario.

Sin embargo, Sergio no era lo que se llama un hombre triste. Hay personas infinitamente más tristes que él en el mundo, personas que no sonríen nunca; en cambio, Sergio llevaba siempre una sonrisa colgada de los labios. Tenía los dientes ennegrecidos a causa de la nicotina y la brea, ya que no se quitaba el cigarro de la boca, a pesar de lo cual apenas reparaba nadie en esta circunstancia, puesto que lo que uno veía sonreír en Sergio no eran los dientes, sino el alma.

Un día, el profesor Gaitán, auxiliar de Neuropsiquiatría, joven de mucho porvenir, se tropezó con él por casualidad en la calle, y para no perder la ocasión, porque deseaba hacer méritos con vistas a sus próximas oposiciones a cátedra, le echó la zarpa encima y le condujo a la Facultad de Medicina, con idea de obsequiar con él a su maestro. A partir de entonces, el catedrático de la asignatura acostumbraba a presentar a Sergio en clase, al menos un par de veces durante el curso, con objeto de examinarle en presencia de sus alumnos.

—Aquí tienen ustedes un caso excepcional de «mongolismo» —explicaba—. Los tipos «mongoloides», como ustedes saben, suelen morir jóvenes; pero tampoco ignoran que en Medicina no hay enfermedades, sino enfermos, y que, por consiguiente, no pueden establecerse reglas generales. Observen, por ejemplo, a este sujeto...

Etcétera, etc.

A continuación, colocaba a Sergio a su lado, en su propia tarima, y le dirigía algunas preguntas, y, mientras los estudiantes tomaban apuntes del resultado de la exploración, Sergio los contemplaba con su mirada húmeda e inocente, haciendo gestos maquinales, mostrando una lengua gorda que apenas le cabía en la boca, profiriendo extrañas palabras o gritos inarticulados y dejando rodar su cerebrín, como el cañamón de un cascabel, dentro de su cabeza enorme. Después, el profesor pasaba ante él algunas láminas para observar sus reacciones y, por último, ponía en marcha un pequeño tocadiscos portátil.

—Los casos de «mongolismo» —advertía— suelen ir acompañados de una extraordinaria inclinación hacia la música. —Y así, gracias a Sergio, los muchachos podían anotar en sus cuadernos: «El enfermo aproxima el oído al aparato con expresión de sorpresa, hasta que se abandona, por fin, a la audición musical, completamente ajeno, al parecer, a todo cuanto le rodea.»

Al terminar la clase, el profesor gratificaba a Sergio con unas amistosas palmadas y se lo confiaba a Gaitán, quien lo sacaba fuera, llenándole los bolsillos de tabaco.

Sergio no tenía trabajo fijo, ni tampoco lo deseaba. ¿Desean los oscuros animalitos, caballos, asnos, bueyes, que alguien les proporcione ocupación? Pues lo mismo. Unas temporadas vendía cupones de la Cruz Roja, que llevaba prendidos con una pinza de la ropa en las solapas, y otras, cuidaba de la caseta de tiro al blanco del barrio; pero, en todo caso, vivía; bueno, vivía y sonreía.

Los vecinos de la Ciudad Residencial se divertían a menudo a su costa. Cuando alguno le llamaba, Sergio acudía dócilmente, y si le pedían que cantase, cantaba. En ocasiones, le alargaban un paquete de «caldo» para verle liar un cigarro con sus dedos gruesos y torpes; o le daban vino para que se embriagara y reírse, o cosas por el estilo. Pero Sergio no se incomodaba por eso; al contrario: él miraba sin malicia a la gente y la veía tal como es, sin que le preocupasen la maldad, el hastío, la desesperación y el egoísmo que llevan las personas por dentro, sino su desamparo, y era por esta causa por lo que sentía lástima de los demás, en lugar de sentirla de sí mismo, y andaba por ahí, sonriendo continuamente a todo el mundo. Los individuos como Sergio son así de especiales.

> «Ayer noche, nuestra capital se vio sorprendida por un violento temblor de tierra de treinta segundos de duración. El Observatorio del Ebro, con el que esta Redacción se puso inmediatamente al habla, nos comunicó que la intensidad del seísmo fue muy considerable, siete grados en la escala habitual de medición, por lo que resulta

realmente milagroso que no se hayan registrado derrumbamientos, agrietamientos, fallas u otras perturbaciones semejantes. A raíz de registrarse el fenómeno, nos pusimos en estado de alerta para contestar a cuantas llamadas telefónicas se nos hicieran en demanda de información, pero, por extraño que ello resulte, no hubo una sola persona que acudiera con tal fin a nosotros; esto permite suponer que, debido tal vez a la hora en que se produjo el temblor de tierra, éste pasó prácticamente inadvertido para la población en general, lo que no deja de constituir una afortunada circunstancia, pues con ello se evitaron innecesarias alarmas. La sombra de una catástrofe de impredecibles proporciones se ha cernido durante medio minuto sobre nuestra urbe, pero, gracias al Cielo, el peligro ha pasado por completo. Dios, en su misericordia, ha querido compadecerse de nosotros, apartando de nuestros ojos el dantesco espectáculo de una ciudad en ruinas, y de nuestros corazones, la tragedia, el llanto y el luto...»

En la misma casa de Sergio, pared con pared con éste, se albergaba Gayoso, un viejo sin historia ni familia, que vino en alguna ocasión de alguna parte y allí continuaba desde entonces, muriéndose un poco cada día. Como, en la actualidad, la zona urbanizada del ensanche no había alcanzado todavía a la Ciudad Residencial, tampoco existía razón alguna para que el cielo no se mostrase, durante el invierno, hosco y gris, puesto que el hecho de que un viejo sin historia como Gayoso tiritase y tosiera debajo de la manta, no era cosa para quitar el sueño a nadie. No obstante, como para él, para Gayoso, lo más importante era su propia vida, Sergio pasaba frecuentemente a visitarle y se lo encontraba metido en la cama, con las manos amoratadas y muriéndose a toda prisa. Entonces, en cuanto se hacía cargo, a su manera, de la situación, empezaba a pedir por el viejo en su idioma, y, en seguida, salía disparado por entre las nubes un rayo de sol, que se colaba por la ventana; y el cuarto se templaba; y el viejo dejaba de toser; y se amodorraba.

«Un autobús de la línea urbana Mercado-San Antonio ha recorrido a velocidad desenfrenada y casi al completo de viajeros, por rotura de los frenos y la dirección, las calles más céntricas de nuestra población, hasta terminar su trayecto en la Explanada de España. El vehículo, conducido por Mariano Martín Sierra, circulaba por la avenida de Santa Isabel con veintiocho viajeros. Al llegar a la esquina de la plaza del Arco, en pendiente hacia abajo, el chófer advirtió que ni el cambio de velocidades ni los frenos funcionaban, por lo que, en lugar de doblar hacia la calle del General Espino, que es su recorrido habitual, y dada la velocidad que ya llevaba, siguió por la calle de Vitoria, cuesta abajo, mientras hacía sonar el claxon, y uno de los viajeros, que se había cerciorado del peligro, daba grandes golpes en la carrocería para advertir a las personas que por allí circulaban que se pusieran fuera del alcance del coche. Así, en una marcha que ha resultado casi milagrosa, sin víctimas ni choques, pese a los numerosísimos estacionados a lo largo de su recorrido, el autobús siguió por toda la calle de Vitoria, desembocó en la plaza de la Guardia, la más céntrica de la ciudad, donde cruzó el paso de peatones con luz roja; siguió hasta la Explanada de España; subió al bordillo de la acera; chocó contra un árbol, que arrancó de cuajo, y, finalmente, quedó detenido sobre el mismo paseo. A renglón seguido, los viajeros, con el susto consiguiente en el cuerpo, descendieron del vehículo, y, poco más tarde, los bomberos procedieron a retirar de debajo del mismo el tronco del árbol que había derribado y le había servido de freno, y a poner otra vez el coche en la calzada...»

Sergio andaba por el barrio pidiendo cigarrillos a los transeúntes, enviando rayos de sol a viejos como Gayoso, vendiendo cupones de la Cruz Roja y sonriendo a la gente, a pesar de lo cual apenas se fijaba nadie en él. Veían pasar a un hombre de cabeza rapada, rostro lapón y dientes negros, y no iban a ponerse a imaginar que un individuo así pudiera tener alguna relación con el terremoto que no llegó a causar daños, el autobús que no se estrelló o el incendio que no se produjo.

«En la pasada noche, víspera de Reyes, se originó un conato de incendio en el departamento de empaquetado de los conocidos almacenes de juguetería «Sanjuán e Hijos, S. L.». El suceso, por fortuna sin consecuencias, fue debido a un cortocircuito en la instalación eléctrica interior. Advertidos a tiempo el personal del establecimiento y el público que llenaba por completo el local, pudo éste desalojar ordenadamente los almacenes, y aquél, mediante el uso apropiado de los extintores, aislar rápidamente el fuego, que quedó sofocado en unos minutos con escasos daños materiales. Es de destacar la meritoria actuación de dichos empleados, quienes con su serenidad, decisión y arrojo, evitaron que cundieran la alarma y el pánico, con las inevitables desgracias que ello hubiera, sin duda, acarreado...»

Sergio ponía su sonrisa continuamente al descubierto y. sin embargo, no reparaba nadie en ella. Tampoco acostumbra la gente a volver la cabeza para seguir el paso de un perro callejero. Las señoras preconciliares que iban al Rosario, la Novena de San Roque y los Lunes de San Nicolás, decían que la bondad de Dios es infinita, pero, en el fondo, estaban convencidas de que eran precisamente ellas quienes, con su piedad, aislada de los perniciosos *aggionarmientos* actuales, constituían el pararrayos de la ira divina. Así, al menos, interpretaban la homilía que acababa de predicar don Fulgencio, el párroco de San Nicolás, en la misa del noveno Lunes: «Si Dios se apiada todavía de esta Humanidad pecadora y perversa, pese a la inmoralidad que reina hoy en el mundo —había dicho—, no se debe a otra cosa que a ese puñado de justos que oran todavía en silencio, que todavía practican la caridad cristiana y hacen, todavía, de la virtud el único objeto de sus vidas.»

Pero de Sergio no se acordaba nadie. Ni siquiera don Fulgencio, el párroco.

Defensa de oficio

Al entrar en el locutorio, el abogado dejó su cartera de mano en el banco, encendió un cigarrillo y se puso a pasear con expresión de tedio, porque tenía a sus espaldas más de veinte años de ejercicio profesional y las visitas a la cárcel ya no ofrecían para él ninguna clase de interés. Y menos cuando como, en aquella ocasión, se trataba de entrevistarse por primera vez con un defendido de los que le cargaban a uno de oficio. No había sido mal invento, no, se dijo, el de la defensa con beneficio de pobreza. Sólo porque le daba la gana de disponerlo así a la Ley de Enjuiciamiento Criminal, que tuviera él que dejar el despacho empantanado toda la tarde, para coger un taxi y dirigirse a la prisión a escuchar a cualquier sinvergüenza las cuatro barbaridades que quisiera contarle. Y resignarse, además, a partir de ese momento, a recibir cada dos o tres días una carta en papel rayado, diciendo: «Venga usted a verme urgentemente. He conocido a un tipo que por cuarenta duros está dispuesto a servir de testigo.» Vamos, que encima de no pagar un céntimo, todavía se creían con

derecho a sacarle a uno de su casa a toda prisa como a los médicos. Qué asco.

El abogado, uno de los «tres grandes», como le llamaban, en broma, en el Colegio, iba siempre impecablemente vestido, y con sus lentes de montura de oro, sus mejillas escrupulosamente rasuradas y sus zapatos acabados de abrillantar, parecía resplandecer como un arcángel en medio de la mugre que le rodeaba, de las paredes sucias, las puntas de cigarro esparcidas por el suelo, la madera rozada del banco y el olor a ropa vieja y rancho que flotaba en la atmósfera del locutorio.

El arcángel consultó su reloj. Se impacientaba. Había tantos pasillos, cerraduras y puertas en el interior de una cárcel, que, antes de que su patrocinado pudiera asomar la cabeza rapada por la ventanilla, habrían transcurrido más de veinte minutos. Los mismos que el abogado podía haber empleado en trabajar para sí, en su bufete, en lugar de estar perdiendo el tiempo inútilmente, Total para que, luego, el atorrante que le había tocado defender, ni se acordase de darle las gracias por las molestias que se había tomado por su causa. Para los presos todas las togas eran iguales, y el suyo, no había que hacerse ilusiones, ni siquiera se pararía a considerar la suerte que le había correspondiendo al caer en manos de un letrado de su categoría, que no cobraba por una defensa de pago menos de cincuenta mil pesetas.

Por fin, al otro lado de la tela metálica, apareció una sombra. El abogado recogió la cartera, extrajo de su interior una libreta y un bolígrafo y se acercó a la ventanilla del locutorio. Dijo:

—Buenas tardes. —Y, a continuación, con rutina profesional—. Estoy encargado de su defensa. Mi primera advertencia es que sea usted sincero conmigo. Si andamos con engaños, no llegaremos a ninguna parte. Tenga presente que todo lo que pueda usted contarme no ha de salir de aquí. Los abogados somos como los confesores.

—Aprestó su bolígrafo—: Vamos a ver, ¿de qué se le acusa?

El reo pegó su nariz al enrejado, y dejó ver su rostro tímido, con expresión asustada y movediza, como de liebre.

—Robo —dijo—.

—¿Es la primera vez que lo detienen?

—Sí.

Anotó el abogado: «Delincuente primario».

—Ahora, cuénteme usted lo sucedido, sin omitir un solo detalle.

—Pues mire. Todo empezó por lo del lacero. Porque el perro era mío y no tenía por qué quitármelo. —El reo poseía una vocecita atiplada y suave, en tono de «si bemol menor»—. Se había quedado medio ciego a causa de la edad; pero, ya ve, en cuanto me oía dar un paso, se venía detrás de mí. Y por la noche se metía en la cama conmigo. Yo no sé si le daba calor, o era él el que me calentaba a mí. Tenía que ver usted mi casa. No se puede parar de la humedad. Hay días en que las paredes chorrean mismamente agua.

—Limítese a relatar los hechos. No dispongo de mucho tiempo.

—El perro llevaba conmigo desde que nació, casi doce años; y, para mí, que no tengo más familia ni más nada, como si fuera mi padre y mi madre, ¿comprende?

Cortó el abogado, con un punto de impaciencia en la voz:

—Prescinda de sentimentalismos, por favor. Lo único que me interesa son los hechos concretos.

—Pues nada, que se presenta el lacero en mi casa, y va y me dice: «Vengo a llevarme al perro»; y yo le digo: «¿Por qué razón?»; y él dice: «¿Lo tiene usted matriculado?»; y yo le digo: «Mi perro no es una bicicleta»; y él dice: «Pues si no lo tiene matriculado, despídase del chucho para los restos.» Y, con las mismas, le trincó por el

cuello, lo puso en el carro y se lo llevó, y yo me fui detrás para ver dónde lo metía.

El abogado golpeó el suelo con el pie con muestras de impaciencia. Se imaginaba la escena: el pasante y la mecanógrafa abrazados en el sofá de su despacho, mientras los clientes se hartaban de esperar en la antesala. No, si él ya se había cansado de repetir ante la Junta del Colegio que las defensas de oficio se debían encomendar exclusivamente a los principiantes. ¿O es que había derecho a arrancar de su mesa de trabajo a un hombre que disponía de un bufete con más de un centenar de pleitos al año, para oir cómo le hablaban de un lacero?

—Continúe.

—¿Sabe usted dónde queda la perrera? Cerca del cementerio; donde estaban antaño las cocheras de los tranvías. Bueno, pues, por la noche, cogí unas tenazas y me encajé con ellas allí.

—¿Forzó usted la puerta?

—Rompí un candado que había, eso es lo que hice. Y saqué el animal y me volví a mi casa. Luego me dijeron que también se habían escapado otros diez o doce perros que estaban encerrados con él. Pero eso yo no podía evitarlo.

Puso en libertad a su perro, desde luego, pero sólo por una noche, ya que, a la mañana siguiente, reapareció el lacero, acompañado de la Policía esta vez, y el animal fue conducido de nuevo a la perrera, y su dueño, ingresado en la cárcel; y la maquinaria procesal, que empezó a funcionar en seguida, cogió entre sus engranajes al reo, y se dedicó a triturarle los huesos del alma uno por uno. Nada de sentimentalismos: lo único que contaba eran los hechos, y el hecho era que se había cometido un delito de robo y que la Sociedad no quedaría vindicada y tranquila hasta que no tuviese al acusado sentado en el banquillo. Pero la Sociedad jugaba limpio, eso sí; había despojado al reo de su perro, mas, en compensación, había puesto a su disposición un Procurador que lo representara ante los

Tribunales, y un brillante Letrado, respladeciente como un arcángel, que se encargase de su defensa. No se podía pedir más.

—Enterado —dijo el abogado, y durante unos segundos jugueteó distraídamente con el bolígrafo, mientras su cerebro hojeaba el Código Penal: «Fractura de puerta o ventana...; agravante de nocturnidad y despoblado...; probable atenuante de preterintencionalidad...» Perfectamente. Había que convenir en que no dejaba de tener sus ventajas el que la Sociedad hubiese inventado un aparato de calcular penas, porque, de este modo, sabía uno a qué atenerse en cualquier momento. Un mecanismo sencillo, cuyo manejo no ofrecía demasiadas complicaciones. Se introducían en su interior unos datos; se hacía girar una manivela, sonaba un timbre, y, un instante después, como en los pesos automáticos, aparecía una cartulina con el resultado. El abogado recogió la suya: «De cuatro meses y un día a seis meses de arresto.» Poniéndose en lo peor, seis meses. ¡Y por una pequeñez como esa, haber tenido que perder toda la tarde!

—Bien, no se preocupe —añadió—. Pediremos la remisión condicional y, en todo caso, si las cosas no salen bien, la condena no sería muy larga. Todo lo más, seis meses. Y medio año se pasa en seguida.

El reo asintió con su vocecita atiplada:

—Sí, señor. —Luego dijo—: ¿Y qué harán con el perro?

Pero el abogado no respondió. Tenía demasiada prisa para entretenerse en escuchar tonterías. Guardó la libreta y el bolígrafo, puso la cartera debajo del brazo y salió del locutorio con paso rápido. Y el perro murió gaseado, junto a otros veinte, cuatro días después.

Profesión: pobre

—¿Cuál es su profesión?

—Pobre.

—Sí, bien, para eso está usted aquí. La tarjeta de munificencia no se proporciona a los ricos. Pero, ¿qué clase de pobre?

—Ninguna especial.

—Vamos a ver si nos entendemos. Hay muchas clases de pobre: un pobre jornalero, un pobre peón, un pobre pescador... ¿Cuál es la suya, específicamente hablando?

—Pobre.

—No me haga perder el tiempo. ¿Pide usted limosna?

—Ya, no.

—¿Ejerce algún oficio lucrativo, acaso?

—Tampoco, estoy enfermo.

—Entonces, ¿de qué rayos vive?

—De nada. Como los lirios de los campos.

—Oiga, señor... —alcánceme ese expediente, Andrés, el de encima—, señor... Ramallo: yo soy un funcionario; tengo mi horario de trabajo, y, al terminar, me gusta encerrarme en mi casa y calzarme las zapatillas, ¿comprende?

Estoy aquí desde las tres y media; en este instante son las siete menos cinco y todavía tengo que completar su ficha. Si a las siete no la he dejado lista, quiere decirse que me habré de quedar a terminarla. ¿Está esto claro? Por su culpa. Y le advierto que no percibo horas extraordinarias. ¿Se hace usted cargo?

—Creo que sí.

—Muy bien. La ficha es una tarjeta amarilla: ésta. Con sus casillas, donde se escriben cosas: vea. No sé con qué objeto, ya que luego se archivan, pero la realidad es que se escriben. Y si se presenta algún inspector y queda algún hueco sin rellenar, el que se la carga soy yo, no usted. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—Menos mal. La primera casilla, observe, pone: «Nombre y apellidos del beneficiario», que es usted, y yo he escrito: José Ramallo Ortiz. La siguiente, pide la edad. Yo he consignado. cuarenta y dos años, porque son los que tiene. ¿Qué quiere decir ese gesto? ¿No son los que tiene?

—Bueno, en realidad..., cuarenta y dos, todavía no. Los cumpliré en el setenta y ocho.

—Pero, hombre de Dios, ¿por qué miente? Falsedad en documento público. ¿Ignora que podrían mandarle a la cárcel por esto? ¿Qué objeto tiene tratar de engañarme?

—Como dicen que si se pasa de cuarenta dan también leche en polvo...

—Qué estupidez. ¿Es usted un anciano, por casualidad? ¿Sufre de úlcera o algo parecido? A veces parecen ustedes criaturas. En fin, pasaré la mentira por alto. Al fin y al cabo, ¡para lo que sirve todo esto...!

—¿No sirve para nada?

—Bueno, para que yo esté colocado en esta oficina, donde hay calefacción, y no en el Negociado de Documentación, en que no la hay.

—Me alegro por usted.

—Se alegra, se alegra... Tercera casilla: «Lugar de nacimiento.» Usted ha dicho: Dueñas (Palencia).

—Allí es donde nací.

—Hasta ahora, todo va resultando perfectamente claro. Sólo falta un cuadrito más; éste que está vacío: fije, fíjese. ¿Sabe usted leer?

—Un poco.

—Pues lea, haga el favor.

—«Profesión u oficio».

—Exacto. De modo que usted me dice en lo que trabaja, yo lo escribo, usted firma —sabrá firmar, supongo— y se marcha a la calle y yo a mi casa, a ponerme las zapatillas, porque tengo los pies helados. Así que vamos al asunto: ¿profesión?

—Pobre.

—Oooooh.

—¿Puedo hablar?

—Claro que sí, muchacho, cuanto le apetezca. Váyase, váyase, Andrés, cerraré yo, déjeme la llave. Hasta mañana. ¿Decía?

—Si puedo hablar, se lo explicaré, pero si se enfada...

—¿Enfadarme? Nada de eso, muchacho, ¿cómo voy a enfadarme? No son más que las siete y veinte. Hace un cuarto de hora que debía encontrarme en mi casa, con mis zapatillas, viendo televisión. ¿Molestarme? Ni mucho menos. Estoy encantado de escucharle. Venga.

—En la época en que yo pedía limosna, va para dos años, decía: «Ponga usted mendicidad.» Y el señor que había entonces en el puesto de usted, escribía: «Mendicidad.»

—¡Espléndido! Es una buena idea, yo puedo hacer lo mismo y...

—No, no. Ya no es igual. Ya no me dedico a ese asunto. No lo haga. Sería capaz de presentar una protesta.

—De acuerdo. Pero, si ha mentido en la edad, ¿qué le importa mentir un poco más?

—Lo siento, pero no. En eso, no trago. Uno tiene su dignidad. Y pedir limosna es denigrante.

—¡No me diga! Es para volverse loco. Pero, usted, ¿no pordioseaba también?

—Desde luego. Pero aquello pasó. Ya está olvidado.

—Ah. ¿Ha encontrado trabajo?

—No se trata de eso.

—Entonces...

—En la actualidad, ¿sabe usted?, soy un hombre nuevo, un pobre completamente nuevo.

—Decididamente, no le comprendo.

—Mire, señor. Antaño, yo me ponía en las esquinas, en las escaleras del «metro», a la entrada del estadio, con una boina entre las piernas. En las iglesias, no; no hay caso. Y, ya ve, me sacaba mi jornalito. Entonces, ese era mi negocio, aunque ahora me abochorne por ello. Pues, como le digo, me sacaba mi jornal. No era mal asunto, hay que reconocerlo. Hasta había quien tenía sus ahorros, y todo. Yo no llegaba a tanto, desde luego, pero tampoco puedo decir que me fueran malamente las cosas.

—¿Y por qué lo dejó?

—Ahí está el toque. Es que conocí a doña Amparo y ella me abrió los ojos. ¿No conoce usted a doña Amparo?

—Supongo que no.

—Sí, hombre. Una señora muy antigua, con cara de puño de paraguas, que va por ahí con su velo en la cabeza y sus plumas...

—¿Plumas?

—Sí, detrás, en la espalda.

—¿Usted se las ha visto?

—Naturalmente. Aunque maltrechas y descalijadas, como las de una mariposa vieja.

—No me haga usted reír. A lo mejor se trata de un ángel disfrazado.

—Puede. A doña Amparo le gusta visitar a los pobres. Tiene esa manía. Meterse en sus casas y obsequiarles con rebecas y libros. Dice que cada vez quedamos menos y que

qué va a hacer ella cuando se le terminen. Debe tener doscientos años, por lo menos.

—Bueno, los paraguas suelen resistir mucho tiempo.

—Siempre regalando rebecas a la gente. Y todo porque sí.

—Qué cosas, ¿eh? Vamos, no se ande por las ramas. Al caso.

—Nada, que un día, que estaba yo en mi esquina, se me para delante y me suelta: «¿Cómo se llama usted?» Y yo le digo: «José Ramallo, para servirle.» Y ella me dice: «Pedir limosna es denigrante, señor Ramallo.» Entonces, yo voy y le digo: «¿Y qué quiere que haga? No tengo pensión ni seguro; no puedo trabajar, estoy enfermo.» Y ella me dice: «Tenga resignación. Los pobres van al Cielo, ¿no lo sabía?» Yo, la verdad, no ando muy al tanto de esas cosas, así que le contesto que no. «Pues, sí, señor Ramallo, los verdaderos pobres siempre van al Cielo. ¿Qué saca usted con pedir limosna, vamos a ver?» «Anda, pues dinero.» Y doña Amparo se me echa a reír y me dice: «¡Dinero! ¡Ya salió el dinero! ¡Qué época esta, tan materialista! El dinero es una maldición del demonio. Y ahora más que nunca. ¿Qué hace usted con él? Yo se lo diré: emborracharse en la cantina, jugar a las cartas, andar con mujeres...» «Eso sería antes, ahora... ¿Sabe lo que cuesta una mujer? Y eso de las cantinas... ¿Qué es una cantina, doña Amparo?» Pero ella no me oía. Dijo: «No lo estropee, José Ramallo; deje en paz el dinero; no estropee su salvación, ya que la tiene asegurada. Usted no necesita para nada el dinero. Ya lo dice el Señor.»

—¿Qué es lo que dice?

—No estoy muy seguro. Algo de los lirios del campo y los pájaros. Si le interesa pediré a doña Amparo que me lo escriba.

—Gracias, no es necesario.

—Doña Amparo es enemiga del dinero. Dice: «Los pobres me causan verdadera envidia, porque van derechos al Cielo. ¡Con cuanta satisfacción me cambiaría por usted,

José Ramallo!» Ya ve, lleva una cinta negra en el cuello, y se cambiaría por mí, que no he usado corbata en mi vida. «Los verdaderos pobres son los hijos predilectos de Dios.» José Ramallo Ortiz, hijo predilecto de Dios. No los que excitan la caridad del público con una boina vuelta entre las piernas, juntando perras para vino, sino los auténticos pobres. Como un servidor, por ejemplo.

—En resumen, ¿qué pongo?

—Pobre.

—Le repito que no. Una expresión así no es administrativa.

—Bueno, entonces escriba: «Pobre evangélico.» Doña Amparo me llama: «Mi pobre evangélico.» Está entusiasmada conmigo.

—¡Qué le vamos a hacer! Po... bre... evan... gé... li... co. Listo. Lo escrito, escrito queda. Ya veremos el inspector lo que opina. Firme usted aquí.

—Sí, señor... ¿Está bien así?

—Perfectamente. Adiós. ¡Las ocho menos cuarto! Deberían fusilarlos a todos!

En la tela de araña

Sí, sí, el alma debería llevar las espaldas al descubierto, permanentemente al descubierto, a fin de que uno pudiese contemplar, en la de las otras personas, las cicatrices de todos los latigazos recibidos en ella, y decir: «Si yo no conozco a semejante individuo, ni me he tropezado con él en mi vida, mal puedo haber sido el autor de esos golpes»; o «Bueno, de esa herida me acuerdo, pero tampoco era la primera, que conste»; y así, de un modo u otro, irse a la cama con la conciencia libre de pecado.

Pero resulta que no, que uno no se puede curar en salud, simplemente con exigir una jofaina y un jarro con agua y lavarse las manos en signo de inocencia. Al fin y al cabo, nos hallamos prendidos en una tela de araña, y la piedra que yo tire aquí, ahora, a lo mejor va a herir en la frente a una desdichada como Tina, a quien ni por casualidad he vuelto a encontrar desde que salí de la Escuela.

Ni que decir tiene que yo no llegué a conocer a Martina cuando ella frecuentaba el cabaret de «Villa Azul» y se empapaba de whisky y combinados, a tanto la ficha, o, si llegaba el caso, de champán del caro, con su porciento

en el descorche; aunque es más que probable que, en aquella época, no le faltase compañía, pues con sus diecinueve años, sus modelitos, su pelo con reflejos y su dentadura primaveral, no habría quien no la tomase, a primera vista, por lo que en realidad era, una pobre muchacha despistada; ni a las tantas de la madrugada, la luz roja en la pista, cuatro «cuba-libres» en el cuerpo y el ritmo de la batería en los huesos, resulta siempre fácil no creer en el cuento, que le cuentan a uno, de la chica de buena familia que pretende vivir su vida.

Tampoco podía haberme cruzado con ella, puesto que entonces uno no se podía permitir ciertos lujos, cuando ya había descendido un peldaño, para entrar de pupila en el chalet de «Doña Nati», con su saloncito burdeos y sus butacas forradas de raso; ni, por supuesto, unos años más tarde, cuando ya se le conocía por el nombre de guerra de «la Tina», en casa «la Matilde»; ni más adelante, cuando el Gobierno mandó cerrar las casas, por lo de la trata de blancas y todo eso.

Sencillamente, la conocí en la época en que me dio por hacer Bellas Artes, antes de colgar el lápiz carbón y los pinceles y pasarme a Derecho; cuando uno aún no debía de haber salido del cascarón, puesto que si le preguntaban qué estaba haciendo, respondía, sin ruborizarse, que «estudiaba para artista». Por aquellos días, yo ya había empezado a desilusionarme, al descubrir que para ser pintor y soltar en un cuadro todo lo que llevaba uno dentro, tenía que empezar por copiar primero, una y otra vez, hasta la obsesión, como en los castigos escolares, el rostro inexpresivo y cargante del Apolo de Bellvedere, y soportar, semana tras semana, la presencia de un estúpido atleta, lleno de músculos, que se llamaba Pablo, y que se plantaba delante de nosotros desnudo, desdeñoso y altivo, para sonreír únicamente, ya que quizá fuera ésta su venganza, al ver enrojecer a las jovencitas, cuando la punta del carboncillo, resbalando sobre el papel marquilla, alcanzaba los primeros vellos del pubis.

Pero Martina era diferente.

A mí se me ocurrió una vez bautizarle como «la mujer prisma», y aún me parece que me quedé corto, mujer prisma, mujer poliedro, cristalito de lámpara... Porque ocurría que, a cada movimiento, ofrecía una luz distinta: que, aunque pareciese, a primera vista, que aquella mujer que posaba cansadamente para nosotros, a seis duros sesión, no era otra cosa, con sus pechos caídos, sus absurdas caderas y el color escalofriante de su piel, que un montón de anatomía gastada y fondona, la verdad era que tenía un alma y, por cierto, cubierta de arriba abajo de verdugones.

Yo no fui el primero en flagelar, desde luego; hubo otras manos, antes que las mías, que se dedicaron a hacerlo; pero tampoco me disculpo: estoy cogido en la tela de araña y, por lo mismo, me considero tan absolutamente responsable de aquellas señales como el primer muchacho, entonces estos melodramas se desarrollaban así, que llevase a Martina de paseo, al anochecer, por el campo; el primer tipo, maduro y con dinero, que la convenciera para pasar la noche en su apartamento, o la primera alcahueta que le saliese al paso para negociar con la pecadora inocencia de la chica. Todos responsables de todos.

Se presentaba con su kimono estampado, cruzadas las solapas, y avanzaba, entre los caballetes, a pasitos cortos, como Madame de Butterfly. La «mujer prisma»: porque durante los segundos que tardaba en llegar al fondo de la sala, no cabe duda de que se había convertido en un pobre animalito indefenso; pero luego, mientras subía a la tarima y nos miraba, con aquel gesto suyo, provocativo y obstinado, uno descubría que no, que hacía aquello porque le daba la real gana; hasta que, por último, cuando se quitaba la ropa, quedaba transformada en lo que era realmente: una mujer de cuarenta años, pero extrañamente decrépita; infinita, espantosamente aburrida de todo, siempre dispuesta a vender su cuerpo, lo único que le quedaba ya, para servir de sexo, de modelo viviente o, incluso, de cadáver para un aula de disección.

Que no, que uno nunca puede sentirse seguro de tener las manos limpias por entero de culpa. Al menos, las mías no lo están, puesto que se levantaron en aquella ocasión contra Martina; sí, el día en que aprendí que una carcajada puede turdigar la piel del alma como una tralla. Y me arrepiento restrospectivamente de no habérmela llevado muy lejos de allí, a otro mundo más limpio y más alegre... No obstante, vea usted, me limité a reír, coreando la brutalidad de un cretino.

(Y Martina, en alguna parte, sigue preguntando:

—¿Por qué?

Y uno, la verdad, para tranquilizar su conciencia, balbucea cualquier tonta disculpa:

—Mira, yo era entonces muy joven. Vázquez nos doblaba en edad a la mayoría de nosotros y, claro, a causa de esto y de su costumbre de alardear de cínico, gozaba de un zafio prestigio entre los estudiantes. Por eso me reí. No fue de ti, de veras...

Sólo que, por mucho que uno diga, la cosa ya no tiene remedio. El pasado no vuelve.)

Vázquez era un tipo de pelo encendido, cutis rojizo y tranco largo, con un andar pesado y oscilante, de marino. Aseguraba que el academicismo docente le producía horror, y que si se había matriculado en la Escuela, era únicamente para guardar las apariencias, ya que en este puñetero país, según decía, «o llevas un título oficial colgado del ojal de la solapa o nadie te permite ser un genio». En realidad, él no tenía nada de genial, aunque, eso sí, poseía una rara habilidad con los pinceles. Para copiar una tela o imitar el estilo de un pintor, era único. «Tengo instinto de falsificador de cuadros», solía decir, y, a lo mejor, habrá acabado en eso.

Con frecuencia se presentaba en clase con dos copas de más, pesado y bacilón. Era en esas ocasiones cuando le

daba «por hacer variaciones sobre un tema», como decía él.

Que fue precisamente lo que sucedió aquella tarde. Preparó el caballete y los colores, y dijo:

—¡Oído al parche, gente! ¡Váis a saber quién es Picasso!

Los que nos hallábamos próximos, reímos. El empezó a manchar la tela:

—¡Un Picasso de la tercera época! ¡Cubismo analítico! ¡A ver quién lo mejora!

Y se dispuso a copiar el modelo, que era, casualmente, Martina, pero desdoblando su anatomía, distribuyéndola arbitrariamente por el lienzo, colocando en un pezón un ojo, cortando sus labios con un trazo rabioso y abriendo sus caderas con una profunda cornada. Un cadáver destripado y absurdo, de color verde. Picasso habría llorado sobre él, pero nosotros seguíamos riendo.

Cuando dieron la hora, Martina se encaminó a la puerta, con los raídos pavoreales de su kimono a cuestas. Vázquez la llamó. Dijo:

—¿Qué dices del retrato? ¿Se te parece o no?

Martina contempló el cuadro.

—¿De veras soy así?

A lo mejor, se lo creía.

—Pero, ¿qué te has figurado, monada —sorneó Vázquez—, que eres la «Jovencita», de Veneziano?

Y los demás volvieron a reír; yo entre ellos. No le rompí la cara, sino que me puse a reír. Una flagelación en toda regla: «Adivina quién te ha dado, Martina.» Y ella salió, a pasitos cortos, camino de la enfermería de la plaza, desangrándose por la cornada...

«Hippies»

—Buenas tardes, señorita. Buenas tardes, señor.

Era Dog. Una probabilidad entre un millón, pero lo era. Acababa de entrar en la *boutique* del brazo de una preciosidad de rubia y secreteaba y zureaba con ella, posados los dos ante el mostrador como en el alero de un palomar, sin haberse tomado aún la molestia de dirigir los ojos hacia él, que estaba allí para despachar, no para ver a Dog barrer el suelo con la cola alrededor de su pareja. Porque, desde luego, era Dog, o cuando menos, puesto que ahora el dependiente ya no se sentía seguro de nada, bajo ese nombre se había dado a conocer: Dog, es decir, perro; tal vez, coyote, pero, en ningún caso, palomo. Había cambiado su media sonrisa cínica y cruel —«yo no albergo en mi alma más que sinismo y crueldá»— por otra como de figurín, abierta y obsequiosa, pero, indudablemente, se trataba de la misma persona. No iba vestido, por eso se le podía confundir a primera vista, como cuando el dependiente se tropezó con él, haciendo auto-stop, a la salida de Algeciras, vía Torremolinos, con un suéter en tercera vida con muchos rotos, y pantalones de piel roja lle-

nos de mugre, con flecos en los bajos; ni llevaba melena de vikyngo y barba lacia; ni un collar de clavos colgado del cuello; ni un enorme macuto cubierto de banderines, a la espalda. Por el contrario, reaparecía, de improviso, como un arcángel, y respladeciente como él, embutido en un traje de alpaca, con corbata de floripondios, el pelo cortado a navaja y las mejillas rasuradas, y, por si fuera poco, oliendo descaradamente a loción, jabón de tocador y perfume varonil «Séjour Aus Alpes». Sin embargo era Dog, no cabía duda.

—¿Qué desean?

Sólo había una pista falsa: la mujer. En las largas horas que el dependiente y Dog habían compartido durante el último verano, desde el encuentro de Algeciras, al borde de la carretera con los pulgares en alto, o bajo la tienda de campaña, o, simplemente, practicando el nirvana en medio de la gente, sentados de cuclillas contra una pared, Dog había expuesto con todo lujo de detalles su teoría del amor: «¿El amor? Una macana, ché. ¿Las hembras? Unas sorritas, ché. Yo no me dejaré boliar por ninguna, podés estar seguro. Una cobijadita de cuando en cuando, bueno, a manera de cataplasma contra la mordida de la lujuria, pior que la de la víbora. Pero, ¿namorarme como un sonso? Ni hablar. Hasé como yo, hermano, y llegarás muy lejos. Me he criado en la verde Pampa y sé lo que platico. Mirá —y se recogía el jersey y señalaba sobre su propio tórax, con el índice, costillas y diafragma, mientras añadía. con su media sonrisa—: aquí tenés la prueba. H de hombre en el pecho y risa de coyote en los dientes. Con eso y un pedernal por corazón, podés caminar por la vida, como yo camino, libre como un gaucho.» Pero lo cierto era que Dog, desde que entró en la *boutique,* no había dejado de envolver a la pebeta en una mirada sometida y suave, donde se traslucía un sentimiento bastante más profundo que el que hubiera podido poner en los preliminares de una cobijadita. El dependiente había visto a Dog, en más de una ocasión, lanzar su boliador a los tobillos de

una yegüita coyuntural, y ya sabía a qué atenerse, ché, a este respecto.

—Por favor, ¿qué desean?

Dog pasó un brazo sobre los hombros de la muchacha y, al aproximar su mejilla a la de ella, brotó entre ambas cabezas un chorro de globitos, inflados en forma de corazón, que quedaron suspendidos en el aire hasta que se fueron desinflando uno tras otro. No, Dog había mentido. Tendría una H de hombre en el pecho, pero se había colado como un pibe.

Fue la pebeta la que respondió a la pregunta:

—¿Qué deseamos, Alberto? —¡Y se llamaba Alberto, además!— En realidad... Es que vamos a casarnos, ¿comprende?

El dependiente dibujó tras el mostrador un gesto diplomático, en el que, sin embargo, trató de poner un toque de ironía, dirigido, precisamente, a Alberto.

—Enhorabuena —dijo—. Aunque, la verdad, no me sorprende.

—¡Ah!, ¿no? ¿Por qué?

—Porque, si me permiten esta confianza, forman ustedes una pareja inconfundiblemente enamorada.

—¡Oh!, ¡oh! —trinó la rubia—. Gracias. ¿Has visto qué detalle?

—Lindo, sí.

—Vamos a ver, Alberto, ¿qué me compro? —Dog cruzó sus ojos con los del dependiente. Fue una mirada rápida, pero no lo bastante como para que el dependiente no adivinara en ella un reparo de pudor.

—Lo primero, unas ...deshabiyés —contestó—. Pero no demasiado... Vos ya me comprendés.

—¿Atrevidas?

—Exacto.

Decididamente, era Dog. El acento le había delatado de un modo irrevocable. Pero aquel rubor, aquel instante de vacilación, ¿se debían a los saltos de cama o al hecho

de saber que el dependiente le había reconocido y desenmascarado?

—Tengo algo que les gustará.

El dependiente tiró del cajón de un sifonier pintado de blanco, con molduras de purpurina, que había a su espalda; extrajo unas prendas y las distribuyó sobre el mostrador.

—Ultimísima moda —dijo—. Sutiles y discretas. —Y bajando la voz, con velado encono, mientras espiaba a Dog de soslayo—. Como vos querés.

Pero Dog permaneció impasible, atento sólo a la exploración de los finos dedos de la muchacha por la tela.

—Preciosas.

Se animó el dependiente, volviendo a su terreno, a puntualizar con rutina profesional:

—Adjetivo adecuado, mademoiselle. Se advierte que es usted persona de gusto, con distinción y *esprit*. En efecto, se trata de un artículo de importación, calidad superespecial, corte parisién. También tenemos otro modelito, llamado «Cleopatra», en una línea más tradicional, menos estilizada. Pero yo me permito aconsejarle nuestro, con perdón de la señorita, *Sommeil d'amour,* confeccionado en seda natural. Por supuesto, italiana. Legítima. Algo muy difícil de encontrar en la actualidad.

Alberto, Dog. En los veinte días que convivieron, el dependiente, ¡qué sarcasmo, ché!, se había convertido en la sombra sumisa y complaciente del otro. Le había admirado; incluso, en algún momento, había llegado a lamentar no ser un tipo frío, duro y despiadado como él. Bueno, o como él aseguraba que era, ya que, al contemplar ahora a aquel Alberto tan fino y predispuesto, con sus carcajaditas condescendientes y sus ojos de chivo amoroso, costaba trabajo recordarle profiriendo maldiciones contra los conductores que pasaban de largo sin prestar atención a sus pulgares de césares romanos: «¡Macanudo, ché! Con el carro que lleva para él solo, ¡y nos deja tirados en el arsén! ¡Así vos pegués la trompada, prisudo!» Pero en se-

guida zanjaba la cuestión con un corte de manga, no sin invitar a su camarada a secundarle: «Ande, ¡mándese un magué conmigo, hermano! ¡Toma, Fangio, para tu mamaíta!» Claro que tampoco se mostraba más piadoso en las ocasiones en que alguien se brindaba a ofrecerles un asiento en su coche: «¡Cochino burgués integrado! ¿Oyiste la cansión? ¿Eh? ¿Y el tonillo con que la punteaba? ¿Eh? Suban a mi trono, les yevo. Por si no lo sabés, soy el buen samaritano motorisado. Monten, piojosos, monten. ¡Qué matrero! ¡A vacas más campanudas que ésa las ha desjarretado Dog, en la verde Pampa, de una machetada!» Ahora, en cambio, mientras examinaba las deshabillés, y decía «nos queradémos con las dos», y pedía unos *foulards,* y a continuación algún *prêt-à-porter,* parecía realmente imposible que hubiera hecho otra cosa, durante su vida, que besar en la frente a los pibes y pasar a los viejitos de asera a asera. Al menos, el dependiente ya no se hacía a imaginarle dedicado a predicar su filosofía como entonces: «Devorar o ser devorado, *that is the question...,* lo que quiere decir, en inglés, «ése es el problema». Vos tenés la palabra, hermano. ¿Qué querés ser, buitre o carroña, ternero o coyote?» Con estas cosas, el dependiente andaba turbado, cohibido e íntimamente insatisfecho, porque, aunque procuraba adoptar las mismas expresiones que Dog, y hasta imitar sus ademanes y su manera de observar a las personas sin verlas, comprendía que su sino de esclavo, como decía el otro, le perseguiría hasta el fin de su vida: camisa, americana, horario, sueldo, pagas extraordinarias y fútbol dominguero, «tenebrosos prejuicios medievales», como Dog les llamaba, le envolverían irremisiblemente mientras viviera. Y es que el dependiente, aseguraba Dog, llevaba su vergüenza escrita en su propia columna vertebral, habituada, como la tenía, a la reverenciosa elegancia de su empleo. «¡Rompé esas malditas cadenas, ché! ¿Para qué querés apencar? ¡Que trabajen otros por vos! ¿Hormiguero sosial? ¡Pamplinas! Lo único que cuenta es la libertá. Hoy, aquí; mañana, donde el destino gus-

te mandar. Sin fronteras, como en la verde Pampa. Igual que Martín Fierro.» Sin embargo, allí estaba, comprando camisones para su prometida como un cochino burgués integrado cualquiera. En resumen, que el peludo que se encontrara uno ahí, podía resultar que, a lo mejor, salía de vacaciones dejándose colgados hasta el próximo invierno, en el ropero, sus tenebrosos prejuicios medievales, como sucedía con Dog. ¡Qué macana!

—Bien —dijo la muchacha—. Por hoy se acabaron las compras. ¿Quiere hacernos la cuenta, por favor?

El dependiente la ajustó en seguida.

—Veintiséis mil seiscientas. Pero lo dejaremos en veintiséis redondas, ¿vale?

Valía.

—Permítame, señor, ¿puedo pagar en dólares? Ando escaso de dinero español, ¿entendés?

El dependiente repuso que sí; pidió por teléfono la cotización del día; hizo algunos cálculos; aventuró una cifra.

—Compruebe.

—¡Está bueno! Lo que vos digás.

Dog puso al descubierto la platita, un fajo de billetes del que apartó unos cuantos; los contó con ágiles dedos y los depositó sobre el mostrador. «¿Desjarretando vacas o enlatándolas, millonarísimo pampero? —bromeó para sí el dependiente— *That is* la verdadera *question.*»

—Todo en orden. ¿Desean que les dé una factura?

Dog se volvió a la rubia:

—¿La deseás vos?

—¿Yo? ¿Para qué?

—Como recuerdo. Los poetas mandan versos a sus enamoradas; los entansieros, facturas, no más.

Rió la muchacha.

—Resultas verdaderamente adorable, querido.

—Romántico y sentimental, no más, como el tango —dijo Dog. Y luego, al dependiente: —Sin factura.

Dog y la pebeta empezaron a repartirse los paquetes.

Era el momento que había esperado el dependiente, su venganza: despedir a la parejita con un adiós sarcástico y cruel. Pero el instinto tiraba de él hacia la puerta.

—Esperen, les ayudaré.

—No se moleste, grasias. Tenemos el carro ahí mismito.

—No es ninguna molestia.

El dependiente cargó con los bultos, los sacó a la calle y los introdujo en el coche.

—Reconosido, viejo.

—Gracias a ustedes.

Pero, entre tanto, con disimulo, Dog había deslizado un billete en la mano del dependiente.

—Para vos.

El dependiente sintió que se sonrojaba hasta la raíz del cabello. Entendido: quería compincharle, comprar su complicidad con un asqueroso doblón. Vamos, como si viniera a decirle: «Todo fue una broma, ché, no os molestés conmigo. Para compensaros, ahí va ese pavo de propina.» Sin embargo, la expresión de Alberto parecía indicar algo muy diferente. Por ejemplo: «¡Macanuda mujer que me yevo! ¿Soy un gaucho de suerte o no? Ande, mándese un mate a mi salud con ese dinero y gritá conmigo viva la fraternidá internasional.» Sólo que ya era tarde para dilucidar aquel problema. Dog se sentó al volante, puso el coche en marcha y arrancó, perdiéndose de vista en seguida. Entonces, el dependiente examinó el billete que tornasolaba, verde y negro como un lagarto, a la luz del escaparate y le dio un vuelco el corazón.

—¡Diez dolarazos! —exclamó para sí—. ¡Qué macanudo!

Y mientras entraba de nuevo en la tienda, con el rostro iluminado por una sonrisa de anuncio de dentrífico, el interior del carro de Dog se llenaba de corazones, que quedaban flotando en el aire como globitos rojos.

Por la calle

El Muchacho se cruzó con la Muerte en la acera, y él llevaba una trenka marrón y ella un *pullóver* rojo que modelaba sus senos en punta, y él no podía imaginar siquiera que se tratara de la Muerte, y por eso le miró descaradamente a los pechos y después a la cara, como a todas las mujeres, y comprobó que aquélla tenía los ojos grises y un poco bovinos, el cutis rosado y una leve propensión a la sotabarba. La Muerte también se fijó en el Muchacho y lo encontró vulgar, mimético y amorfo, con gestos y actitudes copiadas del cliché publicitario «qué grande es ser joven», puesto en circulación por los *mass media;* todavía conservaba en el rostro el bronceado del estío, pero tenía ojeras, melena lacia y granos. Y la Muerte pasó de largo, y el Muchacho le dirigió un silbido de *marine* de película, y, durante un rato, siguió con la mirada la cadencia de sus caderas; y, cuando el jersey se perdió entre la gente, el Muchacho se encogió de hombros y entró en un bar a jugar una máquina. Y nunca supo que había estado a un paso de la Muerte.

El Viejo Vendedor del Rastro recitaba, gangoso, desde su tenderete:

—Cerámica de Talavera, siglo XVII; talla policromada, del XVIII; espejo...

Pero al divisar a la Muerte se interrumpió, para decirle:

—Se lo regalo todo, guapa. A cambio de un mordisquito en la contumelia derecha, todo se lo regalo.

Y rompió a reír, con lo que le acometió un golpe de tos. Ella se volvió a mirarle con desagrado, sino que el Viejo Vendedor, como se encontraba habituado a estas situaciones, permaneció impasible; así que, en cuanto dejó de toser, empezó a recitar de nuevo:

—...espejo romántico, siglo XIX...

Y tampoco llegó nunca a saber que había dirigido la palabra a la Muerte.

El Avisador de Espectáculos se inclinó a humedecer la brocha para terminar de alisar el cartel. Pero, al ver pasar a la Muerte, con su *pullover* ajustado, dijo, jacarandoso:

—A ti sí que te pegaba yo con engrudo, preciosa. Pero a mi costillamen.

Ella levantó la mirada a la escalera y constató que el Avisador llevaba la cabeza rapada como un *fellah,* para estar a la última, y siguió adelante, y el otro, en cuanto la vio desaparecer, frunció los labios para comentar consigo mismo que era una verdadera pena no disponer de pasta y un buen bote deportivo, como un capitalista, y llevarse a aquella hembra a un motel de carretera, de los de cinco estrellas. Porque ignoraba que acababa de piropear a la misma Muerte.

El Parado hundió las orejas en el cuello del tres-cuartos, que aún conservaba desde que se licenció del Ejército,

y apresuró el paso, pensando que empezaba a hacer frío, o que quizá fuese que aún no había comido, y también que, con un poco de suerte, aún llegaría a recoger el vale de Cáritas, que le daba derecho a un plato de judías con chorizo y media botella de tinto, ya que el subsidio de desempleo no alcanzaba para esos lujos. Dos minutos después, sin embargo, se detuvo otra vez ante un puesto de periódicos, a contemplar las revistas, lamentando que, al entrar el otoño, desaparecieran las *cover-girl,* en despelote, de las portadas. Luego, echó a andar de nuevo, y entonces reparó en la Muerte, que acababa de cruzar la calzada, y se dijo que en realidad, no hacían falta las revistas cuando había mujeres tan macizas como aquélla. Y la Muerte le observó de soslayo y él la sonrió sin entusiasmo, porque comprendía que con la pinta que llevaba no le quedaba ni la más remota posibilidad de ligar. Y la Muerte continuó su marcha, y el Parado la olvidó al instante, ya que el instinto de supervivencia, representado entonces por aquel plato de judías, era lo que tiraba de él con mayor fuerza en aquel momento. Y eso que su instinto de supervivencia no le advirtió que había estado tan cerca de la Muerte.

El Melancólico se había sentado en un banco del parque, al sol, y había una espesa capa de hojas secas en el suelo; él sostenía un libro abierto sobre sus rodillas, pero no leía, sino que meditaba en la existencia y la encontraba absurda. Se decía: «Uno nace, y le parece que debería seguir eternamente ligado al vientre de su madre, porque es lo único firme y seguro con que tropieza. Pero va la comadrona y dice: 'Es un niño', y la gente que aguarda en la habitación inmediata repite alborozada: 'Un niño, un niño', hasta que la partera corta el cordón umbilical y le suelta a uno en mitad del Universo, abandonado e indefenso. Y uno empieza a vivir, y un día le ponen en las manos un osito de peluche y, al otro, una metralleta de plás-

tico, y se siente feliz. Así, hasta que se entera de que existen estrellas cuya luz no ha llegado todavía a nosotros y de que tiene que morirse algún día, y entonces se queda súbitamente triste, encogido, con ganas de gritar de terror.»

Una hoja de castaño de Indias cayó sobre las páginas del libro; el Melancólico la tomó con dos dedos y jugueteó distraídamente con ella, y crujía. Y crujió la grava del sendero bajo los pasos de la Muerte. Sus miradas se encontraron, y ella comprobó que el Melancólico tenía la piel oscura como si llevase dentro una lámpara negra, y él volvió a ensimismarse, puesto que la gente no le interesaba en absoluto. Y no gritó aterrorizado, porque no llegó a adivinar que aquella chica inoportuna era precisamente la Muerte.

El Ejecutivo aparcó con mano experta su automóvil, y los neumáticos frotaron contra el bordillo de la acera. A continuación se encajó las gafas de concha, centró el nudo de su corbata y se dispuso a abandonar el vehículo; pero, al ver a la Muerte, se arrellenó de nuevo en el asiento y la habló desde dentro:

—¿Quiere que la lleve a algún sitio?

La Muerte le escrutó de reojo, mientras seguía su camino y percibía un vago aroma a masaje facial. El Ejecutivo permaneció indeciso durante unos segundos, considerando si debería o no abordarla, pero, al acordarse de las cifras de su presión sanguínea, decidió que no; de forma que recogió su cartera y se adentró en los locales de la Oficina Técnica. Luego, mientras el Presidente de la Promotora exponía, nervioso: «Nos falta liquidez. Hay que buscar dinero donde sea y al interés que sea. Ya lo recuperaremos más tarde subiendo el valor de los inmuebles», el Ejecutivo todavía pensaba en la muchacha: «Redondita, bien hecha, modelada con inspiración y mimo. ¡Lástima de

tensión!» Pero sin colegir, naturalmente, que se trataba de la Muerte.

La Jovencita dobló la esquina, y la Muerte avanzaba por la acera, y la Jovencita se fijó en la curva de sus senos y sintió una punzada de envidia, pero se consoló: «Demasiado ajustada. Dentro de unos años, parecerá una decimonónica.» Sin embargo, la Muerte le sonrió al pasar, y la Jovencita se ruborizó, sin saber si devolverle la sonrisa, aunque lo que, por último, decidió, fue comprarse también un *pullover*. Y rojo, además. Porque, desde luego, no tenía la más remota idea de que la persona que le había sonreído era la Muerte.

El Perro Vagabundo se detuvo a olfatear una tapia de solar, y, un poco más allá, una farola, sino que su pituitaria, que disponía de tantos repliegues como un panal de radiador de coche, no descubrió ninguna alianza. Su olfato constituía su apoyo, lo único que le hacía sentirse vinculado a la vida. Recorrió algunos metros, trotando de través. En la reja de una boca de alcantarilla había una piel de naranja. El Perro Vagabundo aproximó a ella su hocico, para comprobar que se encontraba seca y carecía ya de olor; así que, al percibir el de la Muerte, no el de la naranja, sino precisamente el de la Muerte, ladró por dos veces, emitió un prolongado aullido, abatió orejas y cola y emprendió la huída. Porque el Perro, su instinto, sí que había descubierto quién era.

Y la Muerte penetró en un portal y empezó a subir la sombría escalera, mientras el vivo rojo del *pullover* se convertía en mangre en la penumbra. En el piso segundo había una puerta con un timbre, la del apartamento del

Conductor de la Empresa de Autotransporte, quien casualmente decía a su mujer:

—Sácame el traje azul marino, que me voy a dar un garbeo hasta la Central. Para ver qué ha pasado por allí mientras he estado enfermo y advertir que ya me dan de alta la semana que viene. ¿Sabes?, creo que es hoy cuando me encuentro bien del todo.

Y la Muerte puso su dedo sobre el pulsador del timbre. Y tenía los ojos grises.

Dos en el probador

Por fin me decidí a comprarme el traje. Desde que entró el invierno, mi mujer no había dejado de machacar sobre el asunto.

—Así no puedes seguir. Tienes que comprarte un traje nuevo.

Ella sabe cuánto odio yo a los sastres, a los dentistas y a los peluqueros, por eso se ensañaba conmigo. Yo resistía, sin embargo; con suavidad, pero con firmeza.

—No, querida. Pídeme lo que quieras, menos ir a una sastrería.

Mi mujer trató entonces de envolverme desde otro flanco.

—Pues si te empeñas en ir vestido de ese modo, yo no vuelvo a salir contigo.

En treinta y ocho años de matrimonio no le había oído una amenaza semejante. De una forma u otra, ella se las había arreglado siempre para tenerme controlado. Ibamos juntos a todas partes, incluso a hacer la compra; no por mi gusto, claro, sino porque ella lo disponía así. Por la mañana me acompañaba hasta la oficina, y a mediodía estaba

en el portal, esperándome, para volver conmigo a casa. Desde que nos casamos, siempre había sucedido lo mismo, y yo, al cabo de tanto tiempo, había terminado por hacerme a la idea de que no podía ser de otro modo. Hasta, en alguna ocasión en que se me ocurrió quedar con los amigos, en el bar, encontró ella la manera de introducirse, como por casualidad, en el establecimiento, y permanecer allí, sentada a una mesa, hasta que se disolvía la reunión. Por eso, cuando me anunció su propósito, decidí interiormente no dejarme convencer.

—Lo siento, pero a la sastrería no voy.

Preguntó ella, en un tono apremiante, aprendido en las películas:

—¿Es tu última palabra?

—La última.

Yo imaginé, por un instante, que no cumpliría su amenaza, pero me equivocaba, ya que desde aquel día me dejó libre. Está visto que uno nunca llega a conocer del todo a las personas. Completamente libre por primera vez en treinta y ocho años. Yo iba y venía donde se me antojaba, aunque, ahora que lo pienso, esta situación no me procurase, en ningún momento, una satisfacción especial. Me cuesta confesármelo a mí mismo, pero esa es la verdad. No comprendo lo que me pasaba, pero no sentirla colgada de mi brazo me producía una extraña impresión de orfandad, como si, de repente, me hubiera soltado de la mano de mi madre, en un parque público. Yo andaba toda la tarde por ahí; paseaba; me detenía ante los escaparates; entraba en los bares; pero, al final, indefectiblemente, me veía parado delante de mi casa, sentado en un banco de madera que hay al otro lado de la calle. Allí me dedicaba a leer el periódico para dar largas, pero todo él, de cabo a rabo, hoja por hoja, incluso las esquelas y los anuncios, puesto que no quería volver antes de tiempo y que ella llegase a suponer que me aburría. De cuando en cuando, eso sí, lanzaba una ojeada a las ventanas, por encima del diario; no por romanticismo, desde luego, sino por simple

precaución. En este aspecto, no puedo fiarme de ella, ya que si hubiera sabido dónde me encontraba, probablemente hubiera echado a correr, escaleras abajo, en busca mía, olvidándolo todo. Y yo no me sentía dispuesto a claudicar y ponerme los grilletes en los tobillos por mi cuenta, renunciando a una libertad que me había venido a las manos llovida del cielo. Simplemente, me quedaba en el banco hasta las nueve en punto. Entonces, subía, sólo para no perderme el telediario, ya que, en otro caso, no me hubiera importado retrasarme unos minutos más. Pero, mientras permanecía con el periódico entre las manos, no dejaba de mirar de refilón hacia el piso, asegurándome primero de que no me veía nadie. A mi edad, uno se debe precaver contra el ridículo, y no se me escapaba que si algún transeúnte hubiese llegado casualmente a percatarse de mi insistencia, habría podido imaginar que había una mujer por el medio, y si, de novios, yo nunca paseé la calle a la mía, ni levanté los ojos una sola vez a su balcón, porque me avergonzaba hacerlo, ahora, la mera posibilidad de que alguien pudiese albergar una sospecha de esa clase, bastaba para anonadarme.

Me casé cuando hubo que hacerlo y ahí terminó todo. Sin amor ni bobadas de esas, pero con un conocimiento preciso y minucioso de mis deberes. En este sentido, nada encuentro que reprocharme. Claro que no hemos tenido hijos y eso ha facilitado las cosas. El matrimonio es una costumbre, como la oficina, el fútbol o el televisor, y yo me he limitado a atenerme a ella. Supongo que a los demás les ocurre lo propio, aunque no lo digan, sino que en mi caso no hube de hacer ningún esfuerzo para conseguir adaptarme, porque soy hombre de costumbres. Por ejemplo, me pongo un traje y ya no sé quitármelo. Es mi mujer, cuando le parece que lo he usado bastante, la que se obstina en reemplazarlo. Pero si no hubiera sido por la intromisión de mi jefe de Negociado, el señor Martínez, ella no se habría salido esta vez con la suya. No sé por qué la gente se dedica a meterse en la vida de los demás.

¿Qué le importa al señor Martínez cómo voy yo vestido? Soy puntual, llevo los asuntos al día, no pido anticipos ni permisos extraordinarios, ¿qué más puede exigir de mí?

El jueves último tuve que pasarle la firma, en sustitución de Sandino, que dicen que está enfermo. El señor Martínez habla poco, y como tiene un rostro desvaído igual que un cromo viejo, apenas se le ve. Uno le va poniendo los papeles delante y él los rubrica sin leerlos ni preguntar. A mí, en cambio, me preguntó.

—¡Caramba, amigo Ferrer! ¿Qué le pasa a usted?

Parecía salir de entre la niebla con su sonrisa.

—¿Anda mal de fondos? ¿Juega? ¿Tiene algún asuntillo de faldas?

Yo repuse que no, que todo iba normal, como siempre.

—Entonces, ¡explíqueme a qué viene presentarse con esa facha!

Levantó la voz. Yo nunca le había oído gritar hasta aquel momento y su tono me desconcertó. Le creía un hombre apagado, incapaz de sacar tanta fuerza de los pulmones y por eso no acerté a responder. Pero tampoco sé si me hubiera atrevido a hacerlo, aunque hubiese hablado más bajo.

—¡No se lo admito, no, señor! ¡Por respeto a sus compañeros, al despacho y a mí! ¡Vístase usted como es debido o no vuelva a aparecer por aquí!

¿Qué iba a hacer, enfrentarme con él? No, limitarme a agachar las orejas y confesar a mi mujer lo que había ocurrido.

Ah, pero a la sastrería, desde luego, no fui. Llegamos a un acuerdo: adquirir un traje de confección. Era el único modo de mantener mi voluntad en equilibrio entre mi mujer y el señor Martínez. Así que, al otro día, acudimos a unas galerías. No tuve que dudar: de una fila de trajes saqué lo primero que me vino a los ojos, una americana marrón y un pantalón morado. A mi mujer no le agradadó la combinación. Dijo que le parecía no sé si rechinante

o disonante; me daba lo mismo, porque sabiendo que no le gustaba, la encontraba yo más atractiva.

Lo bueno de las galerías es su expeditivo sistema de ventas. Nada de medidas, alfileres y pruebas. Se ve si el traje le cae bien a uno, se abona en caja y se lo lleva.

—Vengan por aquí.

El dependiente nos condujo hasta el probador, y mi mujer, como era de esperar, hizo intención de introducirse en él conmigo, pero yo me opuse; a mi edad debe uno precaverse contra el ridículo.

—Sé vestirme solo— le dije, y entré cerrándome por dentro.

Era un cuarto pequeño, abierto por arriba, donde había una percha, un cenicero, una silla y un espejo de cuerpo entero. Por encima del tablero empapelado que hacía de pared, llegaban, de los probadores contiguos, risas, palabras, cuchicheos. Pero yo ya no oía nada. Acababa de ver mi propia imagen reflejada en la luna: un hombre en calzoncillos, de cara triste y desvaída, igual que un cromo viejo, con la piel de color ceniza, las mejillas mustias, el pecho en quilla y los muslitos blancos. No me reconocí a mí mismo, porque no parecía yo, aunque la imagen respondiera a cada uno de mis gestos con otro igual. Y, de pronto, no me explico por qué, tuve miedo, no sé si del otro o de mí, o, sencillamente, de encontrarme absurdamente sólo en aquella isla empapelada de flores, perdida en un rincón del cosmos. Mi imagen, bueno, yo, abrió mucho los ojos, como si se dispusiera a chillar, pero, en lugar de eso, corrí al picaporte, abrí la puerta, llamé a mi mujer con un grito, y allí, en el probador, sin preocuparme de la gente de fuera, me abracé a ella ansiosa y tercamente, como un náufrago.

En mis treinta y ocho años de matrimonio nunca me había sucedido nada igual.

Juan sin historia

—Tapadme la cara —dijo, porque le daba el sol en los ojos, y uno de los soldados le cubrió el rostro con un pañuelo. Habían tendido al herido en un claro del monte, y le rodeaban mirándose nerviosamente unos a otros. Ellos pensaban que debía estar muriéndose, pero no se atrevían a decirlo, aunque se habían puesto a hablar en voz baja como si ya estuvieran velando su cadáver. El sargento Romero apremiaba a los sanitarios, que habían empezado a montar la camilla.

—¡Vivo, vivo! —gritaba.

El capitán corría ya hacia el grupo, y el cabo Sebastián apartó a los soldados al verle.

—Quitarse de en medio, venga. —Tenía cogido el brazo de «La Cabra» por la muñeca y se esforzaba en localizar el pulso, que se escurría entre sus dedos torpes del labrador que había sido antes de reengancharse para convertirse en el Cabo Primero Sebastián.

—Está medio listo, mi capitán —dijo—. Le reventó en la misma boca del estómago. Ni sé cómo no le voló también la cabeza. Da miedo, mire usted. —Y abrió la

guerrera del otro para que el Oficial pudiera ver la herida—. Parece como si se le fuera a salir el mondongo.

El capitán se puso rígido antes de mirar, no fuese a dejarse delatar por la impresión, porque sentía los ojos de los soldados clavados en él. Y pensó: «No hay nada que hacer», y al mismo tiempo, absurdamente: «Creí que eran azules. En el libro de Ciencias, de quinto, había una lámina con unos intestinos azules.» Se sorprendió a sí mismo del tono crispado de su voz cuando dijo:

—A ver, pronto, un enlace.

Un soldado se destacó del grupo, cuadrándose torpemente. Olía el cuero nuevo de su correaje. Ahora, más que nunca, puesto que estaba triste, hubiera querido él que le hablasen de chocolate, sacos de patatas y botes de conserva, las cosas que había abandonado, con la tienda, antes de venir al servicio; pero oía: «Ambulancia..., puesto de mando..., evacuación urgente...» y, como no comprendía nada, ni tampoco la razón de encontrarse allí en aquellos momentos, sintió unos enormes deseos de llorar; echó a correr, sin embargo, sujetando los cargadores del CTM para que no le fustigasen la ingle.

El capitán recorrió con la mirada los rostros terrosos de los soldados y sintió piedad de ellos, porque sabía que tenían miedo y que este miedo estaba por encima de su voluntad.

«La Cabra» emitió un ronquido y el cabo se asustó y dijo: «Mire», y se quedó pendiente de las botas del otro, porque había visto morir a su padre poco antes de ingresar en el Ejército; entonces el Oficial aplicó la oreja al pecho del herido y percibió su corazón, aunque muy distante, como si latiera en otro lugar, debajo del suelo, por ejemplo, y gritó: «¡No!», y dejó resbalar la mirada por el paisaje, porque hubiera sido un contrasentido que el muchacho se muriese allí mismo, sobre la loma, en medio del olor a parva que brotaba de los barbechos. Inesperadamente, empezaron a rondar su cerebro las frases del parte que habría de entregar al regreso: «A Usía da

parte el capitán que suscribe, de que en el día de la fecha, durante los ejercicios de fuego real...» Vio que había unas viñas, más allá una casa y, más lejos todavía, unos pinos, y se dijo que, en efecto, hubiera sido un verdadero contrasentido. «...correspondientes a las maniobras que se han venido desarrollando en este sector...» Entre chicharras, amapolas y bocanadas de aire caliente. «...reventó uno de los morteros de acompañamiento de la compañía a mi mando...» ¿Debía poner «a mi mando» o «bajo mi mando»? «...de la compañía a mi mando, alcanzando la explosión al soldado...» De pronto se dio cuenta de que todavía no sabía quién era el herido. Preguntó al sargento:

—Oiga, Romero, ¿quién es el herido?

El Sargento dijo que se llamaba Juan, pero que sus compañeros le decían «La Cabra», y el capitán pensó que aquello no le aclaraba nada y que siempre que pasaba lista sacaba la impresión de que todos los soldados se llamaban lo mismo, como si hubieran sido bautizados sólo para salir del paso. Por eso se inclinó otra vez sobre el muchacho y apartó el pañuelo que le cubría el rostro, y descubrió que éste le resultaba vagamente familiar, pero que otro tanto le ocurría otras veces, porque también los rostros de los soldados parecían todos iguales, en especial cuando formaban delante de él y decían «presente», mientras daban un taconazo al oír pronunciar su nombre. Pidió al sargento:

—Hábleme de él.

El otro resumió:

—Un chico sin historia. De esos que uno no se da cuenta de que existen hasta que pasa una cosa así. Sólo que siempre andaba riéndose. Pero por nada, para él solo, ¿comprende?

El capitán replicó con un «ah» y volvió la mirada hacia el soldado, y al darse cuenta de que había abierto los ojos, exclamó, aunque un poco al azar, porque no estaba

muy seguro de que el chico pudiera oírle: «Animo, hijo.» Luego, pidió una cantimplora y se puso a rociar con agua el rostro del herido...

... ...

...a quien, como balaba al hablar, los soldados apodaban «La Cabra». Unicamente que esto le traía a él sin cuidado, porque sabía que, en cuanto él se encontrase *lili,* volvería a ser Juan, como había sido hasta entonces. No era precisamente que se sintiese orgulloso de su nombre, sino que estaba habituado a él y se notaba incómodo oyéndose llamar de otro modo. Sin embargo, se resignaba. Porque, cuando llamaron su quinta, Ramonín, el antiguo alcalde, fue y le dijo: «Tú pon a todo buena cara, y a verlas venir»; así que él había tratado de seguir el consejo a su manera, llevando la corriente a todo el mundo, con una sonrisa como de hoja perenne en los labios. Sólo que el Sargento Romero, que era pelirrojo y debido a ello nunca estaba muy seguro de que no se burlaban de él, le paró una vez y le dijo:

—Mientras yo esté delante, como en un funeral. De ahí para arriba. Porque a la primera risita se le cae a usted el pelo.

A lo que Juan asintió débilmente, balando una disculpa, sin acabar de comprender lo que ocurría, ya que él nunca trataba de molestar a nadie, sino todo lo contrario, y se quedó bastante preocupado por esta causa. Como si no tuviera suficiente con su problema, como él decía. Resultaba que, al principio de llegar al campamento, con aquello de andar cepillando caballos con la bruza y conduciendo mulos al abrevadero, le parecía no haber roto del todo con su vida anterior, la que dejó al tocarle la quinta, cuando llevaba una aparcería al cuarto con el antiguo alcalde. Y como apenas se había apercibido del cambio, y el olor de las cuadras le traía a la memoria el recuerdo del pueblo, y esto le compensaba de lo del mo-

te, andaba satisfecho y la nostalgia le incomodaba poco. Pero cuando les sacaron del CIR, y les trasladaron al cuartel en camiones, y se dedicó a recorrer la ciudad a la hora de paseo, y vio las calles, los escaparates, los anuncios luminosos y la gente, sus recuerdos comenzaron a debilitarse, hasta que, al cabo de unos meses, el pensamiento de volver a la aparcería se le hacía muy cuesta arriba. Porque, hasta entonces, él no había conocido otra cosa, y le parecía que fuera de salir con la yunta de madrugada, echar una besana, alumbrar unas cepas, roturar, binar, escardar, almorzar con tocino y emborracharse, jugando al dominó los domingos, seguir emborranchándose luego, en el teleclub, y platicar de fanegas, parejas de mulas, tractores y cargas, no había nada más en el mundo; pero ahora comprendía que sí, y un día se dio cuenta de que había decidido no regresar al pueblo, aunque a Ramonín, el antiguo alcalde, se le ocurriese prescindir de él como aparcero. Pero él, fuera del campo, no sabía de nada, de forma que cuando un compañero le dijo: «Quédate de sereno», encontró que no estaba mal la idea y empezó a meditar seriamente sobre ella. Claro que no sabía como resolver el problema. En el pueblo era íntimo de Ramonín, el antiguo alcalde, pero allí, en la ciudad, no conocía a nadie que pudiera echarle una mano en el Ayuntamiento para que le fichasen como sereno, y esto le traía pensativo y absorto...

... ...

...«La Cabra» baló débilmente cuando la ambulancia se bamboleó en una desigualdad del terreno, crujieron los cinchos de la camilla y el sanitario que iba junto al herido se sobresaltó, temiendo que pudiera cascar allí mismo. Golpeó nerviosamente con el puño el tabique metálico de la cabina, mientras levantaba la voz por entre el fragor del escape, a fin de que el conductor pudiera oírla.

—¿No puedes ir con más cuidado? —dijo, malhumorándose.

El conductor chilló a su vez desde el volante:

—¿Ocurre algo?

—No, sino que si coges otro bache, éste las lía.

La ambulancia aminoró la marcha; el chófer rezongó algo acerca de la pista; el sanitario se inclinó sobre el herido, y Juan, que había abierto los ojos, sonrió, aunque en realidad no le sonreía a él, sino a Vázquez...

... ...

... que tenía una casa con huerta en la calle de la Moneda, junto al puente, y dos encargados para que la cuidasen, puesto que Vázquez sólo iba al pueblo durante el verano. Eso era lo que ocurría actualmente, pero no antaño, ya que hasta que se le murió la madre y se largó, Vázquez también pasaba los inviernos allí. Pero, eso sí, en el tiempo en que había permanecido en el pueblo, cuando niño, ambos habían sido amigos; desde luego que hacía ya más de doce años, pero lo habían sido. Y ahora, Juan sabía que Vázquez residía en la capital, desde un día que se tropezó con él en la calle, y aunque el otro llevaba prisa y estuvo todo el tiempo como distraído, pudo hablar un rato con él y hasta enterarse de que estudiaba en la Universidad. Y como llevaba un jersey con una inscripción en inglés, y una cadenita en la muñeca, y se alisaba el pelo a cada momento con un peine que sacaba del bolsillo, Juan se sintió muy impresionado y le hizo mucha mella el encuentro. Sobre todo cuando preguntó a Vázquez si conocía a alguien en el municipio, y el otro replicó, pero sin conceder demasiada importancia al asunto, que naturalmente, cómo no iba a conocer él a alguien, «y con mucha influencia, además». Resultaba evidente que Vázquez había prosperado lo suyo desde que salían a cazar pájaros con liga, en el Vivero. Por ello, cuando Juan le pidió que hablase por él en el Ayuntamiento, a fin de que le reservasen una

plaza de sereno para quedarse en la ciudad, una vez fuera de la mili, el otro replicó con mucho aplomo:

—Claro, claro, cuenta con ello.

Y aunque se le notaba como ausente y piafaba levemente con la puntera del zapato, Juan sintió que se le quitaba un peso de encima, puesto que acaba de resolver su problema y ya se veía, con la gorra de plato y el chuzo, haciendo sonar las llaves como una campana...

... ...

La monja dijo:

—Rece.

Y el cirujano:

—Anestesia.

Y Juan abrió los ojos y reparó en la lámpara del techo, que tenía un reborde dorado, donde él se veía a sí mismo en la mesa de operaciones; sintió el pinchazo de la aguja, y, mientras se disolvía en la Nada, aún le quedó tiempo para acordarse de Ramonín y de lo que diría al enterarse de que ya no podría contar con él para el futuro...

La monja dijo:

—Padre nuestro...

Y el cirujano:

—Avise una camilla.

Y se puso a quitarse los guantes, húmedos de sangre, para arrojarlos enrollados, según estaban, dentro del cubo, con ademán de enfado.

La camilla recorrió el pasillo, y como la manta cubría por entero, incluso la cabeza, el cuerpo que iba en ella, un soldado, que pasaba, en pijama, preguntó al aparatista, que acababa de salir del quirófano:

—¿Quién era, tú?

Replicó el otro:

—No sé. Uno que se llamaba Juan.

Y se encaminó al cuerpo de guardia a dar el parte y, mientras lo hacía, extrajo del bolso de la bata un bocadillo y empezó a comer, porque todavía no se había desayunado.

Revelación

Vivía cerca del cuartel, y la chica también, y por las mañanas, al oír la diana, se ilusionaba de pensar que ella también la oía; y los domingos, en que la floreaban, mucho más, porque sabía que a ella le gustaba la música, ya que, cuando hablaba, sólo hablaba de discos. La diana constituía una especie de secreto que compartían entre los dos. Lo mismo que cuando el muchacho decía:

—Debajo de la segunda estrella del Carro.

—¿Cuál? ¿Aquélla, tan pequeña?

—Sí, aquélla. Esta noche, a las once en punto, estaré mirándola.

—Pues yo también.

Y ambos se encontraban arriba, a las once de la noche, fuera del mundo, completamente solos.

Ella tenía catorce años, y el chico quince, y se veían poco, de tarde en tarde, cuando podían escaparse, porque sus padres, que según ellos, no les comprendían, no les dejaban salir juntos. Pero las veces que lo conseguían, se emparejaban y echaban a andar, calle adelante, casi sin hablarse, y había flores en las aceras. El chico daba pata-

das a los papeles y ella jugaba con una cadenita que llevaba en el cuello, pero, desde luego, apenas se miraban y ni siquiera se habían cogido nunca de la mano. Sin embargo, aunque sólo se encontraban de tarde en tarde, con lo de la diana y la estrella era como si estuviesen siempre juntos. El pensaba continuamente en la chica, y le gustaba que le dejasen solo para pensar mejor. Compraba una bolsa de pipas y se iba a un puente de troncos que había en el estanque del parque, a comerlas. Allí, acodado sobre la baranda, mientras hacía saltar con los dientes las pieles tostadas, se ponía a pensar en la chica.

Ella anunció, de improviso, una tarde:

—Mañana me marcho, ¿no sabes?

—¿A dónde?

—A la Costa del Sol, con mi familia, de veraneo.

Como tres meses le parecían mucho tiempo, el muchacho se entristeció, aunque, luego, al asegurarle la chica que se seguirían citando todas las noches donde siempre, sintió que se le quitaba aquel peso de encima, ya que de esa forma no se separaban del todo.

Mientras la chica estuvo fuera, él no dejó de acudir un solo día al puente, con su bolsa de pipas; de escuchar la diana; de asomarse al balcón por las noches. Así, hasta que se enteró de que ya había regresado y se fue a ver si la veía. Al encontrarla, no dijo más que «hola», pero en cuanto se puso a su lado y echó a andar junto a ella, otra vez había flores en las aceras. A pesar de todo, se dio cuenta en seguida, la chica ya no parecía la misma persona, o, mejor dicho, era la misma y no lo era. Durante aquellos meses, se había operado en su persona un cambio sutil, sino que nadie que no fuera él hubiese sido capaz de percibirlo. No se trataba sólo de que llevase ahora maquillados los párpados; el gesto impostadamente maduro, casi compungido; un cigarrillo entre los dedos y un modo

más consciente y erguido de andar, sino que miraba de otro modo a los ojos, no con evasivas, como antes, sino obstinada, reconcentradamente: una mirada caliente y espesa que el muchacho sentía resbalar por sus mejillas, y que, sin que pudiese explicarse la causa, le repugnaba.

Pasearon un rato. De pronto, ella propuso:

—Ven luego a casa. Yo bajaré al portal.

Una hora más tarde, el chico estaba en el portal, esperando. Ella bajó después de un poco. No dijo nada, pero le tomó una mano, y el muchacho se estremeció, puesto que era la primera vez que lo hacía.

Al despedirse, aventuró la chica:

—Si te parece, podríamos vernos aquí todos los días. En la calle, hay demasiada luz, ¿verdad?... Y demasiada gente.

—Lo que tú digas.

Entonces, ella fue y le besó en los labios, y el muchacho volvió a estremecerse, y mientras la chica desaparecía escaleras arriba, él la siguió con la mirada. A continuación, introdujo las manos en los bolsillos y se encaminó hacia su casa, pisando sin cuidado, porque no había flores. Y aquella noche ya no salió a contemplar la estrella. Como tampoco se volvió a preocupar de la diana; ni siquiera los domingos, cuando la floreaban.

Todo en una hora

El Médico de Niños introdujo el fonendoscopio y el termómetro en la cartera de mano y diagnosticó:

—Cólera infantil.

Y el Padre de la Niña de Dos Años se volvió de espaldas antes de interrogarle, porque le asustaba conocer la verdad:

—¿Grave?

El Médico de Niños extrajo su bloc de recetas y el bolígrafo, y escribió en la primera hoja. Luego arrancó el papel y lo depositó sobre la mesita de noche.

—Compre esto en la farmacia y que se lo pongan a su hija en seguida.

El Padre de la Niña de Dos Años inquirió de nuevo:

—¿Cree usted que es grave?

Al Médico de Niños no le gustaban las escenas y replicó, conciso:

—Bastante. Por la deshidratación sobre todo. —Recogió la cartera—. La visita son trescientas pesetas.

La Madre sacó de la cómoda una caja redonda que había encerrado una anguila de mazapán en las últimas Navi-

dades, y ahora contenía las mil pesetas de la prima de entrada de la «Siempreviva, S. A. Sea Usted Previsor». Tendió los tres billetes al Médico de Niños y éste los tomó sin mirarlos. Después abrió la puerta y salió a la calle y, mientras calentaba el motor, sugirió al Padre de la Niña de Dos Años, que se había acercado a despedirle:

—No se debe perder un momento. Yo, en su lugar, tomaría un taxi. Una hora más en esas condiciones podría resultar fatal para la niña.

Y puso en marcha el automóvil, y el humo del escape envolvió al otro en una nube triste. El Padre de la Niña de Dos Años siguió el coche con la mirada hasta el final de la calle, mientras los pares del *stop* se encendían ante cada bache.

El Médico de Niños habló consigo mismo:

—Deberían pavimentar estos barrios. Se le hacen a uno puré las ballestas.

La Madre dijo:

—Ahí tienes. Tanto machacar con venirnos a vivir a la capital, ¿y qué hemos conseguido? Pues que ya ni siquiera podamos contar con el Seguro.

Se quejó el Padre de la Niña de Dos Años:

—Pero, ¿cómo me podía yo figurar que, en una población de cincuenta mil habitantes, a los cuarenta y tres años y con la experiencia que uno tiene, no iba a encontrar una colocación en el ramo?

La Madre rezongó:

—El ramo, el ramo... Yo te diré lo que pensabas: que el mostrador del señor Remigio resultaba pequeño para tí, ¿no? Que ya no te conformabas con una tiendecita de pueblo, ¿no? Que tenías otras aspiraciones, ¿no? Que te parecía poco despachar hilo y jabón en polvo a una docena de vecinas, ¿no? Que creías que en cuanto llegases aquí te pondrían al frente de un supermercado, ¿no?

El Padre de la Niña de Dos Años se limitó a decir:

—Anda, ponle la toquilla.

Y la Madre envolvió a la criatura en la toquilla rosa

del bautizo; introdujo él la receta entre los billetes y se lo echó todo al bolsillo. A continuación, añadió:

—Tenla preparada, voy a buscar un coche.

El Padre de la Niña de Dos Años se dirigió al Taxista:

—¿Libre?

Y el Taxista encendió la luz interior del vehículo, mientras escrutaba de mala gana el rostro que asomaba a la portezuela:

—¿A dónde va a ser?

—Primero a una farmacia y después al Dispensario del Seguro.

El Taxista dudó un momento antes de replicar. Desconfiaba:

—Pago por adelantado —dijo; luego, mientras mentía, deslizó un dedo por debajo de la gorra para rascarse el cuero cabelludo—. Es la costumbre.

El Padre de la Niña de Dos Años puso al descubierto el dinero. Zorreó el Taxista:

—Con cuatro billetes creo que habrá bastante.

La Farmacia de Guardia tenía echado el cierre metálico, pero había una bombilla con un letrero donde se leía: «Llamen al timbre». Así que el Padre de la Niña de Dos Años oprimió el botón, y eran las cuatro y veinte.

El Mancebo de la Farmacia dormía en la rebotica, sobre un catre. Casualmente soñaba con una playa y una muchacha pelirroja, y él la llevaba cogida del brazo, y marchaban descalzos por la arena hacia las rocas y riiiiinnn...

El Mancebo de la Farmacia saltó de la cama y se dirigió a la puerta, con cara de sueño y gesto contrariado. Pensaba: «Alguien que quiere una aspirina. O algo para el dolor de muelas. O un anaovulatorio», y la mera posibilidad de que pudiera ser así, le dejó vivamente indignado.

Un segundo después, recogía la receta a través del ventanillo y deletreaba, adormilado:

—Lioplasma.

Y se adentraba en la trastienda y empezaba a recorrer las estanterías. Musitaba: «Lioplasma, lioplasma», pero maquinalmente, ya que su imaginación seguía en la playa y estaba deseando acostarse de nuevo para ver si lograba empalmar la película.

El Padre de la Niña de Dos Años recogió el medicamento, que pesaba muy poco, y recordó que la Madre se quejaba a menudo:

—Esta niña nuestra pesa lo que una pluma.

El Mancebo de la Farmacia dijo:

—Son 97,50.

Y el Padre de la Niña de Dos Años tendió otro billete y se quedó a esperar la vuelta. Se oyó la campanilla de la registradora y un instante después la voz del Mancebo de la Farmacia:

—Aquí tiene.

Y le pasó la receta y el cambio, y el Padre de la Niña de Dos Años se despidió:

—Buenas noches, y gracias.

Pero el Mancebo de la Farmacia no se preocupó siquiera de responder, sino que apagó el flexo y se hundió otra vez entre las sábanas. Y eran las cuatro y media.

El Vigilante del Dispensario del Seguro no dormía, roncaba en el vacío. Había bebido mucho aquella tarde y pom, pom, de pronto una bandeja con estrépito de vasos y botellas al suelo, salvo que en seguida comprendió que era que alguien picaba en el cristal esmerilado de la puerta.

El Vigilante del Dispensario del Seguro se puso en pie y la habitación le dio vueltas, y, al acometerle una basca, decidió que no volvería a beber, puesto que cada día le resultaba más penoso recobrarse de la resaca. Gritó, malhumorado:

—¡Va!

Y abrió, y al enterarse de lo que se trataba, exclamó, y oscilaba:

—Vaya usted a la Clínica de Urgencia. Esto es un dispensario. No trabaja de noche.

En la penumbra consultó su reloj, y eran las cinco menos cuarto, y deseó que llegaran pronto las nueve para irse a su casa, a acostar. Regresó a su butaca y, al sentarse, le pareció que el asiento se lanzaba violentamente hacia arriba, como deben sentir los astronautas. Su compadre y concurdáneo suyo, decía: «Eso se quita poniendo un dedo en la pared.» Y el Vigilante del Dispensario del Seguro apoyó el índice en el muro y se quedó dormido al momento.

El sheriff disparó sobre Jim, el cuatrero, y el colt 45 ladró cinco veces, y Jim empezó a doblarse sobre sí mismo, y la enfermera dijo:

—Una urgencia, doctor.

El Médico de Guardia abandonó perezosamente la novela y se encaminó hacia el vestíbulo. Meditaba: «Verdaderamente, el sheriff es dos veces más rápido que el otro.» Preguntó:

—¿Qué le ocurre?

El Padre de la Niña de Dos Años expuso su problema y el Médico de Guardia sonrió con condescendencia:

—Las Clínicas de Urgencia no disponen del instrumental necesario para esa clase de intervenciones. Créame que lo siento. Vaya al Hospital, a ver.

Y volvió al cuarto y abrió otra vez el libro, y Jim, el cuatrero, se derrumbó definitivamente con cinco balas en el cuerpo a las cinco en punto de la mañana.

«Tercer Misterio Gozoso: el Nacimiento del Hijo de Dios», y la Hermana descendía por la escalera mientras el Padre de la Niña de Dos Años se adelantaba hacia la

monja y le mostraba la ampolla de lioplasma, como si se tratase de una ofrenda.

La Hermana meneó la cabeza:

—Ha llegado usted en mal momento. Tenemos ocupados nuestros dos transfusores. Acuda a un practicante. Utilice el teléfono, si quiere.

El Padre de la Niña de Dos Años se introdujo en la centralita, desierta a aquella hora, mientras la Hermana, que se había puesto triste, reanudaba el rosario, aunque rectificando: «Tercer Misterio Doloroso: los azotes a la Columna.»

El Practicante se despojó de la americana y el pantalón y comenzó a ponerse el pijama. Al contemplar a su mujer, arguyó para sí: «Si al menos no se diera esa repugnante crema en la cara...»

Acababa de volver a casa, y mientras venía por la calle iba pensando en un *strip-tease,* y al encontrarla con las mejillas llenas de grasa, se indignó: «Uno, toda la noche fuera, y ella no puede prescindir de la crema.»

Sonó el teléfono; el Practicante descolgó el receptor:

—¿Diga? Sí, vaya andando para su domicilio. Yo llegaré en seguida. ¿Cuál es su dirección?

Apuntó las señas en su agenda y comenzó a vestirse de nuevo, pero en aquel momento su mujer se rebulló en la cama, él se acercó a besarla, ella le rodeó el cuello con los brazos y él apagó la luz.

El Practicante dijo:

—Tengo que salir.

—Pero, ¿otra vez, cariño?

Terminó de abrocharse la camisa, se hizo el nudo de la corbata, se puso la chaqueta y echó una ojeada al despertador. Y eran las cinco y cuarto.

El Practicante dejó su maletín en la mesita de noche,

hurgó en su interior, sacó el vaso y las gomas, y empezó a hervir el agua. Luego, examinó el brazo de la niña. Opinó:

—Habrá que disecar esa vena.

El Practicante punzó con una lanceta y brotó una gota de sangre, pero inmediatamente se olvidó de la aguja para levantar uno de los párpados de la niña; movió gravemente la cabeza y empezó a recoger los aparatos. Y eran las cinco y veinte. Dijo:

—Hemos llegado tarde, lo lamento. —Y después—: —Son doscientas pesetas. —Y a continuación, disculpándose—. La salida de noche, ¿comprende? Son honorarios mínimos.

Y el Padre de la Niña de Dos Años liquidó la cuenta, y la «Siempre Viva, S. A. Sea Usted Previsor» se quedó sin su prima de entrada.

El Taxista regresó a la parada. Murmuró:

—Las cinco y media, la hora del expreso.

Pero sentía sueño y le dio pereza dirigirse a la Estación.

—Hoy ya he cubierto el cupo —se dijo—. Total, por la tercera parte de veinte cochinos duros que habría de cobrar... Que se jorobe el dueño. Al fin y al cabo, aquí el único que trabaja soy yo.

Y apagó el gálibo verde, cubrió con la gorra el cartel de libre del taxímetro y se arrellenó en el asiento.

El Padre de la Niña de Dos Años comenzó a peinarse ante el espejo, porque a las seis le tocaba su turno de guarda eventual en el descampado donde se amontonaban los tesoros del traficante de chatarra. Pensaba: «Le diré: Acaba de morirse. Y él: Le acompañó en el sentimiento. Váyase a casa. Yo me quedaré por usted.» Y de imaginar que el guarda que tenía que relevar pudiera hablar así, le entraron deseos de llorar.

Y la Madre lloró.

Juzgado de Paz

—No, no, Señoría, ¡Cómo voy a declararme culpable! ¿Que me han denunciado? Conforme, no soy un palurdo y sé hacerme cargo de las cosas. Además, todos los días leo mi horóscopo en el periódico —signo de Capricornio, con perdón— y el de esta mañana no traía nada que debiera inquietarme, de modo que, por ese lado, tranquilo. ¿Así que se me acusa de una falta contra el orden público? Puede que repicar una campana lo sea, no voy a discutírselo —uno es metalúrgico, no abogado—, pero, por favor, no me cargue a mí con el muerto. Dejemos aclarado el asunto desde el principio: aquí, si hay un culpable, es él, Señoría, el morrocote medio cerril que uno era hasta el momento de emigrar. Ha vuelto, señor Juez; inesperadamente; y, según la denuncia, para llevar a cabo otra borricada de las suyas. Yo no niego que las apariencias estén en contra mía. Seguramente, con la ley en la mano, se me puede tomar por ese chavea, puesto que todavía llevo su mismo nombre, sus mismas huellas dactilares y supongo que hasta su mismo Angel de la Guarda. Sin embargo, ya no existe nada en común entre aquel gam-

berruco y yo, palabra de honor. Y, si no, dígame, ¿tengo aspecto de escalar campanarios?

En 1946, por si le interesa saberlo, un servidor, que acababa de perder a la descansada de su madre, salía facturado con destino a Bélgica para reunirse con su viejo. El llevaba ocho o nueve meses en una factoría de laminados, y allí, al cumplir la edad, me quedé a trabajar yo también. Observe la diferencia: yo, veinte tacos, setenta mil horas, ocupado en matrizar pletinas, perfiles y flejes, pero, ¿qué me dice de él? ¿Cuáles son los antecedentes de aquel salvaje de culera gastada? Tome nota: merodear por los prados con la alfalfa hasta la rodilla; robar manzanas; pintar cerdos de blanco; apedrearse con los hijos de nuestro vecino, el Raquero; espiar, a través de las rendijas de los postigos, a la mujer del sacristán, mientras se desnudaba... Bueno, y etcétera.

Que conste en acta, Señoría, que ya nada tengo que ver con ese rapaz y mucho menos con la barbaridad que cometió anoche. Vengo del extranjero, soy una persona culta y civilizada y encuentro razonable que se le hagan pagar sus culpas —pantalones abajo y tas, tas, en el culito—, pero no que su Señoría las tralade a mi cuenta. Un servidor apareció ayer, a mediodía, en la aldea; para ser más exacto, a las 12,30 P. M. —usted disimule, pero es que en Europa hablamos así—. Pude haber elegido otro día, e incluso otra hora, sino que yo preferí el domingo, a la de la misa, para hacer una entrada triunfal. Como Balduino, en automóvil, y venga a repartir saludos desde la ventanilla. Uno no se ha pasado setenta mil horas al pie de una máquina, juntando francos belgas, para presentarse en su parroquia de incógnito. Vamos, creo yo.

Lo primero que hice, en cuanto dejé el coche en la plaza y a mi familia en el mesón turístico, fue invitar a unas perras de vino a todos los presentes, incluido su Señoría, en el establecimiento que hay frente por frente de la nueva iglesia. Ya sé que usted sabe todo esto, puesto que se encontraba allí también, pero no dejo de reconocer

que, en estos momentos, me dirijo al Tribunal, no a Cianín, ya que uno ha corrido su mundo, y visto sus películas, y comprende que el señor Juez de Paz y Luciano, el de la Tiñosa, no son una misma persona, como tampoco yo y el chavaluco que tocó la campana lo somos. Luego, con la euforia, se me ocurrió quemar públicamente mi pasaporte sobre el mármol de un velador —pero no se lleve mal rato por ello, que no voy a necesitarlo en el futuro—, y, a continuación, coger el camino, yo solo, y dar una galopadita hasta mi antigua casa. Una impaciencia muy natural, al cabo de veinte y muchos años, ¿no opina usted así? Pero resulta que la vivienda ha desaparecido y, con ella, todo el barrio de abajo. ¡Mira si no podían haber construido el pantano en cualquier otra parte! No lo creerá su Señoría, pero, al aproximarse a la orilla y oír saltar a las ranas, una detrás de otra, ploc, ploc, ploc, a mi paso; y ver nuestra techumbre y el ventanuco del sobrado a flor de agua; y los eucaliptos —también cuarentones, de mi quinta— anegados hasta la horcadura y la torre de la iglesia sumergida más de la mitad, me cogieron una congoja y un decaimiento como no había vuelto a conocer desde que mandé a paseo a la fábrica. Cómo me sentiría, que me dejé caer entre unos helechos, abollado y blandurrio como un balón pinchado, y allí me quedé, acunado como una liebre, qué sé yo cuanto tiempo, atontado e inmóvil, con los pies en el limo y la mirada fija en el pantano. Completamente ido, esa es la verdad. Desde que me largué del pueblo, ¿sabe usted?, yo había conservado en la memoria el recuerdo de nuestra casuca. Era como una foto en color para mí sólo, limpia, satinada y alegre, y apenas hago más que llegar y me entero de que la cartulina se ha mojado y se ha echado a perder para siempre. Por eso me dio el arrebato que me dio después.

Por supuesto que, en Bélgica, ya había pasado anteriormente por situaciones parecidas..., no con mucha frecuencia, desde luego, por que, si no, quién hubiera podido aguantarlo. Empezaba por una sensación la mar de rara,

como si, de repente, mi ropa de trabajo se pusiera a oler a hierba recién segada y panoja, y la maquinaria, a mugir como una vaca. ¡La de matrizar, fíjese, que es lo menos parecido a una vaca que podría usted figurarse! Bien, pues, a partir de ese momento, yo ya no era dueño de mí. No digo que se me fuera la cabeza y tonterías de esas, sino que me alelaba, se me llenaban las manos de dedos y todo se borraba a mi alrededor, planta industrial, máquinas, capataces, todo, para pensar únicamente en mi rinconzuco..., en mi aldea, quiero decir. Pero yo ni me hubiera preocupado de eso, si no estuviese percatado de que cualquier día me podía dar el telele más fuerte que otras veces y sucederme una desgracia, laminarme una mano en lugar del lingote, por ejemplo. Así que, en la primera ocasión en que me volvieron los síntomas, piqué en la puerta del ingeniero jefe y, con las mismas, le pedí mi baja por enfermo. Un tipo de lentes, ¿comprende?, con el pelo encarnado y la cara llena de pecas, que le miraba a uno como si uno fuera un escarabajo de la patata. Siempre iba vestido de mono —uno verde, con ribetitos— para dar la impresión de que apencaba, pero es lo cierto que, si quería uno localizarle, había que acudir a su despacho. Se hará usted una idea aproximada acerca del sujeto, cuando le cuente lo que me contestó; y a gritos, además; y, por si fuera poco, en francés:

—¿Qué le dé a usted de baja? Pero, ¿se ha vuelto loco? ¿Porque se siente —veamos si he comprendido bien— afectado de nostalgia? Dígame, ¿qué entiende usted por baja? ¿Y qué entiende por enfermedad? ¿No le parece que sus compatriotas ya detraen del jornal suficiente número de minutos entre el cigarro, el bocadillo y los viajes de ida y vuelta al servicio?

¡Y a eso le llaman civilización industrial! En resumen, que abandoné la dirección convencido de que el ingeniero no se había hecho cargo del problema. A pesar de los lentes.

En cambio, el Raquero, nuestro ex-vecino, lo captó

en seguida. Antes de venir al Juzgado, ¿sabe?, entré un momento a visitarle —ahora vive en el casar de arriba, a un par de manzanas de aquí—. Lo encontré muy viejo, muy acabadito, con las últimas orejas puestas. Me imagino que a aquel chicorro no le agradaría, al verlo así, acordarse de que, en otros tiempos, no le dejaba vivo un cristal en la ventana, al hombre. Sentado en su sillita, todo desdentado y arrugadito, sacando la cabeza por un cuello demasiado grande, parece mismamente una tortuga. A pesar de todo, ya ve, en cuanto yo le puse al tanto de lo que pasó en el pantano, diagnosticó, pero con una vocecita apagada, como deben hablar las tortugas:

—Eso es de la mesma manenconía.

Quiso decir melancolía, ya se habrá dado cuenta, pero hay que comprender que el Raquero no ha abandonado nunca estas montañas y se expresa todavía en aldeanuco, no como un servidor, que ha residido en el Benelux y se desenvuelve con otra versación y otra cultura.

Y sí, creo que el Raquero acertaba y fue un ataque como los que me daban en Bélgica, puesto que llegué a perder la noción. ¿O se figura que, de no ser así, iba a haber sucedido lo que sucedió? Como le decía, yo me había sentado en el ribazo y allí estaba, mirando hacia el embalse como un idiota, cuando, de pronto, zas, me viene un repente, me quito la ropa, me tiro al agua y nado hasta alcanzar la torre; trepo por ella y llego donde la campana mayor, que es la única que queda —las demás han desaparecido—. Pero no se llame usted a engaño, Señoría, que atribuirme todo eso a mí mismo es sólo una manera de hablar. El autor del desaguisado, ya lo habrá adivinado usted, fue el otro —¿se imagina a un hombrón como yo dedicado a hacer *strep-tease* y zambullirse en pelota?—: el otro, es decir, el chiquillo aquel. Y pienso si lo de la campana no sería una querencia suya, ya que, antiguamente, él era uno, entre varios, de los que se apuntaban a repicar, la víspera del Santo. Es un campanón negro —¿no lo conoce?—, panzudo y enorme, que se llama Damiana. Por

eso sería, digo yo, por lo que los muchachos, cuando habían conseguido levantarla, hacían falta cinco, hasta ponerla boca arriba, miraban dentro, con mucho cachondeo, antes de soltarla, como si, efectivamente, se tratara de una mujer. Y vea lo que son las cosas, treinta años después, ahí me presento yo, dispuesto a mirar por debajo de las faldas a Damiana, también. Y es que durante unas horas, se había tendido un puente entre mi infancia y yo, ¿comprende?, y volví a ser el gamberro que había sido hasta el momento en que emigré. Creo que me he liado un poco, Señoría, pero no sé explicarlo mejor.

En una palabra que, desnudo y mojado conforme estaba, me puse a voltear a Damiana, pero lanzándola con todas mis fuerzas, con verdadera rabia, como un desesperado, tan-tan, tan-tan... Y, aunque me dolían los tímpanos y el badajo sonaba dentro de mi cabeza, no paré de tocar hasta que se hizo de noche y me sentí relajado otra vez; sordo y con la lengua fuera, pero relajado. De algún modo tenía que quitarme el nudo que llevaba dentro, ¿no cree? No se imagina usted lo que uno siente al descubrir que la casuca que había guardado en su memoria como una postal, se la han echado a pique durante su ausencia y va a seguir embarrancada, en medio del pantano, para los restos.

Ya, ya me he enterado por la denuncia de las consecuencias del rebato: que se asustó la gente, que hubo una especie de tumulto, que se desmandó el ganado y hasta que malparió una vecina. Claro que, desde el incendio del 45, nadie había vuelto a tocar así. Pero, ¿qué tengo yo que ver con ello? ¡Allá el chavaluco! Yo respondo de mi conducta, Señoría: traigo dinero ahorrado, un «tiburón» matriculado en Lieja, una mujer y cinco chicos —aunque el pequeño, maldito sea, como se crió en una guardería, apenas habla más que el valón—. ¿Le parece poco? Y además pienso construirme un chalé; no una casa de lajas y mampuestos como la de mi padre, sino un verdadero chalé. Ya verán mis paisanos lo que es canela, cuando me siente, como hacen en el cine, a fumar, en una mecedora,

en el porche. Un edificio de mampostería, con las fachadas pintadas de rosa, verjas esmaltadas y muchas columnas. Ah, y nada de almiar en la solana, carreta a la puerta y vaca tabique por medio con la familia, sino garage con goma de regar, jardín con parterres y fuente con rocas artificiales. Porque, por si no lo sabía, voy a montar un negocio. ¿Necesita todavía más garantías? Y el chavaluco que se vaya por donde vino, que, al fin y al cabo, nadie le ha llamado. Por lo que a mí respecta, no quiero volver a saber nada de él.

Proyecto de contrato

Llegado el caso, hacer lo que os parezca con mis bienes, y, si no os pusiéseis de acuerdo, que el Código Civil se encargue del reparto. Eso no es de mi cuenta, queridos lobos, cada uno con un despojo mío entre los dientes. Mis lobos, mis parientes de un solterón con mucho dinero, mucho egoísmo y mucha soledad. No, de veras, no me preocupa en absoluto el futuro destino de mis cosas, pese a que las coleccioné con auténtico mimo, armas, cuadros, porcelanas y libros, y, por supuesto, mis fincas, mis paquetes de acciones, mi gerencia en la «Industrial Metalúrgica», mis viajes: todo lo que ha constituido la razón de mi vida. Antes, no ahora, ya que en estos momentos nada me importa nada. Que el Código distribuya mis bienes como sea; pero mi vida es mía y quiero ser yo quien disponga sobre ella. Porque resulta que me aterra la muerte. Un solitario lleno de manías, con insomnio, reúma y hepatitis crónica, a quien, sin embargo, la idea de desaparecer produce verdadero espanto. Vosotros, mis queridos lobos, que, en lo que a mí respecta, estáis al corriente de todo, ya debéis saber lo poco atractiva que resulta en la

actualidad mi existencia. Una butaca en el Círculo —que se extingue también poco a poco, puesto que los jóvenes ya no quieren nada con nuestros viejos y aburridos casinos— y un sillón en mi casa; de mi casa al Círculo, dejando transcurrir los días sin otra esperanza que la de comprobar cómo se secan, una tras otra, mis últimas ramitas.

Un final demasiado incoloro, ¿verdad?; excesivamente rutinario y mediocre, si se considera la clase de persona que he sido. Pues, a pesar de todo, fijaos, me agarro aún a mi hilito de vida como una araña al suyo, y sujeto, con todos mis artejos, los años que me quedan..., todavía demasiados para vuestra impaciencia. Por eso parcheo como puedo cada balazo, cada nueva gotera; y me resigno a respirar en una nube olímpica con olor a medicamentos; y tomo mis comprimidos y mis gotas; y soporto, con la impasibilidad de un acerico, las tandas de inyecciones; y observo escrupulosamente mi régimen. ¿Por qué? Muy sencillo, porque tengo un miedo horroroso a la muerte. Mi vida ya no ofrece el menor atractivo, pero yo la defiendo con fuego y bayoneta, como un soldado, aunque algunas veces, ¡qué tentación!, me complazca en escuchar una vocecita lejana, llegada del fondo de la selva, que me incita a caminar por la senda de los elefantes: el deseo inconsciente de autodestrucción, supongo.

El caso es que no quiero acabar con plena lucidez, puesto que no me siento capaz de soportarlo. Si pudiera escoger, eligiría, qué sé yo, un infarto, un atropello, algo que me permitiera soslayar el tránsito, que me desconectase bruscamente del mundo y cortara de raíz los cables de mi conciencia: como arrancar de un tirón los hilos de una centralita telefónica, eso es. Ni siquiera me importaría la demencia senil, con su hilillo de baba, aunque me clavase en el asiento para siempre; pero a condición de que fuese definitiva y borrase por completo mi mente. En una palabra: pido saltar el muro del silencio sin percatarme de ello. A mí, aquí, no me queda ningún asidero; quiero decir, a este lado del muro. Mi supervivencia no tiene

objeto. Perdí hace mucho tiempo la fe en los seres humanos, y en cuanto a la otra... ¿Por qué ojo de qué aguja voy a introducir mi camello? Soy hombre de negocios y sé qué poco vale la letra de un contrato; así que a estas alturas no me voy a engañar a mí mismo e imaginar que unas oraciones o unos ritos valgan mucho más, si mi corazón permanece seco, desprovisto de ternura y amor, como siempre.

De sobra sabéis, mis queridos lobos, que fui un hombre importante, como decís ahora. Eso: importante. Perdería la cuenta si tratase de recordar el número de Consejos de Administración y Juntas Generales que presidí en los treinta años últimos. He manejado negocios de cientos de millones y los cientos de vidas —aunque confieso que ese pensamiento nunca me quitó el sueño— suspendidas de ellos como unos flecos. Es hoy mismo, que me encuentro prácticamente retirado de mis actividades, y todavía, si tuviera un capricho así, podría hundir un par de empresas, de las que parecen tan invulnerables y gigantescas como portaaviones, sólo con disparar a su línea de flotación uno de mis torpedos financieros. Sí, desde mi sillón, en mi puesto de mando, sin moverme de casa, por teléfono, con una simple orden a mi agente de Bolsa.

Sé que no me queréis, queridos lobos, como yo tampoco a vosotros: pero eso no es obstáculo para que podamos llegar a un acuerdo, puesto que en mis asuntos nunca dejo lugar para los sentimientos. Insisto: no deseo una muerte a la antigua, con la mirada serena y esperando, sino al estilo brusco de ahora. De modo que al grano: estas son mis condiciones. De cuando en cuando, os presentáis aquí, llenos de sonrisas —unas sonrisas que no me engañan, desde luego—, a comprobar el grado de maduración de vuestra herencia. Pues bien,

Cláusula primera: A partir de, pongamos el próximo lunes, acudiréis los once lobos juntos, todos los días. En manada, ¿entendido? En lo sucesivo, siempre juntos, a

fin de que yo no pueda saber quién sacó la paja más larga ni en qué fecha va a suceder.

Cláusula segunda: Una tarde —yo siempre vuelvo a casa a las ocho en punto—, uno de vosotros, dentro de una semana, un mes, un año, cuando le parezca, debe dejar caer, en el vaso de leche que la asistenta me prepara antes de marcharse, una sobredosis de somnífero —del que está en el armarito del cuarto de baño, un frasco verde—. Sobra con cinco gotas. Como en la literatura amarilla: una mano anónima y cinco gotas sobre las tres que tomo habitualmente; no conviene alarmar al Juzgado.

Cláusula tercera: Pero, ojo, que ni por un instante llegue yo a adivinar en alguna mirada nerviosa o un gesto incontrolado o huidizo, cuál de vosotros va a asestar el golpe ni en qué momento. Precisamente es lo que deseo evitar. Más: ni siquiera deberé sospechar por vuestra actitud —eso no será difícil, ya que sóis excelentes actores— que habéis aceptado mi propuesta.

Cláusula cuarta: Caso de incumplimiento de cualquiera de las cláusulas anteriores, os podéis despedir de mi dinero. Si me he pasado cuarenta años burlando la ley, ya comprenderéis lo poco que me costaría planear una maniobra envolvente que os dejara a los once sin un céntimo.

Nota.—Y nada de escrúpulos éticos o morales entre nosotros. Si alguno de los lobos, cuando se vea rico, deseara, como es costumbre, ponerse en paz con su conciencia —no me refiero, claro, al autor material del hecho, que ése ya traerá preparada su propia coartada moral—, le sugiero acogerse al beneficio de la duda, ya que muy bien pude haber sido yo quien atentó contra su vida, aburrido, por fin, de apuntalarla. —No suicidio, cuidado: autoeutanasia—. Yo, por mi parte, para no tener que vivir en un perpetuo sobresalto en vuestra compañía, pensaré que sóis demasiado cobardes —y creo que, en efecto, lo sois— para correr un riesgo semejante. Y así, con esa duda, me tranquilizaré a mí mismo también.

P. D.—Mañana pondré en el buzón de correos los once ejemplares fotocopiados del presente proyecto de contrato, que dirijo a cada uno de vosotros. Vale.

Entierro de primera

Que bueno, que se dedicaba a la mendicidad, pero, ¿qué quería la gente que hiciese? Porque para vivir, lo que se llama vivir, se las componía bastante bien; pero él tenía otras aspiraciones.

—¿Usted me comprende? Yo tengo otras aspiraciones.

Podía contar setenta u ochenta años, los mismos que le habían convertido poco a poco en lo que era actualmente, una escurraja de persona, un viejo meón y lamentoso; pero no siempre había sido así, ni mucho menos; porque, que constase, él también había sido joven alguna vez, igual que todo el mundo. Con la edad, se había quedado en la piel y los huesos, pero había que haberle visto en su época.

—¡Si usted me hubiera conocido en mis tiempos!

Entonces, en los tiempos a que se refería, medio siglo atrás, él no pasaba desapercibido como ahora, siempre sentado en los escalones del Banco Comercial, con un pañuelo extendido a su lado, para las monedas; ni tampoco iba embutido en un traje traspillado y grasiento, sino con

sus buenos ternos de paño, su gorra de visera y su mirada osada y petulante.

—¿Sabe? Me gustaba ponerme bonito. Era lo que más me gustaba.

Como que nadie le conocía por su nombre de pila, sino que le llamaban *el Percha,* por la percha que tenía.

—Se me rifaban las mujeres.

Caminaba, marchoso y presumido, por la acera, partiendo corazones. Y, sin embargo, ahora no se movía de las escaleras del Banco. Bueno, menos cuando, de tarde en tarde, aparecía un Guardia Urbano y me lo aventaba de allí.

—¿Cuántas veces tendré que decirle que está prohibida la mendicidad?

Pero, si no le dejaban pedir, ¿de dónde iba él a sacar el dinero que le faltaba? Necesitaba cincuenta mil pesetas, y sólo había llegado a reunir ocho mil ochocientas.

—Es para el entierro, ¿comprende?

La única ilusión que le quedaba, y eso para cuando muriese, era la de poder pagarse un entierro de primera. ¡Pena que hubieran quitado de la circulación las carrozas a la federica, con sus cocheros de tricornio y sus caballos con plumeros, que paraban el tráfico a su paso y se erguían solemnemente, en medio de la calle, como un trono rodante, exigiendo reverencias y sombrerazos! Pero si había llegado tarde para un entierro de esa clase, aún podía conseguir un coche con cenefas y tallas, cristales y coronas, donde recorrer su último viaje metido en un hermoso ataúd de rasos y mullidos, mientras la gente le seguía con la mirada al pasar, como antaño, cuando era un novillero de postín. Como que si no hubiera sido por el cornalón que le quitó de torear para siempre, andaría ahora podrido de billetes y con el entierro asegurado. En sus buenos tiempos, nunca faltaba una persona que le reconociese:

—Ahí va *el Percha.*

Y aunque él continuaba su camino como si tal cosa,

sabía que iba dejando una estela de admiración detrás de sí. En la actualidad, desde luego, nadie diría nada, pero le seguirían con los ojos. Era lo menos que podía pedir.

El Percha habitaba en un chamizo del extrarradio. No tenía familia.

—Pero, hombre, ¿cómo no se casó usted a su debido tiempo?

—¿Y para qué iba a hacerlo, dígame? Si algo me ha sobrado a mí en esta vida, han sido mujeres.

Y, no obstante, vivía completamente solo.

—Bueno, tengo a Braulio, mi vecino. En cuanto necesitase algo de él, le daría una voz, y vendría.

El vecino de *el Percha* trabajaba en una panadería. Era el único amigo del viejo.

—Mire —decía—. Si alguna vez acierto una quiniela de catorce, voy y me instalo por mi cuenta, y ya no le faltarían a usted, mientras viva, su pan de viena y su bollo suizo.

Todas las noches, antes de dirigirse a su trabajo, Braulio entraba un minuto en casa de *el Percha,* puesto que el panadero se daba cuenta de las cosas y comprendía que el viejo podía diñarla el día menos pensado. Por esta causa, aunque lo encontrara aparentemente dormido, procuraba cerciorarse un poco, por si acaso, aproximándose a observarle a la luz del encededor, hasta comprobar, por el movimiento de la respiración, que todavía continuaba vivo. Sólo entonces apagaba y se iba; sino que, al abandonar la vivienda, aspiraba profundamente el aire, a fin de barrer de sus pulmones el olor detestable que habían almacenado durante la visita; porque ocurría que *el Percha,* para no moverse de la cama, tenía la costumbre de poner al alcance de la mano, al acostarse, unos cuantos botes vacíos, que volvía a depositar en el suelo a medida que los llenaba.

—Mi mejor amigo.

Eso decía *el Percha,* ya que como siempre que el panadero pasaba a verle por las noches él estaba durmiendo, no había llegado a descubrir la mueca de repugnancia que asomaba a sus labios cada vez que acercaba su rostro al del viejo. Y, como era su mejor amigo, *el Percha* le fue dando a guardar su dinero, a medida que lo reunía, ocho mil ochocientas pesetas, atesoradas una a una.

—Yo podría guardarlo todo debajo del colchón, claro que sí; pero, ¿y si me muero un día de repente, entra cualquiera y echa mano a los cuartos? ¡Entonces sí que me podía despedir del entierro!

En cambio, Braulio le había asegurado que cumpliría sus deseos.

—Es un buen muchacho. No hay más que verle.

No había más que verle. Pero la misma noche en que el panadero se encontró, por fin, tieso a *el Percha* en la cama, en lugar de encaminarse directamente a su trabajo, volvió sobre sus pasos, entró de nuevo en la vivienda, cogió los billetes del viejo y se plantó con ellos en el domicilio del corredor de pisos.

—Con este dinero habrá para pagar el primer plazo de la prima, ¿no?

En realidad, ¿qué le importaba a *el Percha,* ahora que había muerto, que le pasearan en carroza automóvil, o no? Al fin y al cabo, sin enterrarle no lo iban a dejar. En cambio, ¿dónde iba a encontrar Braulio el capital que le pedían de señal por la llave?

—No voy a pasarme la vida metido en una conejera. Yo no vine a Madrid para esto. Uno tiene sus aspiraciones.

Porque Braulio también tenía sus aspiraciones: primero, encontrar piso; luego, si acertaba una quiniela de catorce algún día, instalar una panadería por cuenta propia.

Jugador íntimo

Dos ases. Igual que antes. Tréboles y corazones. Un corazón redondo. Lo de arriba, unas nalgas. Rojas, como de haber apoyado el trasero en un fogón. Un corazón redondo, sin flecha. El de Sarita, puede. No juegues, cariño, no me gusta que juegues. ¿Prometes? Prometo. Han pasado los tres. A ver el cerdo. Una torre de fichas. Todas las de la mesa. Nos pela. Le llegan a la barba. ¿Abre? Vamos, decídete, mamón. Cuento. Toca el fichero. Lo acaricia. Medita. Coge la torre como si fuera a envidar en montón. Seguro que trata de asutarme. Por fin, se ha decidido. ¿Cinco fichas coloradas de las de a cinco duros? Bueno, no es mucho. ¿También la verde? ¡No, la verde no, por favor! La verde. Empuja sus fichas lentamente, con el dorso de la mano. La verde son doscientas cincuenta y las coloradas, ciento veinticinco. ¡El total, venga, el total! Cincuenta y veinticinco, setenta y cinco duros. Si acepto el envite, todavía me queda resto. Con dos ases. ¿Acudo? Con dos ases hay que ver lo que sea. Pero, antes, también los llevaba y me sacudió. Mejor, esperar. Claro que ya que han

venido... ¿Voy o no voy? ¡De prisa! ¡Me observa! No conviene que note. Corazón de Sarita.

—Voy.

Ya no tiene remedio. Me quedan setecientas para aguantar el golpe. Los otros se han tirado. El cerdo y yo, mano a mano. A lo mejor, farol. Un proyecto de *mínima* u otra porquería cualquiera. ¿A dos puntas? Si es a dos puntas, seguro que mete la escalera. Está de potra, el tipo. Lo que más me molesta, los lentes. Deberían prohibir el póker con gafas de sol. Y también esos labios que tiene. Finos y cárdenos. Del Renacimiento. Envenenador o *condottiero.* Ha pedido dos naipes. ¿Pareja o trío? A lo mejor, color, porque el tío confía en su chamba. Mis dos ases. El de corazones me va a quitar el gafe. Las nalgas. Por Sarita. ¡Sarita! ¿Me apoyo o no? Me apoyo. ¿En la puta o en el ocho? En el ocho. El se apoya también, le he calado.

—Dos.

Despacio. Primero, el cigarrillo. Encenderlo sin prisa, guiñar los ojos por el humo y estudiarle con disimulo. No se inmuta. Con todo el dinero de la mesa, ya puede. Deberían prohibir usar lentes oscuros. Pondré cara de póker. El no mueve una ceja. Claro que detrás de las gafas, quién sabe. Deberían prohibirlas. A ver las manos. Inmóviles, blancas y largas. De envenenador. Guardaespaldas de César Borgia. Ahora, te esperas. Voy a pinchar mis cartas. Pero el mirón se va a jorobar esta vez. Las abriré en el nudo de la corbata. Que no pueda saber lo que llevo. Pincharlas muy despacio. Fuera el cigarro. ¡Al suelo! As. Corazón de Sarita. Esta, ya estaba. Barajaré mis naipes y a la corbata. Otra vez el as. Buen augurio. Las nalgas. ¿Darán suerte unas nalgas? Milímetro a milímetro. Que sufra. Y también el mirón. Deberían prohibir los mirones. Gafe. Toda la noche a mi espalda, sin moverse. Despacio, despacio. Una esquinita negra. Puede ser otro as. O una K. Despacio, sin nervios. Una K. No va mal. Habría que cambiar la baraja. Ya no resbala. Grasaza de sus manos, qué asco. Nueva esquina. ¡Qué sea otro as, Dios mío! Cinco

padrenuestros si sale otro as. Como gane, no volveré a jugar. Jurado. El de tréboles. Ese ya le tenía. Las que vienen detrás, son nuevas. *¡Avanti!* Si por lo menos resbalasen un poco... Redondo. ¡Desilusión, no es un as! Bah. Todo el abanico de golpe. ¡Mierda para el mirón! Dos ases, una K, dos ochos. Dobles parejas. A ver él que es lo que hace. ¿Unas gotas de agua tofana para un servidorito? ¡Mira que si ha metido el «ful»! Sin mirones. Así ya se puede. La próxima vez no me quitará a mí el rincón. Pondré una mesa para tomar café. Flanqueado de torres. Señor feudal. Me traeré las gafas también. ¿Has visto mis gafas de verano,Sarita? Ahora me mira por encima de la montura. Controlaré mis gestos. Cara de póker. Inmutable. Debo aparecer inmutable. Pero la taquicardia... La taquicardia no se oye. Distonía. Sedicor y dejar el café y el tabaco. ¿Juega usted? No, no juega, doctor. ¿Verdad que no juegas, cariño? Otra vez con las fichas. Sobándolas. Táctica. Me mira. ¿A los ojos? Los lentes. ¿Me mira? Pues yo a él. Dos gallos. Los naipes en una mano y en la otra las fichas. Cinco mil pesetas, lo menos. Viene a sacarse su jornal. Soy un imbécil por jugar con profesionales. Un comercio de material eléctrico, pero, en el fondo, profesional. Avaro. Harpagon o Monsieur Grandet. Deberían echarle del Centro. Como en los clubs ingleses. Yo pondría la bola negra. Yo. Y también al mirón. ¡Fuera, a la calle! Decídete, cabrito. Por fin. Pasó. ¡No ligó y ha pasado, Sarita! Alivio. La puesta como si ya fuera mía. No está mal. Trescientas veinticinco, más lo del *pot*. Me redondeaba. Ahora, le envido y a tomar vientos. Coser y cantar.

—Mi resto.

Con mis dobles parejas. Así es la vida. En cambio, antes, que había dos mil chuchas sobre tapete, nada. Pero... ¡Ha querido, el tío! Todo el montón al centro. ¿Para qué tanto? Presunción. No hay derecho. Con la escopeta detrás de la mata. Tengo que enseñar mi juego. Vergüenza.

—Dobles de ases ochos.

La taquicardia. Sonríe. Acaba de envenenar a un *dux* por cuenta de Lucrecia. Tan rubia. Con un peplo, un anillo con veneno y sin nalgas. Lucrecia. Sarita. ¡Vamos, muestra las cartas! Todavía podría ser. Al fin y al cabo, unas dobles de ases también cuentan. Me enseña. Trío de qus. Hundido. Se me lleva todo mi resto. Qué horror, y yo sin poderme comprar un vestido. No volveré a jugar. Pero deberían echarle del Centro. A latigazos. ¡Fuera, fuera! Bola negra. Una bolita negra. ¿Quién la habrá puesto? Misterio. El mirón, impasible. Otra bola para él. Barre mis fichas. Manos gelatinosas. Dos repugnantes medusas sobre el tapete verde. El mar. Pero no hay por qué sonreír, idiota. ¿Has ganado? Bueno, pero sin sonreír. Mal educado. Me quedan seis billetes en el bolsillo trasero del pantalón y otro en el del llavero. Para el taxi. ¿Lo pongo? Sí. Todavía puedo recuperarme. Si me nivelo, se acabó. No volveré a jugar al póker. Al dominó. Al mau-mau. Inocentes. ¿Al dominó y al mau-mau no te importa, Sarita?

—Repongo.

Padre nuestro que estás en los cielos... del mal, amén. Lo dicho: si me nivelo, no jugaré más al póker. Promesa. Pero en serio. Que me muera, si no la cumplo. Me toca dar las cartas. ¡Rápido! ¡Corte! ¡Rapido! Quedan trece minutos. Hora fija. Y el pajarraco, en cuanto dé la hora, se pirotea. Ni un minuto más. Va ganando. Si perdiera, sería otra cosa. ¿Qué, echamos otro par de manitas? Pero gana.

—¡Casa, cambio!

Ya está aquí el camarero Medrano. Siempre que le toca a él de Caja, pierdo. Corazón de Sarita. Verás, desde mañana, lo felices que vamos a ser. No volveré a salir por las noches. En la cama, leyendo. No volveré a jugar. He prometido. Pierdo tres mil. Sablearé a Marquitos. Una buena persona. ¿Y por qué juegas, hombre? Ya ves. Te lo devolveré en tres meses. Muy buena persona. En la Facultad, siempre el primeraco. Abogado del Estado. Gran chi-

co. No temas, yo siempre devuelvo el dinero que se me presta. Mis cartas. No volveré a jugar, está dicho. Una salva de extrasístoles. Padre nuestro... No resbalan. Los niños ya estarán acostados. ¿El vaso de leche a Cristina? Una jota. Con calma. Un diez. Una Q. Damas de baraja francesa. Siamesas. Sin nalgas. Con cara melancólica. Un ocho. Con un nueve, aún podría embarcar la escalera. As. Un fastidio tener que esperar otra mano. Impaciente. Cartas a los otros. Sin ilusión. A ver qué ocurre. Le han envidado. Perdió. Me alegro. Que se jorobe. ¡Rápido, cartas! Quedan siete minutos. Ultima ocasión. Sin pincharlas. Deprisa. Un diez. Una jota. Una K. Dos nueves. ¡Mierda! El *condottiero* ha vuelto a ganar. Deberían expulsarle. La hora. ¿Una manita más? Todos de acuerdo. ¡Bárbaro! ¡Otra mano! Todavía podría. Si van todos, ochocientas por cinco, cuatro mil. Aún saldría ganando. ¡Cartas, cartas! Ya están aquí. Dos nueves. ¿Iré con dos nueves? Claro. A lo mejor, hasta meto póker. Ocurre a veces. No me apoyo. Debo profundizar. La gente se suele descartar de los nueves.

—Tres.

Me toca abrir. Poquito. Veinte pavos. ¿Con dos nueves? Sí, sí, hay que mejorar el dinero. Ultima oportunidad.

—Veinte trompos.

Va, va, va, y él también. Todos. Sería un golpe bueno. ¡Sarita! No volveré a jugar. Si me nivelo. Lo he jurado. Y Y aunque no me nivele. Por si se enfada Dios. El colegio. Nunca prometas no hacer un pecado. ¿Es pecado jugar, don Francisco? Desde luego. Séptimo mandamiento. Ese cerdo nos roba, *ergo* peca. Las cartas. ¡«Ful» de nueves! Extrasístoles. Disimular un poco.

—Veinticinco duros.

Quiere, quiere, quiere, ¡y quiere! Los cinco. ¡Viva! Todos tratando de coger el último tren. Para enjugar sus pérdidas. A ver, el envenenador... Ya va a tocar las fichas. ¿Envida? Sí. Ha envidado. Empuja el montonazo.

Te pesqué. Farol. Uno que quiere, otro que quiere, otro que quiere. Ahora yo:

—Quiero.

Llegó mi momento. Triunfalismo. Enseñan los naipes. Trío. Uno menos. Dobles. Otro fuera. Escalera a la Q. Tampoco vale. Falta Monsieur Grandet. Ansiedad. ¿Eh? ¡No es posible! ¡Ha metido color! La puntilla. Y el mirón, sin moverse. Le miraré con cara de cabreo. Que me entienda. ¿Está usted satisfecho? Me han limpiado. Por su culpa. Ahí llega Medrano con el cestillo, a contar y cambiar las fichas. Mis despojos. ¡Cuervos!

—¿Va usted hacia la Plaza Mayor? ¿Me lleva? Gracias.

¡Desde luego, mañana no hay quien me quite a mí el rincón!

Pésame, boda y tocado

Inexplicable que a *mister teacher* el profe de inglés, se le hubiera ocurrido morirse precisamente el día en que contraían Clementina y Teté. ¡Había sido siempre tan considerado, tan antigüillo, tan *polite,* tan plasta! Vamos, que no se comprendía cómo no había caído él en un detalle así. Conformes con que hubiera decidido sepeliarse, pero no en una fecha como aquélla, jo.

(Se deslizó por el estrecho túnel de la cintura del vestido. «Tienes que ir bien, hija mía; no te puedes presentar de cualquier manera en la iglesia. Que vayas hecha siempre una facha, con tus *anoraks,* tus *nikys* y tus pantalones vaqueros, pase; pero, para una boda... Debes hacerte idea de que ya eres una mujer, de que tienes diecisiete años. Yo, a tu edad...» Prejuicios, mesocracia, sociedad de consumo. Y, como corolario, verse ella ahora obligada a salir a la calle disfrazada de sota de copas.)

Al fin y al cabo, Clemen y Teté habían ligado a la sombra de la «Academia London», que dirigía el propio don Miguel. Allí se habían dado el lote, allí se habían hecho novios, y de allí habían salido quince días antes, a encargar el guateque y el pastel de bodas. De forma que, bien mirado, si la discoteca representaba la «prima causa» de aquel petardazo de matrimonio, la academia de idiomas había constituido su «*spray* perfumador ambiental», lo más apropiado para aquella estulta de Clemen.

(Al evocar la imagen de Clementina, se volvieron repentinamente irritados los golpes del cepillo con que había empezado a pasar su cabello.)

Y, por si fuera poco, tener que pasar por la capilla ardiente, vestida como estaba para la ridícula ceremonia. ¡Con la facilidad con que todo se hubiera resuelto si *mister teacher* hubiera retrasado un par de fechas su última hora!

(«—No dejes de entrar en el domicilio de ese pobre señor, a dar el pésame. Te coje de camino.
—Descuida. Serán rendidos los debidos honores a tus convencionalismos socionecrofilomaníacos, mami.»)

Lo sentía por el pobre don Miguel. Porque, desde luego, él no se merecía un contubernio semejante: visitarle, cuando se encontraba de *corpore insepulto,* engaladana como una gusana capitalista.

(«—No captas, *mother.* La alienación te trae ofuscada. Una es una progre, y en cuanto los compas, que están invitados, me avisten camuflada de rancio moaré, aquello va a ser el desmadre.
—Tú sigue mis consejos, que no te pesará.
—De acuerdo. El matriarcado gana».)

¡Y pensar que podía haber sido ella, en lugar de la pera de Clemen, la que se llevase a Teté, cogido de una oreja, al altar! Porque todo empezó en la discoteca. Teté había salido a la pista, con Clemen y con ella, y los tres se dejaban ir por la pendiente, moviendo el esqueleto, envueltos en la música sincopada de un L.P. de Johny Halliday, las pasadas sicodélicas de un reflector-ventilador y un vago olor a grifa procedente de algún rincón oscuro, cuando Teté preguntó, de improviso: «¿Verdad que estoy tremendo?» Allí, allí tuvo ella su oportunidad, su hora H, ya que si en aquel preciso momento hubiera respondido: «¡Dió, pero que tremendo!», sería ella y no la salidilla de Clemen, quien estaría ahora empaquetada en satén blanco y acunando un ramito de azahar, mientras oteaba el horizonte en espera del «gran turismo» con lacito de tul en la antena, que la condujera hasta Teté. Pero fue la peñazo de Clemen la que se adelantó a contestar. El preguntó: «¿Verdad que estoy tremendo?», y Clemen, sacándole una décima de segundo en el *sprint,* replicó con la mirada en blanco: «¡Uf!»; y, a partir de ese instante, Teté ya sólo tuvo ojos para aquella cretina.

> (Titubeó: ¿La estrella de David? ¿La cruz egipcia? «¡Ni se me ocurra! ¡Blasfemia *underground!* La materna, que es el socio capitalista, reclama sus derechos: llevarás el collar de perlas, burguesito y *camp,* que heredé de tu abuela. Auténticas, hija, no como esas cultivadas de ahora, amasadas a lo que salga, como bolas de chicle, sino pescaditas en los mares del Sur por esclavitos malabares. Para asistir a un enlace matrimonial, el aderezo verdaderamente adecuado, ya que son elegantes y serias y, además, hacen juego con el repelente retazo que he decretado que te eches encima».)

¿Y la visita al pobre don Miguel, de cuerpo presente, qué? Aunque a lo mejor, nada, porque estas joyas reaccio-

narias son polivalentes, ya se sabe, fúnebres o frívolas, epitalámicas o solemnes, *según las ocasiones*.

(Una vez apretado el broche, se sentó ante el espejo para colocarse el tocado.)

¡El maldito tocado: una especie de cosa, en forma de corona de lilas, margaritas y no-me-olvides!

(«—Por ahí *sí que no paso*.
—Pero a una boda no se debe ir sin nada a la cabeza.
—Vives en la Alta Edad Media, mami.
—Fíjate que juvenil y gracioso. El único que había.
—Claro. ¿Quién va a sacar a la calle una horterada así?
—Anda, da ese gusto a tu madre.
—*No more,* me niego.
—Pero...
—Corta el rollo. Yo no me pongo eso aunque me fusilen.»)

Sino que, tras una hora de joriplosta, el dirigismo se impuso de nuevo. Y ahora, coronada de flores, se sentía lúgubre y estúpida, como la Ofelia aquella que sacaron en la televisión.

(«¡Idea! ¡Bombilla! Se me acaba de ocurrir una astuta maniobra estratégica: me pongo el tocado; me da el visto bueno la materna, y, al volver la esquina —sólo hasta la esquina, por si ella se asoma a ver a su pimpollo y embriagarse de orgullo maternal—, me lo quito y lo guardo en el bolso.»)

Ah, el bolso.

(Tomó el monedero; introdujo en él un paque-

te de cigarrillos negros, un frasco de desodorante, un pañuelo y una antigua foto de la Academia donde aparecía Teté, por si había que rememorar tiempos pretéritos.)

Lista.

(«¡Pobre don Miguel! ¡Qué dirá él, siempre tan comprensivo con los jóvenes, cuando vea la sombra de mí misma en que me ha convertido el totalitarismo materno de viuda-inconsolable-que-lleva-de-luto-hasta-el-cruzado-mágico.

—*Good bye,* mami.

—Hasta luego, hijita. No olvides lo del pésame.

—No pases cuidado.

—Vas, pero que preciosa. Que te diviertas mucho. Y no vueltas tarde.»)

¡Divertirse! ¡Sí, sí! Vestida de derechas, teniendo que visitar al *teacher,* muertecito, el pobre, para asistir a continuación al sacrificio de Teté. Porque no se hiciera éste ilusiones, que Clemen no era la compañera que le convenía. ¡Ni mucho menos! Teté necesitaba una chica inconformista, contestataria, «in», no una larva hogareña, roreada de tresillos, electrodomésticos y niños, incapaz de recorrer de bar en bar, junto a su maridito, el sendero de la guerra, e incluso, si llegaba el caso y les acometía a ambos la angustia existencial, de ingerir un tubo de barbitúricos en su compañía. Un tipo-Humphrey Bogart, Teté. ¡Y que no estaba bueno, el tío, con sus ojos desdeñosos y grises y su modo de deslizar entre los dientes la fonética anglosajona! Cuando se ponía en pie y apoyaba los puños sobre la superficie del pupitre, desabrochado el cuello, el diente de jabalí colgado sobre el esternón y una rueda de timón estampada en el pecho de su camiseta de manga corta, parecía un capitán corsario que se hubiera echado a la mar a hundir galeones de la *Spain* imperial, *diferent*

y retrógrada. Y, sin embargo, mañana salía en luna de miel con la hermafrodita de Clemen, para recalar, un par de semanas más tarde, en Glasgow, recién licenciado de la mili y jefazo ya de la sucursal de «Tomatoes Limited» de su padre. Un sueño que ella hubiera visto convertido en realidad, simplemente con haberse anticipado en la respuesta media décima de segundo a la otra. ¡Asco de vida!

Como no se encontraba habituada a aquel tipo de atuendo anti-lumpem, avanzaba, completamente acomplejada, a lo largo de la acera, convencida de que todas las miradas se fijaban en ella. Como que, para no sentir más intensamente el bochorno, ni siquiera contemplaba, al pasar, su imagen, reflejada en la luna de los escapartes. El tocado no había cabido en el bolso —«¡también es mala pe!»—, por lo que lo llevaba cogido de un dedo, balanceándolo al andar. Lo único que le reconfortaba en aquellos momentos, era imaginarse la escena: Clemen, con gafas gordas, tricotona y aburrida, y Teté, dedicado al bostezo, en un sillón de orejas y con *The Times* en las manos. «¡Pobre Teté! Ah, ¡y pobre don Miguel, también!» ¿Cuál era el número de la casa? Ya recordaba: el 44.

...38, 40, 42, 44. Media puerta cerrada, parche en el ojo izquierdo de un corsario. ¿El corsario Teté? No, ella no deseaba que perdiera ninguno, aunque destinase los dos a ver cómo engordaba Clemen en la paz cotidiana y se ponía poco a poco como una vaca. Al pie de la escalera, una mesa con pliegos de luto y una bandeja para las tarjetas, dobladas en un ángulo —«más convencionalismos burgueses»— ¿Debería firmar también ella? No, las mujeres no; si acaso, mesarse los cabellos, arañarse el rostro, plañir. ¿Qué piso? Sólo había subido en una ocasión al domicilio del profe. El día del tomate. ¡Y menudo tomate! ¡De los que expendía el padre de Teté en las Islas Británicas, a penique unidad! Aunque, la verdad, no era para tanto, tampoco. Una mano alevosa había dibujado con ti-

za, en la pizarra, los perfiles de Clemen y Teté, unidos en un beso. Y don Miguel: «Yo soy muy comprensivo con la juventud, pero esas cosas... La «Academia London» que me honro en regentar... En resumen, que los *graffitti,* sean de la índole que sean, están aquí de más.»

Alcanzó un descansillo lleno de gente. Desde la puerta abierta le invitaron a entrar.

—Pase, pase.

Una vez en el piso, alguien le preguntó:

—¿Quiere usted verle?

Ella dijo que sí.

—Siga adelante, hasta el final del pasillo.

De acuerdo, pero no con el tocado en la mano. Las lilas, margaritas y no-me-olvides quedaban allí fuera de situación; de forma que decidió colgar en el perchero el tocado, antes de entrar a visitar a don Miguel. ¡Qué pena, tan amarillito! Por lo demás, parecía como si todavía estuviese vivo. Incluso, en su rostro, perduraba aquel gesto, como de disculpa, que ponía, especialmente cuando se dirigía a las alumnas. Como si dijera: «No me lo tome en cuenta, señorita, pero no tengo más remedio que pedirle el presente del verbo *to be.* De veras, no tengo otro remedio, lo siento». Tan pulcro, tan antigüillo, tan *polite,* con su corbatita y sus zapatos acabados de abrillantar. Una verdadera monada de anciano. Como será Teté dentro de sesenta años.

Se arrodilló frente al ataúd, mientras una lágrima descendía por su mejilla. Había varias coronas en el suelo, con cintas de esas de «no te olvidan». ¿Quién podría olvidar al pobre don Miguel? Siempre con las manos cruzadas sobre el pecho, como ahora, mientras Clemen y Teté se enviaban cartitas y rollos de banca a banca. «¡Alto! Pero, ¿qué hace ese loco? ¡Oiga, no! ¿No sabe distinguir un tocado de una corona fúnebre?» Nada. El de la funeraria había entrado de puntillas, había depositado las lilas, margaritas y no-me-olvides a los pies del difunto y se había vuelto a largar. «¿Y qué hago yo ahora? ¿Decir: «Dis-

pense don Miguel ,pero se trata de un *ukase* de mi materna. Se empeña en que me ponga eso en la cabeza», y recoger mis flores? ¿O dejarlas para toda la eternidad donde están?»

Pues, ¿qué iba a hacer? Dejarlas donde estaban. Casi podía oír a *Mister teacher* diciéndole: «Es usted muy amable, señorita. Ha tenido un detalle verdaderamente delicado. Conservaré sus flores hasta el día del Juicio Final.» Imposible, imposible arrebatárselas. Preferible santiguarse y salir. «Adiós, don Miguel.» Se dirigió a la puerta; desde allí lanzó una última mirada, en la que abarcó por iguales partes, al profe y al tocado, y abandonó la casa.

Luego, mientras reanudaba su marcha hacia la iglesia, pensó: «Mi materna no se lo va a tragar. Aunque se lo jure. Teté, en cambio, se lo hubiera creído, pero no Clemen. Desde luego, no es la compañera indicada para él...»

Confesión de un inválido

—No se haga usted ilusiones, señor cura, que adivino a lo que ha venido. Sí, aunque, al presentarse, haya usted encendido, en la misma puerta de la calle, una traca de palabras risueñas, de ademanes joviales, de saludos de aquí no pasa nada, como para dar a entender que se le ocurrió de repente la idea de subir a visitarme. Mis hermanas; ellas le convencieron, ¿verdad? «Hecho un ovillo, el pobre. Literalmente, un ovillo. Figúrese, cuarenta y un años en su silla de ruedas; cuarenta y un años, día tras día, se dice pronto, mientras se le engarfiaban paulatinamente los dedos y se le desencajaban, milímetro a milímemetro, huesos, coyunturas y tendones, hasta dejarle convertido en lo que es actualmente, un tronco de olivo, retorcido y nudoso. Pero parece que se acerca a la meta, el fin de su calvario. Al menos, el especialista ya no le concede más de dos semanas de vida. Ahí tiene la razón por la que nos decidimos a dar este paso. Al fin y al cabo, si le hemos consagrado nuestra existencia —ya ve, incluso hemos permanecido ambas solteras para no encontrarnos algún día ante la necesidad de abandonarle—, es nautral

que sigamos velando por él, y ahora más que nunca. En una palabra, ¿querría usted pasar por nuestro domicilio a confesarle? Pero que él no sospeche nada, por favor. Ya ha sufrido bastante, para amargarle también sus últimos momentos. Aunque, en realidad, ¿qué pecados puede haber cometido una criatura que no se ha movido de un sillón casi desde que era un muchacho?»

Sentiría desilusionarle, señor cura. Es usted muy joven y, sin duda, conoce muy poco el corazón humano, aunque seguramente opine en su interior otra cosa. Por eso lamento verme obligado a escandalizarle, a empañar su fe, de seminarista nueva ola, en la Humanidad. Un sillón de inválido no representa ninguna garantía de resignación y santidad. En todos los hombres —y yo, aunque pueda parecer otra cosa, todavía me considero una persona— anida de algún modo alguno de los siete cuervos capitales, y el mío, mi cuervo, mi pecado, es el odio. Créame, señor cura: estoy lleno de odio, de violencia, de rencor. Mi habitación no es el santuario de un mártir, sino una cheka para los placeres refinados de un sádico. No se deje engañar por mi beatífica sonrisa, provocada por los tirones de los músculos. Mi verdadero rostro, ese que no se ve —también los demás ocultan el suyo—, ofrece un gesto terrorífico, una mueca implacable de dios fenicio. ¡Qué más quisiera yo que tantas frustraciones, incapacidades y sufrimientos hubieran esculpido, en mi cara que no se ve, la máscara radiante de la serenidad conquistada! Pero eso era imposible, señor cura, puesto que soy un monstruo, una especie de Quasimodo, sino que desprovisto de toda partícula de amor.

Desde ese balcón —asome, asómese— veo pasar la gente. Es la única distracción que me queda, contemplar el ir y venir de las personas. Antes, podía disfrutar de ese espectáculo directamente; ahora, como tengo la cabeza torcida, con ayuda del espejo que mis hermanas han colocado ahí. Leí —cuando leía— que las prostitutas de Amsterdam atisban desde su ventana a los transeúntes

por medio de un retrovisor semejante. Pero yo no observo a la gente por el placer de verla, como mis dos hermanas solteronas. Ellas no tienen que vengarse y yo sí. Vengarme; destruir; impartir la muerte desde mi solio de dios fenicio; hacer justicia.

Usted no sabe, claro, la capacidad de destrucción que cabe en una mente humana cuando, al cabo de un prolongado aprendizaje, uno acierta a plegarla a su voluntad y logra concentrar sus potencias sobre un deseo, como si se tratara de quemar un papel con una lupa. El deseo de matar, en mi caso: el crimen perfecto. No sé, ya he perdido la cuenta, el número de muescas que llevo en la culata de mi revólver. He trabajado, por así decirlo, a destajo. Sí, sí, desde aquí mismo, sin moverme de la silla. Jóvenes, sobre todo. Al principio, mis delitos no pasaban de ser simples homicidios platónicos, ¿cómo lo diría yo?, de intención; hasta que poco a poco, con la tenacidad de un solitario que tenía todo el tiempo por delante, aprendí a enfocar el cristal de aumento sobre un punto, a base de rechazar de mi cerebro cualquier solicitación extrapolada que tratase de penetrar en él.

La serie —la de mis crímenes, quiero decir— la encabezó un estúpido joven, que, todas las noches a la misma hora, venía a recalar, del brazo de su novia, en ese portal. Asome, asómese. Era tan injusto, compréndalo, que él acudiera ahí cada tarde, restallando de elasticidad y alegría, mientras yo... En resumen, que deseé su muerte con tanta intensidad, que creo que vibraba, al hacerlo, como un cable de alta tensión. Pero conseguí mi propósito; por fin lo conseguí. Con la chica, desde luego, no pude, ya que aún no he logrado hacer actuar a mi mente sobre dos objetivos a la vez, y después, no entiendo por qué, no he vuelto a verla; pero el principal se había alcanzado. Fueron mis hermanas quienes me comunicaron la noticia: «¿Recuerdas el muchachito aquel que le hablaba a la vecina de enfrente? Sí, hombre, seguro que sabes quién era. Pues, fíjate, anoche encontraron su cadáver en el ascensor. Hablan

de una descarga eléctrica en el tablero de botones, cuando subía hacia su casa. ¡Pobre chico, tan joven!» ¡Tan joven, tan alegre, provisto de una vitalidad tan descarada e insultante! Luego, la cosa se hizo cada vez más sencilla, ya que llegué a manejar el arma rápido como un rayo; eso es, lo mismo que un vaquero de telefilme del Oeste. Me bastaba escoger la víctima y disparar. En alguna ocasión, hasta les he dejado tendidos sobre la misma acera.

Desde el espejo veo su rostro, señor cura, y, en él, una punta de sonrisa condescendiente, como si mi relato no pasara de ser una fantasía de ciencia-ficción, la lucubración de un introvertido que jamás ha salido de este cuarto. Pues se equivoca —aunque, con un código de teología moral en la mano, el pecado sería el mismo, ¿no es eso?—. Digo que se equivoca, señor cura; yo le puedo jurar que cuanto acaba de escuchar es absolutamente cierto. Y a todo esto, ¿a qué vienen esas renuencias? Vivimos en un mundo tan brutal que nadie debería sorprenderse ya de nada. Si la violencia satura el ambiente, ¿por qué yo no iba a cristalizar también en violencia? La agresividad nos ha anegado a todos, poniéndonos a un mismo nivel, como ocurre con los vasos comunicantes. Pero no se deje engañar por el tópico, que no se trata de la ley de la selva, sino la del pantano, la del paramecio y la ameba, mucho más temible que aquélla en su microscópica indiferencia por la existencia ajena.

Desde la pequeña pantalla, ¿no contempla a diario espectáculos que deberían estremecerle y, sin embargo, le dejan impasible? Millones de seres conducidos al patíbulo de la consunción y el hambre; aviones que destruyen vidas humanas con la fría eficacia con que lo hará, seguramente, un antibiótico con las de los gérmenes patógenos; maniobras económicas que aplastan países enteros, a cambio de unos decimales en los dividendos del capital; terrorismo; metralleta; crimen sindicado; sangre, sudor y lágrimas... Diga, ¿qué pueden significar unos cuantos cadáveres ante semejante hecatombe? Aparte de que el ser

humano no resulta tampoco excesivamente digno de compasión. ¿Un saco de excrementos, un bípedo estercolador, compelido por el sexo y el ansia de destrucción y de poder? Bah.

Usted quizá esperara entrevistarse con el perfecto enfermo misionero y se encuentra con un asesino. No, no he convertido mi enfermedad en vía purgativa, en ascesis, sino en... Pero, ¿es enteramente mía la culpa? Desmitificación y tecnología: los dos grandes orgullos de nuestra hora, pero nadie se preocupa de devolverme a mí la esperanza que me escamotearon. ¿O cree usted que para un condenado a muerte como yo, representa algo la llegada del hombre a la Luna? ¿O conceptos como libertad y democracia? ¿O saber que alguien se dedica, lente de relojero al ojo, a montar pieza por pieza la maquinaria de felicidad para una Humanidad abstracta? Cristo, el Sermón de la montaña: esa, esa hubiera sido mi puerta de escape si el relativismo, si la bárbara ciencia positiva no se hubieran entretenido en fumigar, por entre los versículos del Evangelio, la incertidumbre, el escepticismo, la duda.

No me han dejado otra alternativa: destruir, única satisfacción que me quedaba. Y el caso es que no me arrepiento de nada. De cara al vacío y, ya ve, no me pesan en absoluto sobre la conciencia los cadáveres que he ido dejando atrás. Y si opina usted todavía que sólo están muertos en mi imaginación, mejor para usted... y peor para mí, puesto que, si fuera verdad que no he matado a nadie, habría perdido cuarenta años de mi vida en este sillón.

Garabito

Llegó la gente del cine. Apareció con autobuses y remolques, soles y cables, asientos con respaldo de lona, claquetas, cámaras y megáfonos, y la aldea, habitualmente silenciosa, se vio invadida de repente por unos seres extraños y ruidosos que parecían haber caído allí procedentes de otro planeta. Era un pueblo de pescadores, un pequeño rincón junto al mar, donde sesenta y siete vecinos vivían su oscura existencia cotidiana, yendo y viniendo por las únicas cuatro o cinco calles empinadas, con olor a salitre y geranios, que había; saliendo de las mismas casas, bañadas de sol y de cal, y saludando al pasar a los mismos viejos, los únicos que no habían emigrado, que remendaban siempre las mismas redes, sentados en el suelo, con los pies descalzos, la boina sobre la nariz y los ojos en sombra. La flota pesquera —una traíña, tres marrajeras y siete botes de luces— cabeceaba al abrigo de la bahía, no porque el tiempo no fuese bonancible en el Estrecho, sino debido a que *mister* Edwards, de la American Pictures Corporation, director de la producción, tras ocupar militarmente el poblado, había empezado a reclamar para sí,

pago en dólares, todo lo que pudiera ser utilizado en la cinta, tanto los tristes paisajes de esparto, palmitos y pitas, que se extendían alrededor, como los barcos, tripulación incluida, que intervendrían también en un par de secuencias. Se trataba de filmar una película de contrabandistas y en el guión había una escena que figuraba el desembarco de un alijo. Decía:

> «Mar exterior amanecer.
> P. G. De una embarcación aproximándose a la costa.
> P. G. De la misma embarcación, embarrancada en un banco de arena, a poca distancia del litoral.
> P. M. De una hilera de hombres, cargados de sacos, que se encaminaban hacia la playa, con los pies hundidos en el agua.
> Jackson.—Vamos, rápido, rápido.
> P. G. de una patrulla de carabineros españoles, que presencian la operación escondidos tras unas peñas.
> Carabinero.—Ahí están.
> Etcétera.»

Mister Hallan, ayudante de dirección, convocó en la Plaza Mayor a los veintitrés pescadores que quedaban en el pueblo, con el fin de elegir entre ellos a los ocho o nueve extras que se necesitaban. El director le había ordenado:

—Escójame usted unos cuantos tipos de aspecto duro. Ya sabe, gente patibularia, mal encarada, bronca.

Sólo que *mister* Hallan no pudo llevar a cabo el encargo, ya que, entre los veintitrés rostros que se alinearon frente a él, no encontró uno solo que no fuese la viva imagen de la resignación, la docilidad y la paciencia.

—Usted, acérquese —decía, y el marinero a quien había señalado adelantaba un paso al frente—. A ver, mí-

reme fijamente a los ojos. ¡Pero no con esa expresión de cordero, hombre! Míreme con odio contenido, como si estuviera haciendo esfuerzos por dominarse para no estrangularme. No, no es eso. ¿Es que nunca ha sentido usted el deseo de rebanarle a alguien la nuez? Pues imagínese que soy yo esa persona. —Mas, a pesar de todo, *mister* Hallan encontraba tan poca hiel en aquella mirada, que acababa por desistir, desalentado—. Bueno, déjelo. Es lo mismo.

¿Qué culpa tenían ellos de no saber odiar? Se pasaban el día en el mar, fondeando y cobrando los artes, y luego, al regreso, se juntaban en la taberna, a beber vino. En toda su vida no habían hecho otra cosa.

Por fin, el ayudante dio por terminada la revista. Dijo:

—Esperen aquí, por favor.

Y se alejó, desesperado, dejando en la plaza a los marineros, que formaron inmediatamente un corrillo, observando de soslayo, mientras se daban entre sí con el codo, a la estrella del filme, una mujer lánguida y rubia que se paseaba, arriba y abajo, por la acera, completamente sola, con la mirada ausente, como si nada de cuanto aparecía ante sus ojos fuese merecedor de su atención. Pero como, para los pescadores, una mujer así constituía un sueño demasiado imposible, en seguida prescindieron de ella y se pusieron a charlar del único asunto que verdaderamente les interesaba en aquellos instantes, su participación en la película. Les habían prometido cuatrocientas pesetas por individuo y hora de trabajo, y se complacían en repetir una y otra vez esta cifra, cuya simple enunciación les causaba un raro placer. Ellos, cuando había suerte y volvían a tierra con diez o doce cajas de sardina o bonito después de una noche de faena, se consideraban realmente afortunados si podían partir a sesenta duros por cabeza; y, sin embargo, aparecía de pronto aquella gente y les ponía un capital en las manos; y, además, por nada, por una tontería como acercar una traíña a la playa, desembarcar un cargamento y desfilar con él, metidos en el agua hasta

media pierna, por delante del objetivo. Si lo que les pidiesen fuera que aguantaran un tornado en alta mar, todavía; pero pagar cuatro billetes por cráneo sólo por pasar en fila india ante una máquina de retratar, era como regalarle a uno el dinero.

Mister Hallan explicó al director lo ocurrido, y éste, sin conceder demasiada importancia al asunto, repuso:

—No se preocupe, Hallan. Ya nos arreglaremos.

Mister Edwards era un veterano del cine. Contaba con siete películas policíacas, una de espionaje y tres *westerns* en su hoja de servicios, y el hecho de improvisar unos cuantos *extras,* para quien, como él, había movido grandes masas de pieles rojas y soldados alrededor de un fuerte, no constituía ningún problema. Para algo había anunciado a los periodistas, a raíz de proyectarse, en sesión de estreno, su «Caballo Loco ataca», que, si se lo proponía, era él capaz de convertir en actor a una estatua. Por esta causa, dio de lado el problema y se dirigió, en compañía de su ayudante, a inspeccionar el pueblo, a caza de escenarios, decorados y encuadres.

Al pasar por el muelle, *mister* Edwars se detuvo a observar una grúa enclavada en el malecón. La contempló durante un rato, en silencio; luego, dijo:

—Muy interesante. —Y se pellizcó meditativamente la barbilla—. Mucho.

La grúa, un gigantesco armazón de hierros oxidados, había sido instalada allí por razones militares durante la guerra, sin que hubiera vuelto a ser utilizada desde entonces. Preguntó el director.

—Oiga, Hallan, ¿qué altura le calcula usted a esa chatarra?

—Unos sesenta pies.

Mister Edwars asintió con un gesto y continuó abstraído. Al cabo de un minuto, dijo, pero hablando consigo mismo:

—Sesenta. Puede que, incluso, más.

Y de nuevo se sumió en sus meditaciones, puesto que

desde hacía diez minutos estaba dándole vueltas a la misma idea, una de aquellas felices inspiraciones que le habían hecho famoso en el mundillo cinematográfico de Hollywood. Por fin, se decidió a explicar:

—¿Sabe, Hallan? He decidido modificar por completo la escena de la fuga.

Sí. Eso era lo que acababa de decidir, precisamente. La forma en que el guionista había concebido la secuencia no terminaba de convencerle. Al fin y al cabo, se trataba de la escena clave de la película, y había que resolverla de un modo menos frío y convencional, más aparatoso y dinámico. Algo capaz de encoger el ánimo de los espectadores. La situación, según aparecía en el guión actualmente, resultaba demasiado vista. Jackson, el jefe de la banda de contrabandistas, había sido descubierto y emprendía la huída hacia el puerto; allí, parapetándose detrás de unos cajones apilados, cruzaba unos disparos con sus perseguidores y, a continuación, saltaba al mar para ganar a nado la motora, pilotada por Mae, la pelirroja.

—¿Comprende? Voy a hacer que Jackson, el protagonista, al verse acorralado, intente escapar escalando la grúa hasta arriba y arrojándose al agua desde allí.

Observó el ayudante:

—Pero Caril se negará en redondo a correr ese riesgo.

Claro que se negaría, ya lo sabía *mister* Edwars. El director era un veterano del cine y no ignoraba que, en cuanto a los astros de la pantalla se les sube la fama a la cabeza, se vuelven pusilánimes y egoístas. Se negaría, ¿y qué? Para eso existen los dobles.

—Encárguese de localizar un tipo que se encuentre dispuesto a hacerlo. Ofrezca lo que sea necesario, pero tráigamelo.

—De acuerdo.

El ayudante regresó a la plaza e interrogó a los pescadores.

—Hay poca profundidad por esa parte —respondie-

ron ellos—. Lo más seguro es que si alguien se tirase allí, se rompiera la cabeza contra el fondo.

—El trabajo lo pagaremos bien.

—¿Como cuánto?

—Sesenta mil pesetas, seguro de accidentes aparte.

Los marinos se sintieron desvanecer. Con doce mil duros, una cantidad que no habían visto junta en su vida, podían mandarse construir un barco nuevo, comprar una casa, entrar en sociedad con algún armador. Como para emborracharse soñando. Pero todos tenían familia.

—Es demasiado peligroso, mire.

Uno dijo:

—La única persona capaz de hacerlo sería Garabito...

...que en aquellos instantes se encontraba a dos kilómetros de la Plaza Mayor, en pleno campo, ajeno a todo lo que sucedía en el pueblo, completamente solo, tendido boca arriba en el suelo, con una greña sobre los ojos, una espiga en la boca y las manos bajo la nuca. Después de lo que había ocurrido con la rubia, que nadie le hablase a él de los cineastas. Porque él tenía su amor propio como cualquiera, y a él no había quien le avasallase, ni estaba dispuesto a consentir que una mujer, por muy artista que fuese, le mirara por encima del hombro.

—¡Pero que ni hablar de ello, vamos!

Durante toda la mañana, concretamente desde que Garabito vio descender de su automóvil a la estrella de la película, el muchacho no había hecho otra cosa que tratar de llamar su atención, pasándole una y otra vez por delante, con las manos en los bolsillos y silbando.

—Ahí tiene que haber plan —se había dicho, porque el aspecto de la rubia no dejaba lugar a dudas, a su juicio.

Garabito presumía de ligón. Sus éxitos con las mujeers le tenían envanecido. Cada vez que se dejaba caer por los bailes de los pueblos vecinos, siempre volvía al suyo con alguna historia que contar; por eso solía acercarse a las mujeres investido de aquel aire de seguridad en sí mismo, aplomo, superioridad y dominio que había

adoptado ante la estrella. Pero, con ésta, fracasó por completo desde el principio; no era que le hubiese mirado de pasada y hubiera vuelto los ojos a otra parte, que con eso se hubiera conformado Garabito, sino que al cabo de una hora de rondar a su alrededor, hubo de confesarse que ni siquiera había reparado en él, como si Garabito no hubiera estado allí o, peor todavía, como si nunca hubiese existido.

—Pero, ¡venga ya! ¿Qué se habrá creído la tipa? —dijo, y, con las mismas, le volvió ostensiblemente la espalda, cogió el camino hacia las afueras y se quitó de en medio.

Garabito tenía veinticinco años. Era cetrino, espigado, caprichoso e individualista; poseía un temperamento vanidoso, y se picaba con facilidad. Sabía poner inyecciones y entendía de motores, esas cosas que llamaba la gente «hacer garabos», de donde le había venido el apodo. Garabito no se dedicaba a la pesca, sino que era dueño de una taberna y una barbería, aunque, como no le gustaba someterse a ninguna clase de horario, abría y cerraba sus establecimientos, como él decía, cuando le daba la real gana; porque a veces, como le ocurría en aquellos momentos, le invadía una extraña sensación de decaimiento, un estado peculiar de desgana, lo que él denominaba «la flojera», que le obligaba a abandonar lo que estuviese haciendo; y, en esas ocasiones, lo único que le apetecía era tenderse boca arriba, al aire libre, durante horas enteras, sin pensar absolutamente en nada.

Aparte de su fama de conquistador, el verdadero orgullo de Garabito lo constituía su habilidad para lanzarse al agua desde el acantilado del Recinto, doce metros de roca, cortada a pico, cuya hazaña nadie había sido capaz, hasta entonces, de igualar.

Dijo *mister* Hallan:

—Que vayan a llamarlo.

El marinero que echó a correr con el encargo encontró

a Garabito tumbado en el suelo y le participó lo que sucedía.

—Pues que venga él a verme, si quiere, porque lo que es yo, no pienso moverme de aquí —repuso el barbero, y el otro regresó con el parte, y *mister* Hallan tuvo que resignarse a montar en el *jeep* e ir a tratar personalmente el asunto con el doble. Garabito escuchó la propuesta en silencio, sin cambiar de postura, con gesto indolente y la mirada perdida en el vacío.

—Poco dinero —laconizó.

—¿Cuál es su contraoferta?

—Veinte mil duros.

Mister Hallan era un tipo dinámico. No le gustaba discutir.

—Conforme —dijo, e inmediatamente condujo a Garabito a presencia de *mister* Edwars. Este mandó avisar a Ciril, el actor que había de encarnar al protagonista del filme, y, cuando lo tuvo delante, comparó al astro y a su doble con una rápida ojeada.

—Vale —dictaminó—. Que empiecen a maquillarle. Utilizando los dos el mismo traje, nadie se percatará de la sustitución.

Garabito cogió la onda:

—Oiga, oiga —dijo—. Vamos a ver si nos entendemos. ¿Quién es el que va a salir en la película, ese señor o yo?

Repuso *mister* Hallan, con una sonrisa condescendiente:

—El, por supuesto. El trabajo de usted consiste en reemplazarle durante la escena de la grúa.

Ah, vamos. Comprendido. El que se arriesgaba a romperse la crisma sería Garabito, pero quien se llevaba la gloria, el otro. Pues ni hablar de eso. Si el tipo quería fardar, no sería a su costa, desde luego.

—Entonces, no hay nada de lo dicho.

El director le observó con perplejidad.

—Pero, ¿qué diablos le sucede ahora? —inquirió.

Nada. No le ocurría nada, sino que no le daba la gana de saltar. Sencillamente, eso.

Medió, funcional y positivo, *mister* Hallan.

—Doscientas mil pesetas.

Ciril, el astro, se sintió irónico.

—A lo mejor, es que tiene miedo —dijo.

Por toda respuesta, Garabito le miro fríamente. ¿Miedo? Pero, ¿qué clase de individuo había creído el otro que era él? «¡Capaz de tirarme de la grúa y de partirle a usted la cara!» Bah, no valía la pena de tomarse la molestia de armar gresca.

El ayudante pujó de nuevo, casi con angustia, histéricamente:

—¡Trescientas mil!

Pero Garabito no se preocupó de responder, sino que puso las manos en los bolsillos y se apartó de allí con paso indolente y silbando. Había dicho su última palabra y ni por medio millón se volvería atrás.

Desapareció la gente del cine, con sus remolques, sus megáfonos y sus focos, y la vida en el pueblo volvió paulatinamente a su cauce, y, dos o tres semanas más tarde, todo aquel asunto de la película, el alijo y el salto había pasado para siempre a la historia. La única persona que no había olvidado lo ocurrido, Garabito; la prueba de ello fue que, una noche, sin que viniera a cuento, puesto que nadie se acordaba ya de nada, anunció, de pronto, en la taberna, para que la noticia se extendiese a toda velocidad por la población:

—Mañana me tiro.

Porque sí, porque le daba la real gana, porque se le había puesto de repente hacerlo, porque tenía ese carácter. No había querido intentar la proeza cuando le ofrecían trescientas mil pesetas y, en cambio, ahora iba a realizarla por nada.

Al otro día, como había prometido, Garabito se en-

caminó hacia el muelle, seguido por todo el vecindario; trepó a lo alto de la grúa; dijo, desde arriba: «Allá voy», y se lanzó al agua, con los brazos abiertos, el pecho fuera, la cabeza erguida y una greña sobre los ojos: como un auténtico campeón de Olimpiada.

Indice

La barba ... 11
Una isla para dos ... 19
El avión ... 25
Fe ... 29
Tres mundos ... 33
Cacería prehistórica ... 37
El último de Filipinas ... 41
El senador tiene un problema ... 51
Un alto en la procesión ... 55
Seis en un tren ... 59
Temporal de Levante ... 63
Regreso ... 69
Poeta sin parque ... 73
Sesión de espiritismo ... 79
El héroe y la vieja ... 87
Sólo quedaba uno ... 93
Defensa de oficio ... 99
Profesión: pobre ... 105
En la tela de araña ... 111
«Hippies» ... 117
Por la calle ... 125
Dos en el probador ... 131

Juan sin historia 137
Revelación 145
Todo en una hora 149
Juzgado de paz 157
Proyecto de contrato 165
Entierro de primera 171
Jugador íntimo 175
Pésame, boda y tocado 181
Confesión de un inválido 189
Garabito 195

TITULOS PUBLICADOS

1. Eduardo Barrenechea: *Los nuevos Pirineos.*
2. Antonio Sánchez Gijón: *El camino hacia Europa.*
3. Julio Caro Baroja: *Algunos mitos españoles.*
4. Elena Quiroga: *La careta.*
5. José María Eça de Queiroz: *El conde Abraños.*
6. Ezequiel G. Díaz Llanos: *Portugal en la encrucijada.*
7. Héctor Vázquez-Azpiri: *Corrido de Vale Otero.*
8. Fernando Quiñónez: *De Cádiz y sus cantes.*
9. Pablo Corbalán: *La poesía surrealista en España.*
10. José María de Quinto: *Relatos.*
11. Voltaire: *El ingenuo.*
12. Benjamín Jarnés: *Cita de ensueños.*
13. Elías Amégaza: *Enrique Quarto.*
14. Andrés Sorel: «*Free on board Carolina*».
15. Daniel Sueiro: *El ciudadano de las manos, o de cómo progresar en los preparativos del amor sin producir averías en la delicada ropa interior.*
16. Ciro Bayo: *Con Dorregaray.*
17. Emilio Orozco Díaz: *Paisajes y sentimiento de la Naturaleza en la poesía española.*
18. Nino Quevedo: *Las cuatro estaciones.*
19. Claudio Sánchez Albornoz: *Vascos y navarros en su primera historia.*

20. José Bergamín: *Mangas y capirotes.*
21. Esteban Torre: *Averroes y la ciencia médica.*
22. Bertrand de Jouvenel: *El principado.*
23. Voltaire: *Ensayo sobre la tolerancia.*
24. Andrés Sorell: *Castilla como agonía.*
25. José M. Moreiro: *Galicia, andadura de una tierra sin fronteras.*
26. Pedro Antonio de Alarcón: *Diario de un testigo de la guerra de Africa.*
27. Mario de Coca: *Anticaballero.*
28. *Pensamiento socialista español a comienzos de siglo.*
29. Ramón Gómez de la Serna: *El Chalet de las Rosas.*
30. Antonio Ferres: *En los claros ojos de John.*
31. Laurence Sterne: *Tristram Shandy.*
32. Francisco Ayala: *El escritor y el cine.*
33. Ramiro Pinilla: *¡Recuerda, oh, recuerda!*
34. Juan Maldonado: *La revolución comunera.*
35. Aquilino Duque: *La Historia de Sally Gray.*
36. Evaristo López de la Viesca: *Sombra, penumbra y luz en la Extremadura.*
37. Eduardo Chamorro: *El zorro enterrando a su abuela debajo del arbusto.*
38. Alonso Zamora Vicente: *El mundo puede ser nuestro.*
39. Eduardo Tijeras: *Bajo Guadalquivir.*
40. Luis Núñez Ladeveze: *Utopía y realidad.*
41. Ignacio Sánchez Mejías: *Teatro.*
42. José Fernando Dicenta: *La Santa Bohemia.*
43. Eduardo Blanco-Amor: *La catedral y el niño.*
44. Manuel Alonso Alcalde: *El hecho de vivir.*

SERIES DEL CENTRO

LITERATURA	Trébol rojo
ARTE	Trébol azul
CIENCIAS HUMANAS	Trébol violeta
CIENCIAS TECNICAS	Trébol amarillo
ENSAYO	Trébol verde

En *El hecho de vivir,* libro de rara originalidad,
Manuel Alonso Alcalde, veterano autor de relatos breves,
acierta a situar los que integran el presente volumen
en una dimensión inhabitual, equidistante
entre el realismo más exacerbado
y la más delicuescente fantasía.
Los personajes de Alonso Alcalde,
vistos con penetración psicológica de agudo observador,
aparecen moviéndose en este mundo nuestro,
despiadado e indiferente, defendidos únicamente
por la compasión y la ternura que muestra hacia ellos
su autor. Libro, *El hecho de vivir,* de raíz existencial,
bajo la que palpita, sin embargo,
un soterrado, pero detectable, fondo religioso.

P. V. P. 300 Ptas.

Ec
EDICIONES del CENTRO